UNIV. OF ARIZONA
863.67 P89 mn
Prado, Pedro/Un juez rural
3 9001 03978 6424

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

COLECCIÓN MILLARAY

OBRAS DEL AUTOR

Flores de Cardo (poesías)

□ *La Casa Abandonada* (parábolas y ensayos) □ *El Llamado del Mundo* (poemas) □ *La Reina de Rapa Nui* (novela) □ *Los Pájaros Errantes* (poemas) □ *Los Diez* (poema) □ *Ensayos sobre Arquitectura y Poesía* □ *Alsino* □ *Las Copas* (poemas) □ *Karez y Roshan* (en colaboración) □

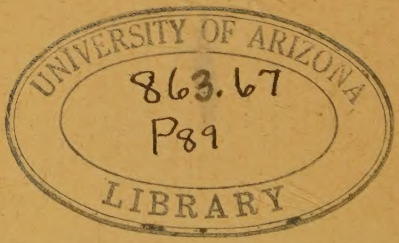
PEDRO PRADO

UN JUEZ RURAL

NASCIMENTO

SANTIAGO. CHILE. 1924

ES PROPIEDAD



Impreso en los Talleres de la Editorial Nascimento. — A. Prat 1430. — 1924

UN JUEZ RURAL

81550

UNA NOCHE

La calle se extendía oscura, flanqueada por edificios dispersos, y entre árboles rugosos y envejecidos que arraigaban en la tierra pobre de las aceras. El crepúsculo desvanecíase suavemente, y su postrera claridad, al perderse en la noche, era la única dulzura sobre aquel suburbio abandonado.

Negras hormigas entre las sombras, delante y detrás de Esteban Solaguren, hombres y mu-

jeres, en su mayoría obreros, caminaban presurosos de regreso a sus hogares.

Cada noche, Solaguren, al llegar a su casa, mientras escogía entre sus llaves la del candado que cerraba la reja de su jardín, a tientas en la oscuridad, sin acertar con la embocadura, veíase detenido en esa calle negra, que seguía adelante aún más impenetrable de tinieblas. Al oir los pasos de alguien invisible que se acercaba, una ligera desazón le ponía nervioso, y deseaba franquear con mayor rapidez la puerta de su jardín.

Dentro ya, recorriendo los amplios y conocidos senderos, entre encinas vetustas, grandes pinos y plátanos colosales, veía con agrado, por entre la espesura, brillar las luces de su casa.

Esa vez, al cruzar una galería desierta, que comenzaba a recibir el resplandor de la luna, y ver en ella los muebles de asiento tumbados y en desorden, pensó con disgusto, vaga y rápidamente, en el diario destrozo que sus hijos hacían.

Al salir al patio interior, la dulzura del aire de esa noche de Diciembre la sintió amargada

por un ligero olor a humo de las eternas fogatas que encendían, para quemar basuras y desperdicios, vecinos lejanos, en calles solitarias o en sitios abiertos y abandonados.

Al acercarse al dormitorio de Isabel, su mujer, la única pieza iluminada en el largo corredor, sus pasos, que sonaban recios contra las baldosas, le denunciaron, y sus hijos, reconociéndolos, salieron en tropel a su encuentro. Alegre de ese diario recibimiento, más de una vez, como en esa ocasión, acababa por molestarse con los abrazos y caricias sin término.

—Basta, basta!—gritó.

Su mujer, con la costura aún entre las manos, risueña, dióle la bienvenida, ofreciéndole los labios.

—Llegas tarde—dijo.— Estaba preocupada. No me gusta que andes a semejante hora por estas calles. No hace diez días, bien lo sabes, asaltaron a un transeunte.

Solaguren sonrió, confiado y despectivo.

—¿Comamos?—dijo.

Rodeados de los niños, que se disputaban

el ir cogidos de las manos de la madre, ambos se dirigieron hacia el comedor.

Allí, tumbado en un amplio sillón, Solaguren, mientras traían la sopa, entre los chicos inquietos por juegos y zalagardas, sin ánimo, entonó canciones burlescas. Las risas y los saltos, contenidos dificultosamente en esos diablillos, salieron a lucir en una batahola estruendosa. El padre, olvidando su cansancio, por divertirlos, trepó sober una silla, haciendo contorsiones ridículas. Y saltó, en seguida, al suelo para correr en torno a la mesa. El alboroto llegó al delirio.

Un golpe y un grito de dolor paralizaron a todos. Juan, el segundo de los niños, se había enredado en un pliegue de la alfombra, azotándose contra la mesa.

—Sentarse, sentarse!—gritó, asustado y colérico. Solaguren.

Acudió su mujer; en tanto él, molesto y nervioso, repartía pescozones a los que creía culpables. La madre, con una servilleta empapada en agua, refrescaba la frente magullada.

La comida fué silenciosa. Solaguren volvía

lentamente a su tranquilidad. Entristecido, sentíase injusto con sus hijos. Trató por dos veces de hacerles olvidar su castigo con historietas alegres; pero los chicos fingieron estar sordos.

Descontento consigo mismo, miró en derredor y vió un largo sobre apoyado contra un florero, allí, al alcance de su mano. Era el sitio en que acostumbraban dejarle la correspondencia. Lo abrió displicente; mas, cuando sus ojos recorrieron el pliego que el sobre contenía, una sonrisa indefinible se insinuó en la comisura de sus labios.

—¿Qué es?—preguntó su mujer, que espiaba su rostro.

—Lee—dijo Solaguren, y le alargó el escrito.

—¿Pero tú no aceptarás? Una nueva molestia que te echarías encima. ¡Cómo! ¿Te ríes? ¿Cuándo vas a escarmentar? ¿Te olvidas de tus arrepentimientos? ¡Qué mala memoria! Pronto estarías nervioso con esta nueva gabela.

—No, mujer—exclamó Solaguren—si no acepto. ¿Me crees loco? Yo, juez!... Aunque...

tal vez me agradase, sabes!... Pero ya presiento las molestias! Queda tranquila, Mañana renuncio. ¿Quién me propondría? No me explico.

Callados, antecedidos de los niños que buscaban acercarse a la madre, fueron nuevamente hacia el dormitorio.

El olor a las fogatas habíase desvanecido; la luna asomaba alta por sobre los árboles, y una silenciosa placidez se filtraba entre las enredaderas de madreselvas y rosas trepadoras entretejidas de uno a otro de los pilares del corredor.

Mientras los niños se acostaban, Solaguren arrastró una silla de mimbre hasta un claro entre las enredaderas por donde pasaba la luz de la luna, y repantigándose allí, se dejó acariciar por esa claridad dulce y sosegada.

El cansancio de sus trabajos y afanes diarios recorría sus miembros con una modorra más deliciosa que la de los vinos: ¡era un placer hondo ese de sentir tan claramente su cuerpo!

Esteban Solaguren trabajaba como arquitec-

to en algunas construcciones de la ciudad. Una hermosa profesión; pero había días desagradables, como el que acababa de pasar, turbios por reyertas con contratistas y obreros.

Dormidos los niños, su mujer volvió trayendo otra silla. Cuando estuvo sentada a su lado, Solaguren, sin moverse, tendió hacia ella una de sus manos.

—¿Y Juan?—preguntó.

—Tiene hinchada la frente; poca cosa. Es tan loco; todo el día se aporrea.

De la Iglesia Parroquial—era el mes de la Virgen—llegaba el eco de lejanos cánticos. Se escuchaba apenas la murga de un circo distante, y unos silbatos largos y prolongados de un tren que iba hacia el Norte sonaban con el acento de una voz humana.

Al oirlos, una extraña nostalgia por remotos viajes y un deseo doloroso de conocer otras gentes y otras tierras acongojaba sutilmente el ánimo.

De los cuadros del jardín, donde aún lucían algunos alelíes floridos, subía un perfu-

me delicioso. Mariposas nocturnas volaban en torno de las flores.

—¿Por qué la fuente está sin agua?—preguntó Solaguren.

En mitad del jardín, seca y redonda como un ojo vacío, había una fuente circular, revestida de cemento y rodeada de calas y de lirios. La luna, como una mujer, gusta del espejo del agua, y la verdad era que resultaba desagradable no divisar en ella su imagen.

—Dije a Andrés que la vaciara—respondió Isabel.—Hoy Ricardo se ha metido dos veces al agua y Eugenita ha bebido de ella. Mientras estén chicos tendremos que tenerla así.

—¡Qué noche!— exclamó Solaguren, sin poner atención a lo que se le decía. Y después de contemplar el cielo sin nubes, con estrellas empalidecidas por el brillo de la luna, cerró los ojos. Su mujer le acariciaba suave y acompasadamente la mano, y ese roce rítmico, tibio y sedoso, le producía un placer exquisito, lánguido y soñoliento.

Pasaba el tiempo y no se decían una sola palabra. Cuando la caricia se interrumpía, So-

laguren, oprimiendo la mano de su mujer, la llamaba a la realidad, y nuevamente arrullábalo ese roce de la mano femenina, grato como un canto íntimo y silencioso.

Desde el gallinero, los gansos, asustados por el paso de alguna rata, lanzaron vibrantes trompeteos de alerta. Una vaca en el potrerillo vecino comenzó a bramar.

—Es la Rosada—dijo Isabel a su marido. —Aun no se acostumbra a pasar la noche lejos del ternero. Ah! y ahora que recuerdo, es preciso que ordenes a Francisco que leche las vacas más de madrugada. Los compradores que llegan temprano se aburren de esperar y van a otras partes. Hoy han sobrado varios litros.

—Bien, se lo diré—murmuró Solaguren sin abrir los ojos.

Transcurrió otro instante de profundo mutismo.

—Tengo frío. ¿Aún no te acuestas?—dijo Isabel.—No te quedes largo rato al sereno; puedes coger un resfriado.

—Ya voy... un momento más...

Solaguren permaneció inmóvil, los brazos colgantes, las piernas estiradas, la cabeza medio apoyándose en su hombro; estaba así tan agradablemente! Sólo el pensar ponerse de pie le mortificaba. Hasta buscó olvidar este pensamiento. Y tanto hizo por ello que, sin saber cómo, se quedó dormido.

Unos murciélagos pasaron volando muy cerca de su rostro; el roce del aire lo despertó.

Hacía frío; al ponerse de pie, sus miembros entumecidos le dolieron. Penetró en la pieza. Su mujer, sus hijos dormían. Arrebujados en los lechos, estaban inmóviles. Sin olvidar la escena del comedor, besó uno a uno los niños. El pequeño Juan reposaba tranquilo. Estuvo largo rato observándole. ¡Qué sensación tan extraña la de encontrarse despierto entre esos seres dormidos! Todos ellos parecían ausentes!

Pasó a su pieza y fué desvistiéndose. Y una vez más en esa noche el silencio de su casa y la quietud de todo lo que le rodeaba lo

turbó desagradablemente, como si en el vasto mundo su alma estuviese solitaria.

EL SUBURBIO

El secretario del juzgado, un señor Galíndez, hombrecito pequeño, gordo y calvo, de barba roja, pródigo en sonrisas y genuflexiones, que empleaba palabras escogidas y una pronunciación perfecta, fué a hacer a Solaguren una visita de acatamiento.

Se demostró encantado de su jefe. Por fin iba a trabajar bajo las órdenes de un superior digno y capaz. Que fuera por largos

años! Alabó su juventud, su energía, su saber. Verdad que hasta ese día no tuvo el gusto de conocerlo; pero todo se trasluce claramente para quien, como él, estaba acostumbrado a estudiar las fisonomías de los hombres,

—Usía no querrá ver su hogar invadido por litigantes sucios y borrachos— añadió.— Usía, según la ley, si así lo ordena, puede administrar justicia aquí, en su propia casa; mas, si sus deseos fuesen otros, está a su disposición la sencilla morada de su humilde servidor.

Solaguren se limitaba a sonreir, curioso del espectáculo que le ofrecía la melosidad de ese hombrecito gordo.

—No tiene usted cómo perderse,—continuaba diciendo el secretario.— Toma el camino que vá al cerro de Navia, cinco cuadras más abajo del Tropezón... ¿No lo conoce usted? ¿Sí? Bien!... pasadas cinco cuadras justas, hay, hacia el norte, una herrería; casi al lado, un bosquecillo de acacios; más lejos, parte un camino entre álamos, y al frente queda la se-

cretaría del juzgado, y en ella su servidor, aguardándole.

Solaguren aceptó.

La mañana del día que siguiera fué clara y ardiente. El último fresco de la madrugada había desaparecido, y la quietud de los árboles asomados tras los tapiales de los huertos, era de una resignación manifiesta ante el día tórrido que se anunciaba.

Solaguren, aprovechando el sesgo de sombra de paredones ruinosos, a la vera de un gran canal de aguas servidas, cruzado por puentes débiles y por angostas tablas combadas, que sólo permitían el paso a chiquillos impávidos y a viejas livianas y equilibristas, iba con paso lento, contemplándolo todo lleno de una nueva curiosidad.

Eran los habitantes de esas casas, en su mayoría sórdidas; eran los de esas piezas oscuras, hechas y rebocadas con barro, como las celdas de las avispas, los que irían a estar bajo la administración de su justicia.

Por las puertas despintadas y renegridas, por las troneras y ventanas estrechas con vi-

drios sucios y rotos, contemplaba los interiores de esos hogares humildes. Sobre el suelo disparejo de tierra apisonada, casi siempre barrido y limpio, había, hacia los rincones sombríos, uno al lado del otro, lechos miserables y dudosos. Mesillas cubiertas de albos lienzos soportaban floreros improvisados y viejas imágenes. En las paredes ocres, tajeadas por las grietas, estampas de periódicos ilustrados impedían el paso del viento. Ancianas secas con el pescuezo de una flacura extrema, y el cabello canoso de un gris amarillento, sentadas en pisos bajos, contemplaban inmóviles el gatear de chiquillos mugrientos, el ir y venir de gallinas que picoteaban confiadas por todos los rincones, y el reposo adormilado de gatos y de perros. Perros innumerables, pequeñas bestias estrafalarias de gran comicidad por el cruzamiento insospechado de razas antagónicas que los constituían, por su flacura endiablada, su pequeñez ridícula, y por la furia y tenacidad que gastaban en ladrar a los escasos transeuntes.

Tapiales medio derruidos, con anchas tro-

neras hechas por el trajín de los chiquillos y los perros, dejaban ver el interior de los sitios, casi siempre con aguas detenidas, verdes y cenagosas; con algún cobertizo zurcido de sacos y de latas, dormitorio de puercos gigantescos que no era raro encontrar por las calles, refocilándose en los charcos y aniegos perennes de acequias malolientes.

Más lejos, sobre una altura, un corralón, los cercos en ruina, con parches de tablas viejas, alambres entretejidos y recortes de latas herrumbrosas, acarreados de la próxima fábrica de conservas, mostrábase lleno de estiércol, hirviente de moscas. A la intemperie, arrumbados en desórden, había ruedas rotas y carruajes desvencijados.

En los días de fiesta, cuántas veces ese recinto, ahora vacío, lo viera Solaguren poblado por los viejos, flacos y filosóficos caballos de los carretones fleteros. Era un espectáculo impresionante el que ofrecía el descanso dominical de las trabajadas bestias. Los pelajes sucios y semejantes después de una noche de pasar tendidos en el estiércol; los vientres hin-

chados y las costillas salientes; los cuellos cóncavos y caídos, débiles para soportar el peso de cabezotas enormes; los belfos colgando flácidos; las orejas eternamente amusgadas, dando la apariencia de una gran ira contenida. Después de comer la escasa ración salían al patio, y allí con las lacras del lomo, del pecho y del vientre cubiertos de moscas, inmóviles pasaban horas de horas, apoyándose ya en unas ya en otras de las patas flacas y deformes, llenas de corvejones y sobrehuesos. Sin causa visible, un caballo daba de patadas a su vecino, y éste, a su vez, con gran furia, a los siguientes. Sonaban las coces sobre las costillas como en cajas huecas; y mientras algunos lanzaban bufidos y extraños relinchos, sobre la parte alta del corralón, recortando contra el cielo sus inmóviles, desgarbadas y angulosas siluetas, otros caballos, ajenos al tumulto, dormitaban de pie.

Por todas las viviendas, en tarros viejos, ollas desportilladas y tiestos indefinibles, malvas y claveles perfumaban deliciosos. Arbolillos con los troncos mordidos por los caba-

llos, creciendo en dolorosas contorsiones, a orillas de las aguas pútridas, ostentaban en lo alto alguna pequeña jaula de caña, donde un pajarillo invisible cantaba alegremente.

Un comercio pequeño y numeroso, más ilusorio que real, veíase por todas partes. Rara era la puerta de calle que no fuese a la vez la de un reducido almacen de provisiones; algunos tan poco surtidos e insignificantes que detrás del mesón sobajeado, en estanterías rústicas de dos o tres tablas, divisábanse escasas botellas polvorientas, tarros mohosos y frascos casi vacíos con comestibles inclasificables por lo sombrío de los recintos, casi siempre solitarios.

De la calle sucia, llena de un polvo gris, hondo y muelle, surgían de improviso, a impulsos de vientos caprichosos, trombas cenicientas donde danzaban papeles y livianos desperdicios. Avanzando en veloces e imprevistos zigzags, muchas veces toda esa farándula colábase por algunas de las puertas de los tristes recintos para bailar en los oscuros interiores una desatada zarabanda.

Los niños dejaban sus juegos y seguían tras las columnas vertiginosas de polvo enloquecido; y sus gritos, risas y carreras iban en pos de ellas, entretejidos con el voltejear de las hojas.

Aun otras casas, un gran sitio baldío sombreado por enormes eucaliptos, siempre con pájaros cantores y vasto rumor de viento, y el camino salía a pleno campo. A ambos lados abríanse potrerillos inútiles sembrados de piedras, cubiertos de hierbas pobres y malezas bravas.

Cinco cuadras más adelante comenzaban otra vez habitaciones extrañas y dispersas. Era una población nueva. Y Solaguren, observando el aspecto provisorio de cierros, huertos y construcciones, sentía una verdadera angustia al palpar tan claramente los sueños y esperanzas de esos pobladores.

Grandes cimientos abandonados en espera de una casa amplia, que no fué posible hacer, estaban allí por varios años como únicos ocupantes de un sitio perdido. Las piedras que los formaban parecían trazar sobre la tierra

enormes signos extraños; y en esa ruina de lo que no fué, hortigas y lagartijas crecían o anidaban entre la suelta argamasa.

La fantasía ingenua de un pobre hombre que había soñado alguna vez; y cuán profundamente! con un castillo rodeado de un parque, con lagos, fuentes, graderías y terrazas, estaba más allá realizado en un terreno de diez varas de frente por treinta de fondo. Una gran puerta para carruajes, puerta de hierro forjado, que antes perteneciera a algún rico terrateniente, obra del más primoroso trabajo, agobiada entre dos enormes pilastrones de cal y piedra, se erguía solitaria en todo el frente de la propiedad. Hacia uno y otro lado de ella, un zócalo de ladrillos quedó a medio empezar; zócalo ahora roto y desencuadernado, zurcido con postes viejos y flojos alambres de púa. El jardín minúsculo era rico en accidentes. De la gran puerta partía un sendero angosto, iba hacia una red de caminillos cubiertos de conchuelas, salvaba puentes rústicos, y seguía por la orilla de un lago de dos metros, hasta penetrar bajo emparrados de rosas y perderse

en un laberinto de bambúes. La casa, medio oculta por la entretejida maraña de árboles y arbustos, dejaba ver una escalita de mármol, tabiques desconchados, ventanas romboidales con tejadillos protectores, y, en lo alto, almenas de madera, y tres torrecillas, todas diversas e impracticables. En el centro de ellas, a guisa de mirador o claraboya, veíase algo enorme, confuso y redondo con rotos cristales multicolores, coronado por una gran veleta en desmayo. Entre los árboles, colgando de un cordel, había ropa tendida puesta a secar, y sobre una puertecilla, en un cartón abarquillado por el sol, leíase con dificultad: «Se venden flores y huevos frescos.»

Y más lejos una sencilla casa inconclusa, los vanos de puertas y ventanas defendidos por adobes aperchados; y aquí un rancho miserable sobreviviente de antiguos tiempos; y más allá retazos de terreno ofrecidos en venta en grandes y viejos letreros descoloridos. Y dispersas por las amplias calles, cubiertas de cardos e hinojos, con zanjas profundas a manera de cunetas, nuevas construcciones tristes

o absurdas, coronadas de humillos azules, formaban ese arrabal desolado, último límite de la ciudad.

Dos, tres, cinco argueneros a caballo, que venían de Renca o de El Resbalón, sentados entre las grandes cestas llenas de olorosas frutillas, pasaron silbando a compás del vaivén somnoliento.

Ese disperso caserío, esos campos que se extendían hacia el poniente, hasta el alto y lejano cordón de cerros azules, formaban su jurisdicción.

Cuando pensó Solaguren que en lo que abarcaba su vista, campos y poblados, todos los hombres que en ellos consumían anónimamente sus existencias, tarde o temprano acudirían a él para que dirimiese sus cargos y querellas, sintió una penosa confusión. Experimentaba a la vez orgullo por lo amplio del radio donde ejercería su autoridad, vivo deseo de fallar siempre guiado por la dulzura, y manifiesta inquietud de que sus propósitos fuesen vanos, pues, dada su ignorancia de las

leyes, era lo más probable que su desempeño como juez fuese poco airoso.

Un tablero saliente sobre la puerta de una antigua casa de adobes enjabelgada de cal, decía en grandes letras ser ese el sitio de la secretaría del juzgado. Los datos que le dieron sobre su ubicación eran precisos: al frente estaba el bosquecillo de acacios; antes, la herrería. ¿El camino entre álamos? Arrancaba un poco más lejos.

Al llegar a la puerta del juzgado salía el secretario. Al ver a Solaguren lanzó una entusiasta exclamación; hízole una reverencia, y, poniéndose al lado de una puerta interior, la cabeza baja, el busto inclinado, una mano sobre el pecho, la otra indicando rumbo, dijo:

—Usía, está en su casa. Salía a aguardarlo. Usía se servirá pasar.

Solaguren quedó regocijado por tan ceremoniosa recepción. Divisó en el zaguán, y en una galería interior, a varios hombres y mujeres con aire de abatido aburrimiento. Sonriendo, seguido del secretario, el nuevo juez penetró en la sala de audiencias.

UN ESTRENO VULGAR

Un señor largo y flaco, don Juan Crisóstomo Urquieta, rico propietario de la comuna, dueño de innumerables conventillos y pequeñas casas para obreros, fué el primer litigante que se presentó demandando a un arrendatatario que le adeudaba tres mensualidades.

El flamante magistrado, avergonzado de iniciarse con un asunto antipático y de modo pasivo, debido a su inexperiencia, se dejó

guiar por su solícito y expedito secretario, y firmó cuando éste le dijo, para que compareciese el demandado: por medidas precautorias, reteniendo los muebles; por desahucio; por notificaciones sobre esto y aquello.

—¿No se podría abreviar—preguntó el juez con voz tímida y dudosa—refundiendo todos los cargos y peticiones en un solo escrito?

El secretario inclinó la cabeza, lanzándole por sobre sus lentes una mirada de despreciativo asombro.

—No es posible, Usía. Voy a leerle las terminantes disposiciones de la ley.

—Nó, no se moleste usted. Era una simple indicación...

Pero ya el hombrecito gordo había encontrado los artículos del caso y leía con voz enfática.

Solaguren, mohino por la actitud de su subordinado, prometiéndose no provocar en adelante sus conocimientos legales, quiso no prestarle atención.

—Bien... bien—decía—basta...

Pero el secretario, lanzado en aquella lectu-

ra, con placer voluptuoso pronunciaba las palabras de un modo más que perfecto, extrayéndoles un oculto sentido, con tendenciosas sonoridades: las vocales adquirían en su poder la gama burlesca de un gargarismo, y las consonantes teñíanse de los reflejos que podrían arrojar en la voz humana los más felices y rotundos perfiles caligráficos. Su aliento ofrecía las eses finales ornamentadas de un enroscado adorno silbante, después de hacer ondear las frases de mayor importancia, apesar del grueso subrayado de solemne gravedad con que las emitía.

Don Juan Crisóstomo Urquieta, con una vaga sonrisa conmiserativa, miraba por la ventana abierta sobre el camino.

Solaguren, observando a ese hombre largo, esquelético y deslavazado, que acaso se burlaba de su ignorancia; y a ese otro hombrecito gordo, lector acucioso, todo lleno en su contra de oculta alegría, sintió que a él también subíale desde muy adentro una sonrisa profunda.

En seguida del rico contribuyente, colocado

en primer lugar, talvez por servil acatamiento del secretario, siguió el desfile de los que imploraban justicia.

Una mujer enteca y verdosa, querellándose por ciertos útiles de su propiedad que le retenía una comadre; un hombre, la cabeza con lienzos sucios manchados de sangre seca, en busca de castigo para sus asaltantes; dos mujeres, la menor de ellas diciéndose víctima de una continua persecución amorosa; emperejilada y presumiendo juventud y señorío, una vejancona, en términos rebuscados pedía se castigase a un chacarero que le engañara en la venta de ciertos almácigos de cebollas; cargos sobre un puerco muerto por venganza vecinal; murallas medianeras aun impagas; y los litigantes seguían, seguían, sin término, exponiendo los casos más hetereogéneos.

—¿Comprende ahora, Usía?

El secretario, como pez en el agua, inclinado sobre los gruesos cuadernillos de papel de oficio, nadaba raudo, escribiendo con letra gorda, abierta y tendida.

—¿Comprende? Es este un Juzgado de gran

movimiento. Resulta un milagro llevar las causas sin retraso.

Bajo el sol ardiente del medio día pasado, de regreso a su casa, el nuevo juez, la cabeza inclinada, el pensamiento distante, siguió sintiendo por largo rato el mareo que le dejara ese quejoso desfilar de gentes extrañas.

Su mujer, molesta por la tardanza, le acogió irónica.

—¿Ha llegado el señor juez...?

—Vamos a almorzar—dijo Solaguren, como escabulléndose.

—Es más de la una, y todos, aquí, esperando a su señoría... Anda a tu escritorio, que tienes visita.

—¿Quién?

—Anda y vé.

Era Mozarena, el pintor, vecino y gran amigo de Solaguren.

—Vaya, vaya con el flamante magistrado! ¡Déjame mirarte! Venía en busca de confirmación a lo que dicen las malas lenguas. ¿Esas tenemos? ¿Tú, el nuevo dispensador de la justicia?

Las viandas recalentadas, el asada seco, los niños fastidiados por el hambre sufrida, nada advirtieron ambos amigos mientras almorzaban, riendo de los mutuos e irónicos comentarios. Hasta Isabel hubo momentos en que desarrugó el ceño.

Mozarena, extrañado de la actitud de la dueña de casa, siempre, antes, afable, preguntó:

—Y usted, señora, ¿qué dice?

—Digo que Esteban no tiene remedio! Enfermo como anda, con sus nervios cada vez más cansados e irritables, con el gran trabajo que tiene en la ciudad... pues, ahora, acepta servir de juez...! y, luego ¿para qué? para granjearse la mala voluntad de los que tengan que soportar sus sentencias... No lo comprendo! La verdad, no lo comprendo!

—Pero, mujer...

—¿Y quién tiene que soportar, después, tus nervios y tu mal genio?—Y bebiendo el último sorbo de café, llevándose a los niños, salió contrariada.

Tan pronto cruzó la puerta, Mozarena hizo

a su amigo un gesto de burlesca sumisión. Solaguren, todavía cuajada en su rostro la sonrisa que le subiera en la audiencia, sintió que ella se le ahondaba aun más. Los ojos prendidos a algo inmóvil e invisible, quedó, como escuchando en silencio, amasa que amasa unas migas de pan.

LA RAZÓN DERIVADA

La salud de Solaguren iba desmejorando. Las preocupaciones extrañas que su nuevo cargo mantenía despiertas sobre el sentido de las acciones de los hombres, fueron haciendo más pertinaz cierta propensión al insomnio que padecía desde la Primavera.

Cada vez costábale mayor batalla conciliar el sueño rebelde. Para lograrlo, fatigaba sus ojos en largas lecturas a la luz de la lamparilla

de noche. Lecturas que no lograban absorberlo; pues su atención, que iba engranando con trabajo en el endentado que le ofrecían los pequeños caracteres impresos, como una rueda vencida, comenzaba por resbalar y resbalar hasta liberarse de todo contacto; entonces su conciencia giraba con rapidez vertiginosa sin permitirle clara percepción de cosa alguna. Vuelto en sí, oprimido su ánimo, experimentaba un vago malestar; los ojos doloridos, la cabeza pesada, y una gran náusea de hastío y desconcierto. Con violencia apagaba la luz; al cerrar los ojos, los párpados se resistían a juntarse, y sumido en el silencio acrecentado por el sueño de todos, con extrañeza, observábase respirando...respirando...y cuando el trabajo inconciente de su pecho poníase para él como en relieve creciente, pasaba a convertirse en la más espantosa de las tareas! ¡Oh, largas horas interminables!

Una naciente inconciencia comenzaba a arrullarlo.. El crujido de un mueble, el canto de los gallos, uno cualquiera de esos ruidos broncos,

lejanos e indefinibles de la alta noche le volvían a dejar en dolorosa espectación.

Jadeando, inquieto, cogido en la tortura del insomnio, de un salto sentábase en el lecho, raspaba, trémulo, un fósforo, y a esa luz naciente, débil y temblorosa, veía surgir los muebles y los objetos de su cuarto, erguidos con una inmovilidad irreal, todos mermados de valer como restos de un naufragio. Y sin embargo, a esa hora, constituían el único apoyo real entre las sombras circundantes. Asiéndose de ellos, sentía en torno el palpitar de la noche oceánica.

Desbocado el corazón, llenos los oídos del soplo de su sangre azorada, fugaces desvanecimientos traíanle imposibles visiones y lampos de eclipse. Una desgarradora inquietud terminaba por expulsarlo fuera del lecho; y a pie desnudo paseábase por el dormitorio; bebía un sorbo de agua; humedecíase las sienes; respiraba con fuerza... Al sentir en los pies el hielo de las tablas, ya más tranquilo, volvía a meterse entre las sábanas; pero aún temeroso de verse cogido por una nueva crisis, permanecía senta-

do, buscando en torno una ayuda...Allí sobre la mesita de noche dejara desde días atrás varios libros. Libros! Con displicencia los veía. Allí estaba Xenofontes. Teníalo a su alcance desde su nombramiento, porque aún recordaba el entusiasmo que su lectura, hecha en años anteriores, le despertara; entusiasmo ante los razonamientos de Sócrates en esas páginas expuestos. El filósofo griego, aclarando el sentido de las cosas, constituyó en un tiempo su más profunda admiración. Volvió a trechos a releer el libro en esa noche de insomnio. Pero antes de la nueva lectura ya comenzó a herir su sensibilidad exacerbada la mezquina apariencia exterior de esa edición barata; el papel basto y amarillento, trufado de pequeñísimas astillas de madera; la tipografía plagada de errores, todo agravaba su irritabilidad. ¿Y esos eran los discursos de Sócrates? Ese artificioso fluir de razones ¿pudo alguna vez deslumbrarlo? ¡Razones y razones, engarzándose unas en las otras con toda la pretensión de seguir el único camino posible! Repugnante llegar y llegar a con-

clusiones satisfechas de sí, como si fuesen, en verdad, las últimas y definitivas!

La conciencia de Solaguren, que acababa de sacudir la crisis agudizadora del insomnio, adquiría una fluidez y claridad desconsertantes. Sentía con meridiana evidencia la insulsez de lo que leyera, y todas las leyes del pensamiento ofrecíansele de golpe, nítidas, brillando en una intuición total que las abarcaba por completo.

Quiso formularse en íntimo soliloquio su deslumbrador hallazgo; pero, al transportarlo a pensamientos y luego a palabras, vióse metido en cauces cada vez más estrechos que comenzaron por mermar hasta el absurdo aquella vivísima claridad.

En la audiencia del día siguiente debería fallar el caso del arrendatario tramposo. Solaguren sonreía pensando en el método escalonado de Sócrates. Si él fuese a seguirlo! Si se diera a derivar una razón de otra y otras... Si entretejiese considerandos...

Podría decir, pensaba: «Visto que cualquiera sociedad está constituida a base del cumpli-

miento de nuestros compromisos contraídos en el seno de ella, y que la no realización del que nos corresponde fatalmente perturba la ejecución de otros compromisos que obligan a la persona ante la cual quedamos en falta, y que ésta persona, a su vez, está ligada a otras y otras, y así sucesivamente, y en número interminable; la falta de cumplimiento de un compromiso, considerado el trastorno creciente e ilimitado que trae consigo, debe castigarse con la pena mayor». Mas, si derivaba en un sentido diverso, podría decir: «Considerando que don Juan Crisóstomo Urquieta es uno de los más ricos propietarios de esta comuna, y que la desigual repartición de la riqueza pública, de hecho discutible, y de suyo irritante, mantiénese más fácilmente en su estado merced a la benevolente actitud de los privilegiados de la fortuna, y que las exigencias exageradas que gastan los detentadores de ella para obtener la cancelación de lo que les adeudan pobres gentes, lleva sin esfuerzo a estas últimas a juzgar las comodidades tan diversas que la vida ofrece a unos y a otros, y que con dicho examen

llegan los proletarios a apreciar en forma primitiva y con criterio práctico y egoísta la organización económica actual, y encontrándola injusta, no es raro que demuestren su descontento, se liguen a los innumerables desposeídos y alimenten la idea de una revuelta que origine una nueva repartición de los bienes, pero no de las capacidades y virtudes, y logren así, con el crecer del alud, una revolución que por sus frutos mezquinos los desconcierte, ocultas siempre las causas reales, sumiéndose por el fracaso todos los espíritus en mayor confusión y en el más excéptico fatalismo, con evidente perjuicio para el lento y doloroso progreso de la humanidad, estímase pequeña la pena de muerte para D. Juan Crisóstomo Urquieta, mayor contribuyente de esta comuna».

—Pensar, derivar, obtener una conclusión oh! Sócrates . . —murmuraba para sí Solanguren.—El pensamiento es como el agua; dame un ligero desnivel, y llevo el pensamiento donde tú quieras. Creemos juzgar por riguroso razonamiento lógico, y no hacemos sino rellenar a *posteriori* el espacio que media entre el caso

que se nos presenta a examen y nuestra intuición inmediata sobre él. Se engaña o miente quien cree construir razonamientos como algo ajeno a la conclusión expontánea que entrevió desde el primer instante. No por quedar oculta a los que no saben observarse, desde el primer momento, ella deja de estar menos presente. Después, para fingir una aparente continuidad que dé vigor a lo que decimos, o que nos libre de culpa por las consecuencias al parecer deducidas, rellenamos el espacio en blanco con huecas trabazones lógicas.

Sintiendo dolorida la cabeza, Solaguren, sonriente y confiado, y a la vez compadecido de sí, apagó la luz, comprendiendo que debía dejarse a esas horas de tales cuestiones. Había que dormir... dormir! Pero toda aquella nueva verdad se le adhería tenazmente, ocupando su conciencia entera.

Una pierna la sintió húmeda y fría, y un gran calor comenzó a subirle por la espalda. Con un golpe violento, buscando una nueva postura, y en ella el olvido y el sueño, hizo

crujir y estremecerse el catre y el piso del dormitorio.

—¿Qué hay? ¡Esteban...! ¡Esteban...! Desde el cuarto vecino, Isabel indagaba.

Solaguren quedó largo rato quieto como un muerto. Dolíale haber intranquilizado a su mujer; pero la nueva postura pronto se le hizo insoportable, y estirándose, estirándose con una tensión cruel de todos sus miembros, bajo las sábanas tomó actitudes estrafalarias en busca de alguna que le trajese consigo la ansiada inconciencia.

EL ALMÁCIGO DE CEBOLLAS

Grandes risas y agitación de gente al lado afuera de la puerta, hicieron que Solaguren, molesto, levantase la cabeza.

Una mujer hablaba con ira contenida.

—Hágalo entrar, guardián. Es mi turno. Que entre... ¡No faltaba más!

—Es la señora de las cebollas—explicó el secretario. Su demandado resulta ser Don Beño. ¡Don Beño! ¿No lo conoce? Es un tonto muy ladino.

A rastras de un guardián, sofocado y rojo por el esfuerzo, penetró un hombrecillo bajo y menudo, metido dentro de ropas viejas, enormemente holgadas. Los pantalones que le subían por delante hasta el pecho, abajo se desflocaban en largos girones, pisoteados por sus zapatos grandísimos, verdaderos botes flotantes.

El secretario, perdiendo toda compostura, dió en gastar una fácil e irónica familiaridad con el cretino.

—Adelante, Don Beño. Sírvase sentarse. Aquí queda usted mejor!—y tomando una silla la puso bajo las posaderas del infeliz.

Sentado, con las piernas colgantes, la cara simiesca, ráfagas de miedo, de tímidas sonrisas, de aparentes astucias al estirar el hociquillo movible como el de un can adulón, Don Beño, las manos entre las piernas, atortillando su raído sombrero de paja, era un demandado original.

—En una cancha de bolos que tiene un despachero de El Arenal, he venido a encontrar a este sinvergüenza—dijo la demandante, in-

dignada con el recuerdo de todas sus molestias y correrías.

Mujer no mal parecida, aunque obesa y cuarentona, cuidaba aún de su figura: mantilla a la cabeza, aros de granates en las carnosas orejas, reloj de oro al pecho, colgado de un prendedor en forma de paloma en vuelo que llevaba en el pico ancha cinta de turquesas con un romántico «Recuerdo» en gruesas letras de oro. Aquel anclado recuerdo subía y bajaba a compás del grueso oleaje.

—Sírvase repetir su demanda—dijo Solaguren—¿Es un asunto de unas cebollas?

—Sí, señor juez; almácigos que este ladrón me vendió sin ser el dueño. Unas amigas me dijeron que en la Población Garín habían visto unos almácigos de cebollas. Tengo una propiedad en El Blanqueado, trabajo en chacarería y prefiero únicamente tener verdura temprana o tarde, porque los precios son mejores y el terreno que poseo no me alcanzaría para vivir bien si así no lo hiciese.

Era en vísperas de San Pedro de Alcántara; ya el tiempo estaba muy avanzado; no po-

día esperar un día más. Fuí a ver los almácigos. Este hombrecito salió a recibirme. Le pregunté si él era el dueño y me dijo que sí. No se veían mal las melgas, y le ofrecí comprárselas todas. Aceptó el precio. Al indagar si pedía pie en dinero para que quedasen desde ese instante por mi cuenta, me lo exigió. Preferí pagarle el valor total: cincuenta pesos. No fuera después a arrepentirse! Al volver en la tarde de ese mismo día con un carretoncito para comenzar a llevarme mi compra, sale otro señor diciendo que él es el dueño, que no sabe nada de ventas, ni de cincuenta pesos; y como yo insistiese, me sacó afuera a empellones.

Preguntando en la vecindad supe que él era, en realidad, el dueño, y no quien me había vendido las cebollas. Al muy bribón lo habían visto por el lado de El Arenal. ¡Pero de mí no se ríe nadie! Y aunque ya han pasado tantos días, aquí lo tiene usted para que haga en él un escarmiento!

—¿Qué dices tú, niño?—preguntó a Don Beño, Solaguren.

—¿Yo? ¿Yo...?

—Sí, tú!

—¿Yo?

—Sí, hombre, ¿qué dices? ¿Esta señora te dió cincuenta pesos a cuenta de unos almácigos?

—Cincuenta, sí, cincuenta.

—¿Qué los hiciste? ¿Cómo te has puesto a vender lo que no es tuyo?

—Quiso comprar... Quiso comprar...

Un guardián se asomó anunciando a un señor Orazarte.

—¿Orazarte? espere — indicó el secretario, revolviendo unos papeles—Jerónimo Orazarte —explicó a Solaguren—el verdadero dueño de los almácigos.

—Que entre—ordenó el juez.

Un campesino viejo, de barbas bíblicas y ademanes lentos y graves, penetró con una seriedad no exenta de cierta nobleza.

—¿Don Jerónimo Orazarte?

—Sí, señor. He sido citado por la policía.

—Se trata del asunto de las cebollas ¿qué puede usted decirme?

—A don Beño lo tenía ocupado por mi cuenta para que desmalezara mis siembras. Dice esta señora que él le vendió todos los almácigos en cincuenta pesos y que se los pagó anticipados. ¡Cincuenta pesos, señor, por siembras que valían doscientos! Son más de cien varas de melgas muy tupidas... Por lo demás, yo no tengo nada que ver en el asunto. Pero ¿cómo es posible que ella no reparase en que don Beño no está en sus cabales?

—¿Qué replica usted, señora?—indagó el juez.

—¿Cómo iba a saber yo que es un tonto? Y no lo será, cuando le sobra inteligencia para engañar a la gente honrada.

Solaguren no podía ocultar una vaga sonrisa placentera.

—Don Beño—dijo—¿tiene algo que agregar?

—¿Yo? ¿yo?—exclamó el infeliz con el más cómico de los asombros.

—El juez se alegra—comenzó a decir Solaguren—de ver este asunto con meridiana cla-

ridad. Quiera el destino que todos los casos que en adelante se me presenten sean lo mismo. Siéntense ustedes. Escriba, secretario, la sentencia.

«En el caso de don Beño o del almácigo de cebollas, el Juzgado desestima la demanda, porque no es verdad que existan en transacciones de negocios los llamados tontos pillos. Sucede que nuestra avaricia es más ciega que la más torpe de las simplezas ajenas; es ella la que nos reduce a un grado inferior de estupidez al de los cretinos públicamente reconocidos».

—Señora,—dijo Solanguren, dejando de dictar y dirigiéndose a la demandante—comprendo su vergüenza, pero usted perdone: antes que el juez, había dictado sentencia en su contra la vida misma. Pasados tantos días ¿de dónde quiere usted que extraiga cincuenta pesos de don Beño?

—Yo voy a reclamar en Santiago de la conducta del juez—dijo indignadísima la mujer, saliendo a espeta perros.

—Está usted en su perfecto derecho—respondió Solaguren.—Y usted, don Beño, vaya en paz!

PRUEBA DE TESTIGOS

Para descansar de sus quehaceres arquitectónicos y de sus afanes de magistrado de menor cuantía, en los días festivos, Solaguren, acompañado de algún amigo, gustaba salir a vagar. Ningún compañero mejor que Mozarena. Además, el nuevo juez tenía sus veleidades pictóricas y cierto talento natural para manchar, no sin gracia, pequeñas telas.

Aquel Domingo era un día amarillento de

nubes aborregadas, que dejaban filtrar una pesada y quieta resolana de oro. Toda la copa del cielo parecía la de un árbol, y el lento desaparecer de las nubes traía el recuerdo del silencio con que las hojas se desprenden y ruedan al olvido.

Nigún compañero mejor que Mozarena; tenían gustos semejantes, caracteres parecidos, similitud de apreciaciones sobre la vida y sobre el arte. Solaguren caminaba mudo, sintiendo el placer que trae tan ansiada compañía. Encontrábase más optimista, más fuerte y seguro. La marcha era una delicia, y el silencio que los envolvía cargábase de mutua comprensión, palpitando en torno de ellos como una cosa viva.

Iban por el terraplén del ferrocarril a Valparaíso. Atravesaron el puente sobre el Mapocho y siguieron, con vagas sonrisas cuajadas en los rostros ardientes, contemplando caseríos y campos de labranza. Cerca de Renca divisó Solaguren, hacia el Oriente, un caserón que llamaban el «Mirador Viejo». En aquella tarde lánguida y dorada, a través de hojarascas

prematuramente amarillas y moribundas, esa antigua mansión tenía un atractivo poderoso. Al abrir su caja, disponiéndose a pintarla, vió con desagrado que Mozarena, a tres pasos de distancia, sentado en el mismo talud, se disponía a hacer otro tanto.

Los pintores creen adquirir cierta propiedad sobre el tema que eligen. Por primera vez comprendió Solaguren que tenía sus inconvenientes el llevar como compañero a una persona de gustos tan semejantes a los suyos.

Pronto la belleza que se le ofrecía, y el ardor y ensimismamiento que traen consigo la ejecución pictórica, le sumieron en profundo olvido, y no supo de cosa alguna que no fuese la alegría de la voluntad creadora.

Dos horas después, al dar su trabajo por concluído y volver penosamente a la realidad compleja, sintió con gran extrañeza que sus miembros, antes insensibles y lejanos, volvían hacia él adoloridos; y supo que su amigo olvidado encarnábase en esa sombra erguida sobre el talud.

Curioso, se puso de pie con ánimo de ver el resultado obtenido por Mozarena.

—¿Qué has hecho?—exclamó atónito al observar el trabajo de su compañero. Aquello resultaba inconcebible: era el Mirador Viejo y no era el Mirador Viejo.

Trajo su tela, y cuando Mozarena terminó la suya, ambos, comparándolas, rieron de un modo extraño. Esa risa turbia de la que nos asimos en los casos confusos.

Las dos telas eran del mismo tamaño; el Mirador Viejo estaba a unos cien metros de ellos; Mozarena había encuadrado en su tela sólo el edificio; Solaguren, pintó en la suya, además de aquella antigua fábrica, toda una gran porción del paisaje circundante; la casona veíase, apenas, al fondo, pequeña y perdida en la amplia gama dorada.

¿La distinta colocación de un mismo asunto, ya en el primero, ya en los últimos planos de dos cuadros de idéntico tamaño, pintados por dos personas de conocimientos y tendencias artísticas semejantes, había bastado para que

el resultado de ambas reproducciones fuese tan distinto?

De regreso, entrada la noche, ya de sobremesa, Solaguren de pronto sonrió a sus oscuros pensamientos. Isabel, intranquila ante su actitud de sonámbulo, lo vió escribir con avidez en su libreta de apuntes.

—¿Qué anotas? ¿En qué te has llevado pensando?

—Nada, mujer; nada.

Y el juez, nervioso, como si hubiese sido sorprendido en la más profunda intimidad, rápido, escribía con su menuda letra indescifrable:

«Todas las cosas se entrelazan con sus mutuos reflejos, y cada una de ellas se prolonga en el ambiente que la circunda como para alcanzar su verdadero y pleno significado. Pero ¿cuáles son los límites de ese ambiente? Cada observador lo fija a su antojo. Ver resulta ser, así, arbitrariedad de limitación».

PERSECUCIÓN AMOROSA

...«La señorita Luzmira pide, por lo dicho, que la justicia castigue a Teodoberto Avilés, conminándolo a mayores penas si persiste en sus persecuciones y requiebros, porque ellos perturban su tranquilidad y lastiman su honra» —terminó de leer el secretario.

—¿Tiene algo que agregar a su demanda?—preguntó Solaguren.

—Si Usía me permite—solicitó la señora acompañante de la joven Luzmira.

—¿Quién es usted?

—Soy tía de Luzmira. Quería manifestarle que ese hombre anoche mismo fué a golpear la ventana de mi sobrina, burlándose de mí cuando salía a increparlo; y al recordarle que hoy tendría que presentarse ante la justicia, dijo, con perdón de su señoría, que se hacía esto y lo otro en usted, y en todos los jueces.

Miradas de indignación de Galíndez, que luego contempla por encima de sus lentes al juez. Solaguren, con el viejo lapicero entre los dedos, permanece impasible.

—Teodoberto Avilés ¿apellido materno?—pregunta el secretario, con voz reveladora de malquerencia.

—Avilés Naranjo.

—¿Dónde vive?

—En Avenida de Los Pérez.

—¿Profesión?

—Vendedor ambulante.

—¿Qué vende usted?—inquirió el juez.

—Flores, frutas en este tiempo, plantas, ropa usada, de todo un poco.

—¿Ha oído la demanda? Puede exponer su descargo.

—No tengo ninguno.

—¿Es verdad, entonces, que usted molesta a la señorita Luzmira?

—¿Molesto? ¡Eso dice ella!

—Explíquese.

—Viví con Luzmira dos años...

—¿Cómo...?

—Que vivimos juntos, vamos! vivimos a marido y mujer; y esta señora, que ahora es tía, y que antes no era tanto...

—¡Miente el infame!

—Señora, mejor haría en callarse; qué me viene a decir a mí! usted es sólo prima de un pariente del padre de Luzmira.

—Y eso ¿no es ser tía política? Le voy a explicar, señor juez..

—Enseguida; espere... prosiga el demandado.

—Esta señora, que antes era tan poco y que ahora es tanto, resultaba ser como mi suegra, porque me esquilmaba el bolsillo y me maja-

dereaba de lo lindo. Aburrido, un día me fuí de la casa.

—Robándose cuanto encontró.

—¿Robarle a usted? Casi todo lo que había en la casa era mío. Ahora, señor juez, cansado de andar de allá para acá, busco que Luzmira, que de nada ha tenido la culpa, se venga conmigo.

—Pero yo no me voy, ni me voy!—saltó la joven—yo no tengo nada que ver con este hombre!

—Lo que son las cosas—exclamó Avilés. Tan enojada ahora, y antes tan contenta...

—Todo lo que ha dicho este sinvergüenza es mentira: nunca ha sido el amante de mi sobrina, ni ha vivido con nosotros. ¿Y decir que yo no soy tía de Luzmira? ¡Qué sabe este infeliz de parentescos! Verá usted: el finado, mi compadre Rudecindo, padre de esta niña, era hijo de Zoila Zamora, que vivía en Loncomilla, y fué hermana de mi abuela materna.

—Permítame—interrumpió Solaguren—no hay necesidad. El juez en este asunto no va

a dictar sentencia, sino a fijarse una norma general. Tome nota secretario.

«Aun cuando en el caso presente de Luzmira Salinas y Teodoberto Avilés, la demandada declara rotundamente no tener nada que ver con Teodoberto, y busca el amparo de la justicia para que castigue a éste por su persecución amorosa; y si bien se puede estimar como una tozudés ridícula, despreciable y punible la actitud del demandado, este Juzgado no da, ni dará lugar a quejas por asuntos amorosos, porque dicho sentimiento usa de armas que aún a los propios interesados engañan, como pueden ser el desprecio y hasta las mismas querellas, no buscando, sin embargo, inconcientemente, otra cosa, con su uso, que el deseo de tejer una más firme unión allí donde iba descosiéndose. Por todo lo cual, no siendo dable ver con claridad en los sentimientos de los presentes querellantes, el Juzgado, por precaución, desestima la demanda; previniendo al inculpado Teodoberto Avilés que si los considerandos en que se basa esta resolución le sirven para tomar mayores bríos en su empresa

y ésta no tiene, a pesar de ellos, salida, y otra vez la joven Luzmira acude a demandarlo por igual causa, el Juzgado, apesar de la jurisprudencia aquí asentada, lo puede penar por necedad peligrosa, porque no es difícil extraer tan mezquino componente de la celebrada mezcla del amor».

EL HOMBRE DE LA CABEZA ROTA

—¿Hasta cuando vamos a seguir viendo a ese hombre de la cabeza vendada?

—La policía ha citado varias veces a los asaltantes, y sólo hoy han venido, dijo Galíndez.

—¿Y dónde están?

—Son una anciana y dos mujeres, buena gente, al parecer. Usía perdonará, pero creí que debía seguir el orden...

—Ese hombre, siempre con los mismos vendajes sucios de mugre y de sangre seca, me produce náuseas — interrumpió Solaguren. — ¡Vea como se asoma con su cara de dolor angustioso! Ya va una semana larga que lo veo en igual traza; es posible que de ignorante y sucio se le estén pudriendo las heridas.

—No crea, Usía. Lo hace sólo...

—Dígale que entre.

El hombre de la cabeza rota no se hizo llamar dos veces.

—¿Usted es el maestro Juan Norambuena?

—Sí, señor juez.

—¿Llegaron por fin sus demandadas?

—Afuera están hace rato.

—Hágalas pasar.

—¿Quiere, secretario, leer la demanda?

Entraron en silencio las tres mujeres.

—«Juan Norambuena, de oficio carpintero, domiciliado en calle Vargas, sin número, viene en demandar a Jesús Alderete y a sus hijas Rosa y Emilia que viven en Andes, también sin número, entre Villasana y la calle que sigue al Poniente, acera norte. Dice Norambuena que,

al entregar a las demandadas unas sillas que le habían mandado componer, y cobrar su trabajo, no quisieron pagárselo, alegando, falsamente, que él también les debía, y como Norambuena insistiese en que si no se le cancelaba iba a retirar dichos muebles, Jesús Alderete y sus hijas Rosa y Emilia arremetieron contra él, enarbolando las mismas sillas que acababa de componer, rompiéndoselas en su propia cabeza. Los golpes le hicieron manar tanta sangre, que quedó aturdido. Viene por lo tanto a pedir que el Juzgado castigue a la Alderete y sus hijas, previo pago de las costas de esta querella, y de lo que se le adeuda por su trabajo, suma, esta última, que estima en treinta y cinco pesos. Firmó a ruego de Juan Norambuena, por no saber hacerlo, Diego Alvarez Lantadilla».

—¿Ha oído, señora, la demanda del maestro Norambuena...?

—Hablen ustedes, niñas!—imploró la señora Alderete, anciana gibada y temblorosa—Hablen ustedes!

Las llamadas niñas, mujeres ya mayores y

encanecidas, con mantos y trajes negros y viejos, pero limpios y cuidados, se miraron con inquietud.

—Lo que dice el maestro...—comenzó la mayor.

—Esta es la Rosa—murmuró el secretario.

—Lo que dice el maestro es una falsedad. El mismo se había ofrecido gratuitamente a componernos tres sillas que estaban despegadas, y a las que le faltaban algunos barrotes. Era conocido de la casa y no iba a pedirnos un centavo por algo tan poco. El Domingo antepasado, cuando nos llevó las sillas, serían las once de la noche, ya estábamos recogidas. Al principio no quisimos abrirle, porque el maestro Juan suele beber y se pone muy odioso; así resultó andar esa noche. Salió Emilia a abrir, y él al verla en camisa quiso sobrepasarse. A los gritos de Emilia, yo y mi mamita fuimos a favorecerla. Pero el hombre estaba cegado y no la soltaba. Con lo primero que pillamos le dimos por donde caía. Esa es la verdad.

—Así no más fué, señor juez—confirmó la

anciana.— Así no más fué; y es mucha vergüenza para esta pobre vieja andar metida en estos pasos, y que luego se comente lo que han querido hacer con una de sus hijas.

—Somos pobres, señor, pero vivimos de nuestro trabajo, y nadie, nadie, tendrá nada que decir de nosotras!—exclamó Rosa.

—Sí, señor, como buenas, mis hijas son buenas; todos los días tengo que darle gracias a Dios por ello. Un poco vivas de genio, talvez; pero como no hay hombre en la casa—yo soy viuda y las dos han quedado solteras—si así no lo fuesen, talvez sería para peor.

—Y usted, maestro Juan ¿qué replica?

—Mentiras y más mentiras. Por qué entonces no acudían nunca a la citación que les hizo, hace ya más de una semana, su señoría?

—Hicimos mal—declaró la anciana—debíamos haber venido. Pero nos daba miedo. Nunca nos viéramos metidas en nada semejante. Jamás, antes de hoy, hemos pisado la sala de un Juzgado. Vivimos solitas en nuestro rincón. Y luego... la vergüenza de Emilia! Yo quise venir, pero me lo impidieron. La pobre

chiquilla me decía que ella, antes, preferiría morirse. También los pobres tienen su delicadeza.

Emilia, humilde cincuentona, encendido el rostro hasta parecer que la sangre le iba a brotar, miraba hacia la puerta de salida buscando esconder su confusión; Rosa palidecía por momentos; sólo la anciana, un tanto temblorosa, lograba dominarse.

—¿Quiere que veamos sus heridas?—dijo de improviso el juez.

El carpintero se turbó, pretextando que tenía las vendas pegadas.

—Con un poco de agua... Galíndez ¿quiere mandar por una taza de lavatorio?

—Pero, señor, y después...—insinuó el carpintero.

—El juez desea darse cuenta cabal del daño que usted recibiera.

De malas ganas, quiso que no quiso, con algunos visajes de dolor al desprenderse la venda inmunda, en partes tiesa y engrosada por la sangre seca, el carpintero fué sacándose su envoltorio.

El secretario en persona trajo un gran lava-

bo lleno de agua limpia, y una toalla rota y desflocada al brazo.

Eran tales la mugre y los pegotes, en los cabellos oprimidos, que no se veía herida alguna con claridad.

—Lávese primero — ordenó el juez—Más; más aún!

—Me puede entrar pasmo, señor!

—Tiene hasta barro pegado...

—Si me botaron al suelo...

—Por eso mismo, lávese bien!

Siempre quedó adherida alguna mugre tenaz.

—¿A ver? Inclínese un poco. ¿Dónde lo hirieron? Apenas tiene unos rasguños. ¡No; que también hay un costrón!

—Maestro Norambuena — dijo incorporándose el juez.—Si usted tuviese más heridas y contusiones, yo no castigaría a la señora Alderete y sus hijas; no las castigaría, aun cuando el incidente haya ocurrido como usted señala, y no como ellas dicen. El espectáculo nauseabundo que durante una semana larga me ha venido dando usted con su cabeza cubierta con vendas llenas de suciedad y sangre seca,

sus gestos por falsos dolores, su constancia en persistir deseoso de aparente justicia, me han hecho saber que, si la sangre fresca perturba la serenidad y trae vivas ansias de penar el daño, la sangre seca produce la misma repulsión que los deseos vengativos.

—Señora Jesús—agregó dirigiéndose a la anciana—llévese a sus hijas, y si el maestro Juan las molesta, venga a hablar conmigo.

El carpintero quiso decir algo y salió molesto, arrastrando sus vendas. La vieja dió en llamarlo suavemente y hasta pretendió tomarlo de un brazo.

—Maestro Juan, maestro...

—¡Cuidado, señora!—advirtió el juez.—Usted ha vivido bastante y tiene el olvido fácil y el arrepentimiento inmediato, pero aguarde, al menos, que a él se le caigan las costras...

UN DÍA DE CAMPO

Mozarena debió aguardar. Solaguren, apesar de sus propósitos, estaba aún en cama. Un oscuro arrepentimiento le sujetaba. Qué iban a hacer en ese día caluroso! Ir por los campos, almorzar bajo los árboles, vagar y pensar sin rumbo? El era muy dado a todo ello; y en la noche anterior, al convenir la excursión, el entusiasmo le ganaba; pero...ahora.

Abrió los postigos y vió el sol alto. Pre-

sentíase el calor que debía reinar. Los árboles parecían moverse suavemente, y nubes blancas y enormes volaban hacia el Norte. Lo molesto era decidirse: ya vestido sería otra cosa. El agua fresca acabó de despabilarlo, y comenzó a sentir que ascendía con timidez el deseo de la víspera.

Cuando salió de la pieza, y vió a su amigo esperándolo bajo los árboles del jardín, su ánimo había cambiado y una alegría ingenua le dominaba.

—Vamos antes de que apriete el sol.

—¿Amaneciste bien?—preguntó Mozarena.

—Salgamos pronto.

—¿No llevas tu caja de pinturas?

—No, nada: quiero vagar libremente.

—Yo, llevo la mía: pudiera ser...

—No pintarás.

—¡Quién sabe! Cuando no la llevo, me arrepiento.

—Y cuando la llevas, también.

—Sí: así es, dijo Mozarena.

Y Solaguren, señalando el bastón que siempre acompañaba al pintor, recordó:

—Espera; voy a traer el mío.

Entraba y salía de las piezas, y el bastón sin aparecer. Llamados a las empleadas; preguntas a los niños. Agitado, molesto, como el tiempo pasaba, resolvió salir sin él.

—Vamos, vamos...

Al cruzar el pasadizo, el pintor se acercó a una percha y dijo irónico:

—¿No es éste?

Solaguren, asombrado y sonriente, buscó una explicación.

—Pasé veinte veces por aquí. ¿Cómo puede ser?

Satisfecho, cogiendo la gruesa varilla de cerezo con un abandono, con una intimidad gozosa, exclamó:

—Creerás; yo quiero a este bastón. Mi mano se amolda a él con una creciente justeza, y siente que la suavidad que ella ha ido logrando con su roce es cada día mayor. No sé explicarme; pero este bastón que me acompaña cada vez que salgo en viajes y vagancias, me es grato como un amigo íntimo.

Lo levantó, y después de pasar su mano a

todo lo largo de él, como una caricia, aspiró el perfume de la madera, que quedó adherido a la piel.

—Huele!—dijo a Mozarena.—¿Hay un aroma más sugestivo? ¿Qué te evoca?

El pintor sonreía complacido. Muy de tarde en tarde Solaguren tenía esos arranques, y como en ellos mostrábase ingenuo y hablaba lleno de entusiasta naturalidad, era grato el oirlo.

—Parece que el ánimo está mejor—exclamó Mozarena, golpeándole afectuosamente el hombro.

—¿Mejor? ¡Quién sabe! ¿Qué quiere decir mejor?

—¿A dónde vamos por este lado? ¿A Renca?

—¿Habrá pasada en el rio para gente de a pie?

Un breack de los que llevan pasajeros a Los Olivos, cruzaba en ese instante.

—Sube!—gritó corriendo Solaguren—vamos a Barrancas.

Arrastrado por la súbita decision, salto a su vez Mozarena.

Apretujados entre los otros pasajeros, So-

laguren alcanzó asiento en el pescante, mientras su amigo tuvo que contentarse con ir de pie en el angosto estribo posterior.

De un extremo a otro del carruaje, que prosiguió su marcha zangoloteándose al rodar sobre el camino hoyado y pedregoso, por entre la doble fila de obreros y campesinos endomingados que desde las banquetas laterales del breack los contemplaban risueños, los dos amigos, cogidos por una repentina alegría, tenían, ante cualquier cosa, comentarios festivos, usando de una irónica familiaridad para con los viajeros suspicaces.

Poco a poco fué desocupándose el breack, y, ya sentados juntos en las banquetas interiores, mientras comentaban a las perdidas los últimos incidentes, en los largos silencios intermedios, sentían el rodar de las ruedas por el camino solitario, los leves crujidos del viejo carromato, y entre el perfume de los campos, el olor agrio y humilde de los caballos flacos y sudorosos que trotaban macilentos.

Una naciente solidaridad comenzó a nacer y estrecharse entre el carruaje, los hombres y las

bestias, y ella se hizo palpable al embocar una alameda rumorosa llena de fresca sombra.

—Espere—advirtió Solaguren al cochero—Nos vamos a bajar.

—Sí,—afirmó el pintor.

—Pagaremos como si nos llevase hasta el fin.

—Dé descanso a sus caballos en esta sombra.

—Adiós. amigo, y gracias!

Orillando los álamos, claro y fresco, medio oculto entre tupidas hierba-buenas, pasaba un arroyo de agua cristalina y silenciosa. El pintor, cortando un manojo oloroso, lo llevó a su rostro y lo restregó con avidez por sus barbas y desgreñadas patillas.

Solaguren rió placentero, y dióse también a coger algunas hojas que guardó junto con su pañuelo.

El arroyo cruzaba el camino; el pintor, vagabundo lleno de experiencia, hizo notar a Solaguren que sobre acequias y canales, en ambas embocaduras de los puentes, prendidas de las malezas polvorientas extendían su red las arañas.

—¿Siempre se encuentran?

—Siempre; ya verás.

—Debemos estar cerca de un frutillar—agregó el pintor, husmeando el aire— ¿No hueles?

—Hombre! aunque...sí; sí; ¡qué olfato tienes!

—¿Vamos?

Dos mujeres venían por el camino trayendo sobre las cabezas sendos haces de leña. Las faldas raídas y sucias y los pies metidos en viejos zapatos resquebrajados por el polvo de los caminos, polvo caliente como ceniza de rescoldo, levantaban alrededor de ellas un halo gris y sofocante.

—¿Hacia dónde cae el frutillar?—les preguntó el pintor.

Las mujeres se detuvieron. Una de ellas, vieja y seca, agobiada por la caminata y el peso de la leña, dejó caer su fardo y se sentó en él.

—Queda cerca, señor. Siga unas dos cuadras y doble a la derecha; está en el camino de El Arenal.

—Gracias—dijo Mozarena.

Solaguren contemplaba a la anciana. Jamás había visto una flacura igual y una vejez más última. Acercándose a ella sacó precipitadamente del bolsillo un billete.—Espere—dijo a la otra que seguía su camino.—Tome usted también.

El pintor observaba la escena y confesó.

—Vengo con casi nada.

—Qué importa! yo les dí! ¿Pero has visto algo igual? Tú que eres pintor ¿por qué no pintas a estas buscadoras de leña, a estas mujeres viejas que se ven obligadas a rastrojear por los caminos las ramas secas que el viento hace caer de los árboles? Sus solas fisonomías son compendios de vidas innumerables. Qué miseria! La vieja me miraba con un susto... Ese billete insignificante fué para ella tanto dinero que no supo en su asombro qué decir. ¿Entiendes? ¡Vivir y vivir! Y qué es esto de la miseria? Desde que soy juez, comprendo menos que nunca todas las cosas... ¿Por qué la vista de la miseria me subleva como un insulto que se me hace? es como si me gritaran:

ladrón! ¿Tiene esto sentido? Tú ¿qué experimentas?

—Yo soy pobre.

—Pobre ¿dices?

—Bien lo sabes.

—Pero tu pobreza es relativa; para esas mujeres eres un Creso. Hablo de la miseria...

Llegaban al camino de El Arenal y tras la linde de los álamos, en un largo trecho, donde la zarzamora había sido quemada y los troncos veíanse negros y las hojas secas y amarillas hasta gran altura, divisaron un extenso frutillar.

Mujeres vestidas de blanco, inclinadas sobre los surcos, cogían las frutillas. El sol dábales de lleno; las sombras azulinas y transparentes de los blancos vestidos, los verdes pámpanos y las flores campestres que adornaban sus amplios sombreros, traían el recuerdo, en ese vasto escenario cercado de álamos oscuros y rumorosos al viento, de otra vida y de otros tiempos; tiempos llenos de abundancia, vida de alegría pagana!

Al arrimo de la sombra fueron caminando Solaguren y el pintor. ¡Fuera los sombreros y las blusas! Desabrochados sentían el delicioso cosquilleo de la brisa, como un baño imponderable!

En una choza improvisada hecha de ramas de álamos, que guardaba el olor penetrante como de almizcle, que exhalan los brotes nuevos, había gran número de pequeños canastos de mimbre sin descortezar, llenos de rosadas frutillas. El perfume suave y dulce de las frutas y el grato del mimbre, naufragaban en el penetrante aroma de las ramas secas de los álamos.

No había nadie en el interior de la choza.

—Eh!— gritó Solaguren— ¿Quién vende aquí?

Lejanas, algunas mujeres bañadas por la fuerte luz del sol, irguiéronse un instante, llevándose las manos sobre los ojos para distinguir mejor.

Ninguna de ellas acudió.

—Ya vendrán; mientras, comamos—dijo indiferente el pintor.

Las frutillas frescas, blandas, dulces y aromáticas, se deshacían suaves en la boca como tiernos y pequeños corazones a quienes agotara un solo beso.

—Qué maravilla!— exclamó, paladeándolas, Solaguren.

—Nunca había probado mejores—confirmó Mozarena.

El cuadro de la puerta de la choza enmarcaba el panorama del vasto frutillar vibrante de luz. Por él iban y venían lentas, blancas y lejanas, mujeres coronadas de flores y de pámpanos; en tanto el coro de los álamos sonaba como una distante cascada de agua pura; y la sombra fresca, ahita de perfume de la choza, penetraba sutil los ánimos, despertando sensaciones vagas, profundas e imponderables...

Un campesino gordo y anciano, quizá el mayordomo, talvez el dueño del frutillar, apareció en la puerta, interceptando la luz.

—Aquí estamos saqueándolo, amigo—dijo el pintor.

Indiferente, callado, el anciano esbozó una

venia, masculló entre dientes unas palabras ininteligibles, y se sentó en un piso de totora que extrajo de un rincón oscuro.

La actitud silenciosa y abstraída en que quedara, su ensimismamiento fingido, al parecer, vigilante, enfrió la ingenua alegría de los forasteros.

—Las frutillas están deliciosas—dijo Solaguren, por romper el silencio.

El campesino le dirigió una lenta y breve mirada, y sin contestar, con dejadez, lentamente buscó algo en uno y otro y otro de sus bolsillos.

—¿Quiere usted fumar?— volvió a decir Solaguren, alargándole un paquete de cigarrillos, creyendo adivinar sus deseos.

—Gracias, nó—pareció decir el viejo al levantar una mano, interponiéndola.

En seguida volvió sin inquietud a sus pesquisas, y fué explorando por segunda vez, detenida y profundamente, uno por uno, los escondrijos de sus viejas ropas.

—¿Vámonos?— dijo de pronto el pintor, mohino y disgustado.

—¿Cuánto debemos?—preguntó Solaguren.

—¿Cuánto? Nada .. —contestó con displicencia el anciano.

—¿Cómo?— saltó extrañado Solaguren—nos hemos comido casi un canastillo entero!

—¡Qué tanto será...!

—Pero, señor...

—Para otra vez...

—Vaya! ¡muchas gracias!—y, confundidos por tan inesperada generosidad, los dos amigos se despidieron amablemente.

El campesino anciano les hizo apenas un leve movimiento de cabeza, mientras, absorto, proseguía la pesquisa en sus hondos bolsillos.

—Creo prudente—hizo ver el pintor, al salir al camino—que por aquí cerca mandemos preparar un almuerzo. Podríamos encargarlo en casa del viejo ¡qué rico tipo!

—¡Qué indiferencia tan fundamental! ¿Será el dueño?

—¡Cómo si lo fuera! ¡Parece estar de vuelta de todas las cosas! Un hombre así se ve siempre como el dueño de cuanto le rodea.

Sonrió Solaguren.

—Tan poco estudiado que está nuestro pueblo! Cuando vago por los caminos con mi caja de pinturas — prosiguió Mozarena,— cuando voy por los campos o los pequeños caseríos, y observo sin ánimo de observar, cuando me entrego a la ventura de lo que me rodea y de mi mismo, todo lo que vislumbro, fuera o dentro de mí, me parece un descubrimiento. No sabes, entonces, que desprecio tengo por los libros, qué distancia por nuestro pobre arte y por todas las cosas conocidas! Sentándome en una piedra, espiado de las malezas, cerca o lejos de los hombres, a veces como que vuelvo a coger el hilo de la realidad verdadera, y toda la cáscara aparente que estamos viviendo y a la que nos tienen habituados, se disuelve y desaparece; y hombres y paisajes adquieren un color, un sentido, algo que palpita profundamente! Este viejo del frutillar me ha traído otra vez esa sensación. Se burlan de mí las pocas gentes que me conocen; me menosprecian por mis vagancias, y tiénenme los míos por un pobre diablo ocioso. La verdad es que en ocasiones tengo vergüenza

cuando en casa pasamos hambres y pellejerías. Abrumado, molesto, rabioso, cojo mi bastón y salgo por los caminos, y me alejo y voy adentrándome en los campos solitarios, y es como si me internase en mí mismo, como si volviese a mi casa; y andando, andando, reposo y descanso como nunca antes descansara. Entonces vivo sereno y confiado, y de un modo tan profundo, que voy como ahondándome hasta la locura y el éxtasis...

—¡Qué vagabundo! Te comprendo y envidio. Quisiera acompañarte. Dejar todo, y para siempre, ir sin rumbo por el resto de mi vida...

El pintor, volviendo en sí, miró a su compañero de reojo y tuvo para él una sonrisa despectiva. Solaguren no advirtió el gesto de su amigo, y continuó dando salida al eco que habían despertado esas íntimas declaraciones.

CALIENTA LA TIERRA

Los perros aguardaban: grandes y pequeños, de pelaje corto o de largas lanas, escuálidos los más, viejos algunos, con bigotillos canosos, los ojos negros y salientes, las cejas peludas.

Solaguren les arrojó las cáscaras del queso y el sobrante del pan.

Todo lo devoraron instantáneamente, y revueltos con gallinas intrusas y pollos entecos tomados por el moquillo, quedaron, otra vez, atentos, esperando...

Bebieron los amigos el resto de vino que quedaba en la botella; un vino nuevo, áspero y grueso. Una ligera, alegre, beatífica languidez comenzó a ganarlos.

Con la marcha del día la sombra del níspero había ido corriéndose, y el blanco mantel deslumbraba al sol. Una brisa ligera movía la copa de los árboles, y ligeras ramillas comenzaron a caer sobre la mesa. Una arañita minúscula, desde una flotante seda en vuelo, se deslizó como un maromero y huyó despavorida. Distante oíase el cantar de un gallo, y en la paz de los campos, el silencio plácido después del almuerzo frugal, llevaba el pensamiento y el deseo a una siesta bajo los árboles.

Se internaron en la arboleda en busca de un sitio propicio.

En el fondo de la quinta, a la sombra de un seto de sauces nuevos, aun cuando el suelo estaba húmedo por las filtraciones de una represa de agua, encima de unos toronjiles, que al ser aplastados exprimieron mejor su dulce aroma, las chaquetas hechas sendos

rollos a guisa de almohadas, se tendieron Solaguren y el pintor.

No proferían palabra, avaros de esa paz. Buscando no entorpecer el goce de un total abandono, los ojos en alto, divisando por entre las ramas, en el zenit, el intenso añil del cielo, con curiosidad desconocida contemplaban las hojas temblorosas. Un pajarillo oculto al ser como tocado por sus miradas, emprendió un vuelo veloz. Algo los empujaba hacia un nivel cada vez más vecino al de la existencia de los seres y las cosas primitivas, y como leños que al caer flotan y derivan en una corriente apacible, y al ser arrastrados, de vez en cuando se sumergen del todo en ella, ambos amigos, por instantes perdían toda clara conciencia, y un sueño ligero les hacía entrecerrar los ojos.

Solaguren sintió ligero cosquilleo en un brazo. Un hormigón, metiéndose por la manga de la camisa, le hizo sentarse de un salto y quedó despabilado. Atento observó en contorno. Con una varilla dióse a remover las hojas caídas, y, al observar que un cucaracho y otros animalillos huían buscando ocultarse,

molesto se puso de pie, sacudiéndose los pantalones.

—Mozarena! Mozarena! cuidado con los bichos!

El pintor entreabrió apenas un ojo, sonrió displicente, y siguió durmiendo.

Solaguren quedóse allí tadavía un rato, luego, atravesando el muro del tranque, saltó por sobre una pirca, que pretendían defender zarzas secas y quebradizas. Anduvo por el predio vecino, terreno áspero donde veíanse rastrojos de caña de maíz, cosechado el año anterior, y se fué acercando a los grandes álamos y hermosos sauces que orillan el río. Sudoroso, molesto, después de varios rodeos inútiles, dió con un portillo, en el cercado, que cubrían zarzas vivas, y pudo llegar hasta la ribera pedregosa. A la sombra, sentado en unas raíces salientes, estuvo largo tiempo. Las aguas del río corrían veloces levantando un ruido bronco y adormecedor con el rodar ahogado de las piedras pequeñas.

Por sobre el barranco de la otra ribera divisó grandes cúmulos que encimaban la

Cordillera de los Andes. Recordó Solaguren que en las tardes de verano, año a año, veía agruparse sobre la mole andina esas mismas eternas nubes. Y al observar las aguas turbias y oscuras del río, aguas cambiantes y siempre iguales; al ver los árboles que traían el recuerdo de árboles incontables, la luz de ese día, claridad sorda, idéntica a la de los días innúmeros de todos los estíos que viviese, le trajo una sensación de oscuridad, de pobreza, de pequeñez y de hastío.

Volvió a trepar trabajosamente por el sendero empinado y resbaladizo, de suelta tierra arenosa.

Mozarena no estaba en su lecho de toronjiles. Fué buscándolo hasta encontrarlo en grata charla con la hija de la dueña de casa.

En cuclillas delante de la acequia cristalina, la blusa arremangada, dejando ver unos brazos gordos, suaves y morenos, la muchacha reía cosquillosa de las palabras del pintor.

Mozarena de pie, al lado de ella, no sintió llegar a su amigo, y éste pudo ver cómo, desde aquel sitio, al inclinarse para batir la ropa que

lavaba, y quedar ahuecado el corpiño, se asomaban los morenos pechos juveniles como dos grandes duraznos silvestres tibios a la resolana; Una de las gruesas trenzas caía hacia adelante, negra serpiente ávida del agua. Cuando la joven enderezaba el busto y, levantando el rostro, reía, deslumbrante los blancos dientes, la serpiente, tímida, como si fuese su nido, se internaba por el escote hasta escurrirse entre ambos pechos.

—Hola! ¿dónde andabas?

—Por el río. ¿Piensas hacerle un retrato a la señorita?

—Ella no quiere...

La muchacha, avergonzada, se puso de pie. Como si fuese en busca de nueva ropa que lavàr, se encaminó hacia la casa, no sin volver rápidamente el rostro antes de quedar oculta por unos arbustos.

Los dos amigos se miraron complacidos; en los ojos del pintor brillaba el alegre deseo.

—Por qué no te quedas—susurró medio irónico, medio envidioso, Solaguren.

Mozarena lo observaba; y dándole una palmada en el hombro, ordenó resuelto.

—Vamos! Vamos andando!

Pagaron la frugal merienda, y de nuevo por los caminos sintieron con agrado que la brisa de la tarde, el constante viento sur de los veranos, comenzaba a soplar. Nubecillas delgadas, brumas nacientes, celajes alargados, íbanse formando, y el aire oloroso a dilatada amplitud levantaba los ánimos caídos por el caluroso medio día.

—Simpática la muchacha exclamó, como sin darse cuenta de lo que decía, Solaguren.

—Sí, fresca y de mi gusto; pero...¿iba a quedarme? Acaso las campesinas son tan complacientes?...Tonterías...

—Ah, si yo fuese Calienta la Tierra.

—¿Quién?

—Calienta la Tierra, un gran vagabundo a quien conocí; un perezoso definitivo; un hombre que de tanto pasar tendido en el suelo, acabaron por llamarlo Calienta la Tierra.

—Un apodo épico!

—Sí; y su historia es aún mejor. ¿No la

sabes? Creí habértela referido. Hombre alto, sólido, de tronco largo y grueso, de cabellera amplia y crespa, y de una fisonomía recia, de rasgos rotundos...y desconcertantes. Era de una bella fealdad. No creas que invento; lo conocí cuando niño; talvez por ello le vea ahora en mi recuerdo un tanto idealizado; pero lo que te refiero es la verdad. De sus ojos fluía indiferencia absorta, y sus gestos eran tan especiales, que se dirían los de un rey en el ostracismo.

—Como se conoce que eres, también, un vagabundo! Endiosas a tu Calienta la Tierra.

—Oye, será mejor...vivía, cuando yo era muchacho, cerca de San Juan, en un pueblecillo que cruza el estero de Quiñones, y que se llama...se llama...espera...ya recordaré. Nunca supe el nombre de ese hombre extraño, y acaso nadie lo conociera; recuerdo que todos le daban ese dictado magnífico: Calienta la Tierra. ¿Quién lo vió alguna vez trabajando? Pasaba las horas muertas tendido bajo los árboles.

—Inventas...—interrumpió Solaguren.

—No, no. Acaso, como lo he referido muchas veces, mi historia tenga el aspecto de relato novelesco. Calienta la Tierra no tendría interés alguno si no hubiese existido. Las Cabeceras! Las Cabeceras, sí, así se llama la aldea: Las Cabeceras! ¿No has viajado por esos lados? Es un caserío disperso que rodean tierras famosas, donde tienen chacras y pequeñas hijuelas campesinos de modesto pasar. La fruta es abundante y riquísima; las viñas, en breves retazos, trepan las suaves lomas que se extienden hacia el Sur. Basta conocer ese lugarejo apartado, basta internarse por el largo camino que sigue el mismo lecho del estero de Quiñones cubierto de pataguas, álamos blancos y sauces de Castilla, para ir entregándose a no sé qué magia de alegre soledad y de fecundo abandono que se levanta de esas tierras pródigas.

Tenía yo por allá una tía abuela que heredó, vecino a Las Cabeceras, un campo de ovejas y unas cuadras de migajón, una casa antigua y una gran arboleda frutal sin cer-

cos, que se continuaba, al menos para mí, en las arboledas de los vecinos.

Allí, entre una cincuentena de casas dispersas en el vallecito feraz y hermoso, como si fuese el propio corazón de esas montañas, vivía Calienta la Tierra. Al decir de muchos, era ya viejo, pero no lo parecía. Sus padres habíanle dejado una hijuela de tierra y boscosos huertos. Como él nunca los cultivara, los vecinos se habían ido apoderando de ellos poco a poco sin mediar compra ni cambio alguno, por un proceso natural. El rancho en que vivía Calienta la Tierra, roto y podrido con las lluvias y el rodar de los años, fué quedando en el centro de propiedades ajenas, que acabaron por cercarle cada vez más estrechamente. Nadie se cuidó siquiera de dejar un camino para que Calienta la Tierra llegase hasta su casa, y ese hombre perezoso no logró jamás que sus pies trazaran un angosto sendero que partiese desde el vano de su puerta. No era, como pudiera creerse, un vago sucio y desagradable. Ignoro la causa; acaso porque su falta de trabajos y fatigas no le hiciere

sudar, talvez porque, medio desnudo y recostado en el estero—era su sitio preferido—la arena gruesa le limase la piel, sea por lo que fuese, su aspecto era limpio, extraño y grato de ver.

Sólido e indiferente, acabó por crear en torno suyo una atmósfera propicia; y pasó, a su vez, él, que de nada se preocupaba, a que nadie se preocupase de él. Cuando de tarde en tarde se le veía atravesar los huertos ajenos, se diría, ante la actitud de las gentes y los perros, que, de inútil, había llegado a ser invisible!

—Me parece verlo—exclamó Solagaren.

—Miedo a sus fuerzas salvajes, contábanse anécdotas asombrosas, ignorancia extraña sobre lo que acontecía, falta de trascendencia atribuída a sus actos, la verdad es que esos labriegos parecían no darse cuenta de lo que ocurría en sus propias narices.

Calienta la Tierra, bien tendido bajo el árbol que llegara a la plena madurez, recogiendo los frutos caídos que quedaran a su alcance, o apoyándose en algún grueso tronco, con toda

su insólita dignidad en contemplación del pasar silencioso de la corriente del estero, era siempre atisbado por las mujeres. Y a la hora de la siesta, o entrándose la noche, como la bajada más cómoda para ir en busca de agua al estero era la que se encontraba enfrente de su posesión, y como de las frutas de su huerto todas cogían, sin que el perezoso hiciese otra cosa que sonreir, y los campesinos avaros ven con buenos ojos, aunque los propios bienes les sobren, que sus gentes consumen los del vecino distraído; padres y maridos, sabiéndolo, o acaso inconcientemente, dejaban que sus hijas y esposas asolaran el huerto de Calienta la Tierra.

Pero la verdad era otra: atraídas por un sortilegio extraño, según el decir de los vecinos de Zamora, aldea rival, todas las mujeres de Las Cabeceras habían sido poseídas por Calienta la Tierra. Y eran ellas las que siempre rondaban en su busca. Calienta la Tierra las dejaba aproximarse...

Jamás olvidaré la figura de ese hombre bello y silencioso! En medio de los campesinos pe-

queños y deformados por el trabajo, nuevos y miserables eunucos, Calienta la Tierra, cuya sola presencia hacía pensar en extrañas dignidades, en un reino ausente, y en una filosofía superior a los vanos conceptos, era como un ocioso potro altivo entre gruesas yeguas de cría y escuálidos caballos de faenas.

EL CEMENTERIO PARROQUIAL

Media legua larga llenaron los picantes comentarios sobre Calienta la Tierra.

—¿Pintar? ¡Al diablo la pintura!—declaró Mozarena.

—Yo te lo advertí!

—¡Quién va a pintar ahora! Sigamos...

Y Mozarena tomó un aire enérgico y un paso decidido de grandes y recias zancadas, moviendo los brazos con un vaivén de amplia y contenida energía.

Solaguren, cogido por un pasajero entusiasmo, le imitó breves instantes, pero, antes de poco, a ambos los volvió a dominar el paso lento, desmadejado e insensible de los caminantes.

—¿Dónde estamos?— preguntó Solaguren, asomándose sobre unos tapiales medio derruidos.—¿Qué cementerio es éste?

—¿Cementerio?—Acudió el pintor, y trepó igualmente.

Era un potrerillo con los cierros caídos, donde algunas vacas pastaban entre las tumbas.

Quisieron entrar, pero en los portillos, defensas de alambres de púa se mostraban peligrosas.

Rondando a lo largo de los cierros que sombreaban viejas encinas, dieron con un rancho medio abandonado y oculto entre los cardos y altas cicutas que crecían al arrimo de los desmigajados paredones.

Dos niños pequeños, pringosos los rostros, que jugaban con montoncitos de tierra, les quedaron mirando.

—Eh! chicos ¿se puede entrar al cementerio?

Los niños, inmóviles, sin responder, seguían observándoles.

—¿No hay nadie en esta casa?

No se oía ruido alguno; el viento curioseaba por los rincones; parecía ser el dueño de aquella casa en abandono. Bajo un cobertizo sombrío contiguo a la casa, veíanse unos ataúdes viejos, despintados, opacos los barnices, las cruces y manillas comidas de orín, las tablas desastilladas y medio podridas.

—¿Entremos?— insinuó Mozarena, consultando a su amigo.

Los niños, sentados en el polvo, sin levantarse de su sitio, les vieron pasar, y, torciendo la cabeza, se contentaron en seguirles con la vista.

Un patiecillo sombreado por acacios, con restos de una reja de alambre y una puerta de débiles maderos, rota, remendada e inútil, pretendía separar la casa del camposanto.

El cementerio estaba invadido por las hier-

bas. Dos vacas golosas, echadas sobre las tumbas, dejaron de rumiar; alzándose sin prisa, tomaron el camino de portillos practicables hacia los potreros vecinos. Veíanse cruces quebradas y caídas, restos pisoteados de piadosos jardinillos geranios sonrientes, rosales mustios, lánguidas campánulas y humildes nomeolvides.

Despedazadas las pequeñas rejas que rodeaban las fosas, los armazones de los ramos y coronas yacían dispersos por el suelo; sólo las flores secas y los pintarrajeados papeles que podía acarrear el viento, habían sido llevados por las ráfagas a un rincón del cementerio donde quedaban enredados entre renuevos de espinos como en una fosa común de recuerdos y nostalgias.

Solaguren callaba, con el rostro contraído en su clásico gesto de desprecio ante los casos oscuros.

Mozarena, curioso, seguía, lentamente, observándolo todo.

—Qué cementerio! Toda cruz tiene dos nombres, uno diverso por cada cara:

Isidro Zuleta
1873-1903

Amandina Heredia
1856-1903

—leyó levantando una cruz caída. Dos para una cruz! La cruz en medio, entre las cabeceras de ambas fosas! Rota, caída y arrastrada por las vacas hacia donde duerme la vieja Amandina o el pobre Zuleta.

Solaguren quizo hundir el mástil mayor de la cruz, pero la tierra dura no se dejó penetrar.

—¿Qué haces?— observó el pintor, arrojando el madero—¿Cómo sabes dónde cae el uno, dónde el otro? Vas a dejarlos con los nombres cambiados...

En seguida de las fosas venían tumbas de cal y ladrillo; pomposos y ridículos remedos de los mausoleos de Santiago, hechos por rústicos albañiles. Columnas débiles, sin fuste, desgarbadas, soportaban, inclinándose, frontones enormes, complicados y amenazantes, con ladrillos corridos, cruzados de grietas pro-

fundas, en las que arraigaban hierbas chamuscadas, quebradizas y finas, como cadejos de cabellos tostados. Recios temblores habían dado cuenta, tiempo atrás, de muchas de ellas. Una imagen de Cristo se erguía entre los escombros. Una lagartija tomaba el sol en el cuello del Nazareno, y el destrozo que hicieran en su rostro y en su cuerpo el derrumbe de los muros; los colores impregnados de débiles mordientes, que las lluvias mezclaron, hacían de el Hijo del Hombre un resucitado que pugnase por escapar de entre los muertos.

Al lado de esa figura apocalíptica había una tumba extraña; y otra, y otras... que se semejaban. Parecían representar el último modelo adoptado.

Pequeñas techumbres de dos aguas cubrían profundas excavaciones hechas en la tierra. Entre las breves vigas y tijerales de los ligeros galpones, como pájaros que se hubiesen detenido un momento en la sombra, minúsculos ataúdes hacían pensar en párvulos inverosímiles.

Asomándose al borde de una excavación, divisaron, tallados en la gruesa tosca, varios

nichos superpuestos con ataúdes a la vista. Nichos abiertos como celdas de un panal amargo y gigantesco, labrado en las entrañas de la tierra, y lleno aún de las larvas de la muerte.

—¡Buenos días!

Una mujer, que traía de la mano a uno de los niños que vieran jugando a la entrada, se acercaba.

—¿Usted vive aquí?—preguntó Solaguren.

—Sí, señor.

—¿Su marido es el sepulturero?

—Soy viuda, yo lo reemplazo.

—Ah!

—Estaba enferma en el hospital cuando él murió. Nadie fué a avisarme. Tres meses estuve muriéndome. Cuando volví, hacía cuatro semanas que el finado estaba bajo tierra.

—¿Y estos niños?

—Abandonados, señor; luego los recogió el señor cura.

—¿Vive sola?

—Sola.

—¿Este es el Cementerio de Barrancas?

—Sí, el cementerio parroquial. Desde el te-

rremoto no se levantan los cierros, y ya vé como están...

—Cuando llegamos había unas vacas...

—Es inútil echarlas; siempre vuelven. En la noche se pasan todas las de los potreros vecinos; les gusta dormir al abrigo de estos árboles; y yo ¿qué puedo hacer? Lo que cierro hoy, mañana está abierto! Una vez se cayó una vaca aquí dentro — dijo señalando una fosa abierta.— Desde entonces puse ramas, alambres y lo que pude encontrar en torno de los galponcitos. ¡El trabajo que costó sacarla!

—Y ¿qué significan estos ataúdes tan pequeños entre las vigas?—preguntó Mozarena.

—Son de niños—aseguró Solaguren.

—No, señor, son restos.

—¡Restos! ¿de qué?

—Cuando pasa el tiempo, y de los finados sólo quedan unos pocos huesos, y los cajones aún están servibles, los saco y los pongo en estos chiquitos.

—Ah! ¿entonces esos ataúdes que están cerca de su casa...?

—Sí; como no todos tienen dinero para com-

prar un cajón nuevo, los pobres compran de esos.

Mozarena miró a Solaguren, haciéndole un guiño; y la mueca que ya apuntara en el juez adquirió un relieve mayor.

—¿De modo que tiene ese negocito, señora? dijo el pintor.

—El pobre busca ayudarse... Enferma no he tenido tiempo de sacar los restos de un cajón que está afuera desde el día de San Andrés. ¿Quieren verlo?

En un sendero vecino había un ataúd atravesado.

—Es de una señora de la hacienda de Coronel; murió hace bastante tiempo.

Palanqueando con un trozo de tabla que recogió de por allí cerca, logró desenclavar la tapa del ataúd.

Mozarena y Solaguren se asomaron tímidos y curiosos, como si se abriese ante ellos la boca de un abismo.

Sorprendidos por la luz, unos coleópteros pequeños corrieron escondiéndose bajo los retazos manchados y podridos de ligeras telas que cubrían a trechos el cadáver; telas redu-

cidas a la urdimbre como redes de araña palpitantes en rincones abandonados. El viento, curioso, las fué palpando; las telas quemadas se deshicieron en polvo. Desnuda se ofreció la muerta a las miradas atónitas; desnuda aún de carnes. Hasta de la cabeza se había despojado; rotos los tendones del cuello, deshecha la unión de las vértebras, una noche el cráneo debió rodar dentro del ataúd. Carcomidos los ligamentos de los dedos, un día los huesos de las falanjes, como cuentas de un rosario cuyo hilo se corta, debieron caer dispersos; cruzadas sobre el pecho, las manos sin dedos, eran viejas flores deshojadas. El pecho hueco, el vientre hundido y roto... Ahí estaba la muerta, desnudándose de todo su cuerpo! Era un viejo cadáver que olía como uno de esos rincones oscuros de los bosques donde se pudren las hojas.

Sólo una mazamorra grasienta, que había derivado hacia los pies del ataúd, daba una impresión nauseabunda.

Mozarena salió del cementerio. Solaguren permanecía observando el cadáver; la sepultu-

rera había cogido una rama y, pasándola por una de las órbitas vacías, ensartó el cráneo distante para dejarlo en su sitio.

El sol, al ocultarse tras las nubes que cubrían la Cordillera de la Costa, apresuró el crepúsculo largo y ceniciento.

Un fresco mayor comenzó a venir sobre los campos. Al llegar ambos amigos al camino de Valparaíso, ya obscurecía. Una larga fila de carretas cargadas de legumbres se dirigía a Santiago. Un tiempo marcharon al lado de ellas; pero pronto las antecedieron. Cuando dejaron de oír los chillidos de las ruedas y los broncos golpes que daban al cruzar los malos pasos, cerraba ya la oscuridad de la noche.

Ante ellos el camino era algo sin término. De vez en cuando, sombras emergían: otros viandantes que cruzaban silenciosos... La vaga solidaridad que nace entre las gentes que marchan por los caminos solitarios, era desvanecida por la desconfianza que traen las tinieblas.

LOS VAGABUNDOS

La audiencia de los días Martes era característica. Antes del desfile de los querellantes, el juez hacía presentarse a los presos por vagabundaje y ebriedad, recogidos en los clásicos días consagrados a Baco. Penetraba burda y pesadamente, entre dos guardianes de la policía comunal, un rosario extraño de hombres y mocetones, algunos con los rostros pintados a fuego por el vino, quienes de verde y azul

por los mojicones; muchos de amarillo por la juerga y el calabozo; casi todos con la ropa dominguera recientemente despedazada, o con indumentarias lustrosas, impermeables de vejez y de grasa, trajes llenos de pintorescos remiendos y agujeros por los que se veían las carnes bronceadas.

Al sacarse los sombreros, unos sombreros risueños, porque las tapas de ellos generalmente estaban levantadas como los de las ollas que hierven, todos dejaban ver espesas y abundantes cabelleras que continuaban reproduciendo las formas de los receptáculos que las habían contenido.

Haciendo agruparse a un extremo a los vagos y al otro los ebrios, Solaguren contempló sus rostros, en los que no faltaba alguno que tuviese la máscara de una despectiva severidad, muchos con mirar vago y embrutecido, y hasta hubo quien parecía reflejar la dignidad que esculpe la tragedia en la frente de los hombres.

La mañana turbia con nubes bajas y viento arremolinado, transportaba la imaginación a los

últimos días otoñales; en la sala ensombrecida por la luz cenicienta, el juez dióse a recordar el paseo que hiciera el día anterior con Mozarena, y muy especialmente la épica historia de Calienta la Tierra.

No estaba allí ningún vagabundo de su talla y relieve. Todos eran ociosos vulgares. Sin embargo, observando con detención sus fisonomías, pudo establecer cierta diferencia entre las de los vagos y las de los ebrios.

Muchos de los primeros pecaban también por borrachos; pero el vagabundo clásico tenía una fisonomía más impenetrable que la del simple ebrio. En su gesto había vaguedad; pero a la vez, soberbia y desprecio; en el de los ebrios, disimulo, actitud quejumbrosa, espíritu variable y simiesco.

El secretario, cumplidos los engorrosos preliminares, señaló a los reos por delito de vagancia.

Todos eran de edad indefinible. Bien se comprendía que entre ellos debía de existir grandes diferencias; pero tan pronto se quería determinarlas, formábase un embrollo ante no

sé qué de ajeno al tiempo que fluía de esas vidas extrañas.

Todos guardaban silencio; los policías rígidamente de pie, como militares en revista; los reos, en desmadejadas actitudes; el secretario, listo para escribir; Solaguren, agitando suave y rítmicamente la mesa con una regla de madera. Se oía el rumor de los árboles requeridos por el viento. La ventana que daba al camino, en la que silbaban las ráfagas, se abrió ruidosa.

Una oleada de aire fresco, saturada a libres campos, cayó como agua limpia en la viciada atmósfera; todos aquellos hombres, jueces y reos, miraron por la ventana abierta.

El secretario se apresuró a cerrarla, y volvió a dominar el ambiente pesado y la rutina de aquel espectáculo.

Como el juez permaneciera silencioso, el secretario se atrevió a insinuar.

—Según la ley, la vagancia está penada...

—Perdone usted, Galíndez. Desde hoy en adelante, mientras yo sea juez, los que no tengan domicilio fijo, los que no ejerzan oficio ni

trabajos conocidos, y a quienes se encuentre caminando o en ociosidad constante por campos y poblados de mi jurisdicción, no serán detenidos por la policía. Sé que contravengo la ley; pero he sido nombrado para juzgar en conciencia. El sólo hecho de la pereza y de la vagancia no puede estimarse como una falta. Estos hombres libres que van y vienen sin término, o reposan profundamente, pensando o no pensando en nada, ejecutan, mientras se concreten a ello y no intervengan en robos o depredaciones, una vida primitiva, pero digna. Muchos reirán, pero muchos han envidiado sus existencias... Aunque sea todo lo dicho un error de mi parte, yo les pongo en libertad. Malamente, como una burda caricatura, de todas suertes, ellos me traen el oscuro recuerdo de los pensadores y filósofos. En su memoria, los vagabundos de Barrancas y Pudahuel no serán molestados en adelante.

Los guardianes tomaron un gesto de dignidad herida. Los reos salieron mohinos y descontentos; creían que en todo aquello se encerraba una burla desagradable.

QUERELLA POR INJURIAS

Dos, tres...cinco mujeres aguardaban sentadas. Una de ellas lo hacía como en actitud contenida: las manos sobre las rodillas, el busto inclinado hacia adelante, la cabeza media gacha como lista para embestir. Su mirada inquieta seguía el curso de un soliloquio interior pronto a dispararse. Daba, de tarde en tarde, un sofocado respingo, alzaba sus manos hasta una crencha de crin rebelde, y luego, pesada-

mente, las dejaba caer sobre las rodillas, en afirmación rotunda.

Madura, recia, alta; su grueso cabello ceniciento recogido con violencia hacia atrás, entretejíase sobre su nuca en gordas trenzas enroscadas como el moño terrible de un enorme nido de serpientes. La frente tajeada por arrugas se estiraba con el contrapeso de aquel tocado formidable; y en el rostro vulgar, los ojos enrojecidos abríanse audaces.

En frente de ella, repantigada en búdica actitud, reposaba otra mujerona. Los gruesos brazos desnudos, cruzados sobre el gran vientre; el pecho en rebalse; erguido el corto y macizo cuello que se embutía en una solemne gradería de papadas; todo el basto rostro marcado por una enfermedad violenta: la piel rota, tumefacta, rojiza y blanquecina, como acabada de pasar por agua hirviente. Solitario en aquella masa informe, como un molusco vivo, un gran ojo gris, deshecho y acuoso, giraba lento.

En primer término, tocada con blusa y faldas antes negras, ahora de un verde aceituna, su-

cio y raído, como tiñéndosele el rostro escuálido con los reflejos verdinosos de sus harapos, estaba la demandante, chupada y envejecida, con los ojos negrísimos y la clorótis amarillenta, la bocaza elástica, la piel floja, biliosa la color, el pecho vaciado, las manos de momia.

De las otras testigos una sola era joven: de pie, desenfadada, inquieta, las nalgas siempre erguidas, con restos de coloretes y aros de similor, avecindaba en su faz grosera un gesto sarcástico, claro anuncio de carcajadas irritantes.

La última, una viejecita pastoril, humilde y trabajadora, envolvíase en un aire lejano. Al haz de los descarnados tendones de su cuello, atábanlo varias cintas menudas, y un rosario de negras cuentas; y veíase por entre los baratos encajes de su camisola, sebosos detentes abrigando su pecho arrugado. Por entre la dentadura raleada, negra y carcomida, entreabriendo apenas los labios, con regularidad isócrona lanzaba delgados y diestros salivazos.

El secretario terminaba sus últimos perfiles. Encaramándose los lentes, leyó la demanda.

—Que se acerque la demandante—ordenó Solaguren.

—¿Qué tiene usted que agregar?

Vengo, Su Señoría, pidiendo justicia. La vida se me hace imposible! Vivo en el callejón de Arteaga sin meterme con nadie, y esta señora, que es vecina mía, ha dado en la flor de insultarme el día entero: desde la calle, desde el interior del sitio, mientras lava; mientras cuida las ollas; en fin, que comienza cuando el gallo canta, y sigue hasta que las velas no arden.

—¿Y qué le dice?

—¡Qué ha de decir! Con el permiso de su señoría, me dice puta y reputa; que soy esto y lo otro; que anoche un guardián...que lo... iu...iu...iu...,—exaltándose dióse a llorar con lamentos falsos, tiernos e infantiles.

—Mentira!—saltó la inculpada, la del ojo vagabundo.—Mentira! es ella la que pasa pajadereando a todo el vecindario con sus cuentos y enredos, es ella la deslenguada, para ella todas las mujeres somos unas grandísimas...

—Vean que señora tan fina!—silbó, levan-

tándose con el polizón parado—como una avispa pronta a clavar su aguijón, la muchacha del colorete. ¡Vean la señora cumplida! y su casa es un paradero público, y la remolienda arde del Dieciocho a la Pascua, y de la Pascua al Dieciocho; y se lo pasa borracha, y grita, y arma cada escándalo...Bastaría que el juez le mirase el ojo saltón!

—Que se calle la cochina malhablada—gritó la ofendida—¡Qué infame!

Y la viejecilla pastoril regresando de su aire lejano en una risilla punzadora, dió un salivazo, y despejada su boca lamentable, lanzó un agudo y silvante torrente de injurias.

La mujer que aún afirmaba sus manazas en las rodillas como para contenerse, no pudiendo más, saltó a la liza con voz de trueno, pronta a acometer a trompadas.

—Usía ordenará.. insinuó molesto el secretario.

—No, no—dijo conteniéndolo Solaguren—¡Qué espectáculo!—y pensaba—¡No estar aquí Mozarena!

—Bien! callarse! A callarse digo!—acabó por gritar el juez.

Pero las mujeres, enzarzadas, seguían impertérritas. El secretario herido en su dignidad, se puso de pie, dió en la mesa un puñetazo dramático, y con una voz colosal impostada allá en el fondo de su grueso vientre, gritó estentóreo:

—¡Callarse...!

Hubo entre las contrincantes un breve desconcierto, que Galíndez aprovechó para vencer definitivamente.

—Orden! Orden! Callarse las testigos! primero las partes! El juez desea oir...

—No! no!—le interrumpió Solaguren, sin soltar un lapicero con el que golpeaba suavemente la mesa.

—No! basta!...basta!

—¿Hago despejar?—preguntó el secretario.—¿Citaremos para sentencia?

—¿Citar? Nó; ahora mismo.

El secretario inquieto, aguardaba.

—Escriba usted—dijo imperioso el juez.

Y Solaguren con voz meliflua, como im-

pregnada del artificioso acento de los leguleyos, dictó:

«Vista: la agilidad que demandante, demandada y testigos de ambas partes han demostrado en la tarea de increparse mutuamente, y el placer innegable que tal ejercicio les trae, con lo que hacen ver que todas ellas están acostumbradas a soeces polémicas que amargan aun más sus vidas misérrimas, se condena ante todo por estupidez, luego por empecinamiento, y en último término por sucias y majaderas, a todas las presentes, sin falsos distingos entre interesadas directas o testigos comparecientes; pues si unas han revelado ser menos procaces, la verdad es que lo han sido apesar de sus manifiestos deseos, pues de dejarlas trabadas en liza por más tiempo, sin lugar a dudas todas quedarán en igual nivel de desvergüenza en el uso de los más atroces dicterios y de las más inmundas injurias. Por lo tanto, cada una de las presentes deberá pagar tres pesos de multa, so pena, a la que no lo hiciese, de dos días de prisión, calculando que el recuerdo de esa suma de dinero, o el

tiempo de reclusión señalado, les harán meditar en las razones en que se funda esta sentencia. Otrosí: La penada que reincida será castigada con una multa doble a la última que recibiera, hasta lograr equilibrio estable entre el castigo y su conducta posterior».

Todas las mujeres quedaron como aturdidas y sin comprender, en especial las testigos, pero luego saltaron protestando como fieras heridas.

Solaguren con gravedad estudiada, de pie, extendió solemne un brazo hasta obtener silencio.

—Señoras mías—les dijo—se agregará a la multa señalada algunas monedas más, si ustedes tienen también necesidad de meditar en lo injusto de sus quejas. Mi deseo al corregirlas es sólo el de llegar a una dosificación exacta que las logre dejar, desde luego, calladas, y después de cumplida la pena, convencidas.

Conteniéndose con dificultad ante los visajes del secretario qne les advertía el peligro, entre murmullos y sueltas palabras hirvientes que rompían todo imposible control, sólo una de las

mujeres pagó la multa, alegando las restantes no tener dinero.

—Dejen ustedes una prenda mientras vuelven con él; dejen alguna... insinuaba práctico y acomodaticio el secretario.

Ante tal disyuntiva, entre nuevos rezongos, prestándose unas a otras lo necesario, todas acabaron por pagar.

Al salir la mujer del ojo vagabundo, desde la puerta, en venganza, quiso hacer con la mano un gesto indecente, pero viéndose observada por el juez, ante la sonrisa de Galíndez, lo desvió hacia un arreglo del vestido.

El secretario, deslumbrado, pasó a su mano izquierda todas las menudas monedas; se acercó ceremonioso a su superior, y buscando con su diestra la de Solaguren, la estrechó con fuerza, diciéndole:

—¡Es una sentencia magnífica!

A LOS QUE DESISTIEREN

Salieron los postreros litigantes, y Solaguren dispúsose a firmar las sentencias dictadas. Ya de pie, inclinado, todavía leyendo las últimas líneas, mientras buscaba a tientas su sombrero para retirarse, el secretario, con una actitud y una voz que revelaban indignación mal contenida, con acento a la vez agrio, tímido y lastimero dijo:

—El señor Juez me va a perdonar. Usía

sabe que soy incapaz de molestarlo; Usía no podrá menos de reconocer mi constante adhesión hacia su persona, y mi celo para que se dé cumplimiento a cada una de sus sentencias, tan distintas de las que, en veinte años, he acostumbrado a oír de jueces anodinos. Lleno de orgullo y complacencia, sirvo bajo las órdenes de un profundo conocedor del corazón humano, sencillo y bondadoso, no exento de la debida firmeza y dignidad que el alto puesto que ocupa, requiere.

Yo, señor, y Usía perdone, comento una a una sus palabras tan llenas de sabiduría, con mis amigos, con mi mujer y mis hijos, y todos ellos—y sólo los últimos son diez,—más las innumerables personas a quienes después refieren lo que yo les dijera, al compartir mi admiración, la hacen, si es posible, aún mayor.

Mas ocurre, señor juez, que, en otro tiempo, tenía yo, con los derechos de secretaría, un modestísimo pasar; entrada insignificante, pero, para un hombre de mi humilde condición, alcanzaba con estrechez a subvenir, junto con el fruto de otros trabajos que siempre despliego,

las necesidades de una familia tan numerosa como la mía: un celemín de bocas, Usía; un celemín incapaz que vive pegado a mis costillas... Pues bien, señor, y Usía perdone mi osadía, esto pasaba en tiempos, es verdad, de malos jueces; pero ahora que trabajo a las órdenes del mejor que existe en el país, poco a poco me voy muriendo de hambre, no sin haber agotado ya cuantos centavos de economías logré en esa otra época reunir, y no sin quedar desprovisto de no pocos objetos necesarios, hoy depositados en el montepío. ¿Por qué pasa esto? dirá usted; cuando según propias declaraciones mías, hay más movimiento que nunca en el Juzgado? Yo también me lo pregunto, y dudo de mis deducciones; mas me parece que, si es verdad que ahora trabajo poquísimo, puesto que apenas si redacto las demandas, y escribo la brevedad de sus sentencias, también es cierto que no trabajo menos por deseos propios, sino por imposibilidad de escribir con mayor extensión, de citar a mayor número de testigos, de llamar para sentencia, de cumplir, y aquí todos mis perdones, por tamaña osadía,

de cumplir digo—y su voz adquirió firmeza—con lo ordenado por la ley! Usía, con la clarividencia que Dios le ha dado, en un santiamén desentraña en cada caso la verdadera doctrina, y la sentencia cae fulminante; pero mi pluma se amohosa, la tinta se engruesa sin beneficio de nadie, y los derechos de secretaría, con tan menguada labor, resultan irrisorios. No me alcanzan Usía ni para el lavado, y yo antes me dejase morir de hambre que acudir a una audiencia sin la dignidad que la justicia requiere.

A Solaguren se le había ido ahondando su acostumbrada sonrisa, hasta que acabó por señalarle en la frente un pliegue profundo.

—Permítame, Galíndez— dijo — deseo ver los expedientes acumulados desde que inicié mis tareas.

Rápido y airoso sacó el secretario unos legajos de un armario con vidrios rotos y polvorientos.

Solaguren dejó su sombrero y volvió a sentarse.

—Juan Uriarte...— leyó.—¿Qué caso fué

éste? ¡Ah, sí, sí! El de la muralla medianera.

Bien! Leopoldina Araneda ¿de qué se trata?

—Si Usía me permite. Esta mujer entabló demanda por muerte de un puerco; luego no se presentó a la audiencia.

—Recuerdo... recuerdo ¿Y éste? ¿Un pleito por cobro de honorarios? Clemente Osorio, carpintero, a Celinda Osorio, ¿son hermanos?

—Vino Celinda, Usía, pero no acudió el demandante.

Siguieron repasando los otros legajos.

Anotados al pie estaban los derechos de Secretaría. En verdad eran sumas miserables.

—Escuche, secretario: a Celinda Osorio, a Leopoldina Araneda, a Uriarte, y a todos los innumerables que entablaron una demanda y después no la continuaron, haciendo perder a usted tiempo y espectativas, los va a citar con la policía, y les va a imponer, por resolución de este Juzgado, una multa de cinco pesos a cada uno a beneficio íntegro de la Secretaría, en virtud de la siguiente sentencia. Sírvase escribir.

«Todos aquellos que en vez de buscar amigablemente un arreglo a sus dificultades, se hayan presentado o en adelante se presenten a esta Secretaría y eleven una demanda y luego de iniciada desistan de proseguir en ella, y no concurran a la audiencia para la cual fueron citados, se estimará que se han servido de este Juzgado como de un arma para infundir miedo; y como no es posible prestarse a manejos de esa especie, y como ocurre que por verse libres de molestias y trámites judiciales, muchos son capaces de soportar injusticias, a trueque de que se les deje en paz; y como también sucede que quien revela haber arreglado un asunto con el cuco del juez, bien pudo arreglarlo sin tan barato recurso, este Juzgado, para no verse empleado en tan deprimentes manejos, manejos que sirven para ahuyentar soluciones de equidad, pena a cada uno de los querellantes desistentes a cinco pesos inconmutables, a beneficio íntegro del secretario del Juzgado, que no está dispuesto a servir de mete miedos».

—Señor—dijo levantándose el secretario, rojo y trémulo, con los párpados húmedos.

—Gracias, señor, gracias! y qué sentencia! Usía perdone, la mejor de todas!

EL COCHERO GORDO

Sentado al borde del foso, crespo y húmedo de hierbas insinuantes a la caricia, sumido en la sombra y ahondándose en pereza contemplativa, Solaguren sentía confusamente como el tiempo se detenía en la callejuela solitaria; agua antes presurosa, ahora adormecida en ese apartado remanso.

¡Qué bien se estaba allí! Quisiera que Mozarena, sentado en mitad de la calle, al

amparo de una sombra que le iba abandonando con el más solapado de los silencios, quisiera que Mozarena no diese término jamás a la tela que comenzara a pintar una hora antes.

Las ralas y crespas barbas del pintor se aureolaban al sol; su rostro, contraído por la atención, perlábase de húmedo brillo. En el vasto espectáculo abierto en contorno era ese hombre un simple episodio, por momentos el más apasionante; pero había tantos otros! Tantos que por ofrecerse como a una octava de sensibilidad más baja, o más alta que la media y más constante del hombre, quedaban, en una primera impresión, insospechados, como colores prolongándose más allá de los límites del espectro luminoso.

Solaguren sentía como si algo en él se esponjara; sentía interiormente el mismo placer del desperezamiento que esperimentaba al estirar sus brazos y bostezar en deliciosa beatitud. Sí; su ser total iba expandiéndose como si ese silencio fuera un ritmo y un medio propicio a mayor plenitud. ¡Qué cosas, finas, vibrátiles, comenzaban a avanzar desprendiéndose de su

apelmazado vivir cotidiano; de la existencia obligada a crecer y mantenerse, tal que una planta de maceta, dentro de los límites impermeables, de las preocupaciones constantes, de la rutina estrecha, de la ideología y sensibilidad de siempre, ya faltas de sabor y de enjundia como la tierra agotada que ofrecen las cubas.

No; la cabellera de sus propios hijos, no valía más que la verde cabellera del foso! ¡Qué frescura; qué humedad contenida al acariciarla; qué sensación de pulpar, tras el velo incomparable de la piel vegetal, esa sangre transparente: la savia...la savia tan próxima aun del agua; agua alzándose en vida, idéntica a la mansedumbre del arroyo que allí, en el fondo del foso, era sólo un cabrilleo de luz y un hálito puro!

—Pinta, Mozarena, pinta! — decíase Solaguren, y quedaba complacido del bien que le traía la proximidad silenciosa de ese hombre bañado de sol.

¡Qué bien se estaba allí! Toda la mansedumbre dominical caía como una bendición en la callejuela; en los árboles de los huertos: noga-

les de ramas potentes ahorquillándose en complicados arabescos; sobre las nubes doradas, largas y evanescentes; en humos lentos que enredaban el vellón de la luz para engalanarse con su resplandor.

Altos volantines o cometas, puntos rojos, blancos, amarillos, dormíanse en el aire. Como peces a la hora de la siesta, al ser requeridos por manos ocultas, daban una coleada brusca, y luego quedábanse más quietos y soñolientos.

Los hierbajos amarillos de las bardas, las malezas secas, venía comiendo un caballo de una flacura inverosímil. El verdor del foso le tentó, y al meter las patas delanteras en el comienzo del talud, sin fuerzas, resbaló quedando resignado en una postura que iba a desarmar su osamenta.

Solaguren, como si despertara, tardó en acudir en su auxilio. Mirando por encima de los tapiales desmoronados vió a un hombre gordo que le observaba desde el interior de un huerto.

—Ayude, amigo—díjole.—Un caballo acaba de caerse al foso.

El gordo vino lentamente hacia donde estaba Solaguren, metió lo que pudo de su gruesa humanidad por la brecha del tapial, y al ver al caballo caído, lanzó una risotada.

—Psh!—hizo—¿y qué quiere hacer?

—Sacarlo de ahí.

—¿Para qué? El infeliz anda buscando sepultura.—Y lanzó otra gruesa carcajada. Y su risa resultaba ser contagiosa por lo abierta, lo sonora y lo robusta.

—No; venga usted; ayude!

—Las cosas de Su Merced—dijo el gordo.—Espéreme, entonces; voy a dar la vuelta.

Solaguren pensó en llamar a Mozarena. El pintor, fingiendo no haber reparado en el accidente, dábase gran prisa en manchar la tela, acaso con ánimo de acudir.

Ya el gordo asomaba por la boca-calle más próxima trayendo un cordel.

Allí, con las patas dobladas y las huesudas ancas en lo alto del terraplén, y todo el resto del cuerpo colgando sobre el foso, ofrecíase el espectro cabalgar.

—De dónde lo tomo que no lo desarme...

Si tiro de la cola, se la arranco y me quedo con ella...

—¿Y de quién es esta pobre bestia?

—De quién iba a ser; de Venancio; de Venancio...

—No lo conozco.

—Ya se que no lo conoce. Lo voy a amarrar del cogote y de las patas. Venancio, mi vecino...! Espere aun. No; tiene que ser nudo pescuecero; así lo ahorca patrón; aguarde; déjeme a mí. Venancio, el famoso! anda paseando, el roto... Tire ahora! Entre los dos no lo vamos a poder sacar. Dígale a su amigo que ayude. ¿El pintorcito no es amigo suyo?

—Mozarena! Mozarena!—gritó Solaguren. El pintor dió aun otras rápidas pinceladas, y acudió trotando.

—Ya!—gritó el gordo.—Para mí que lo vamos a destungar. Ya! Otro! Otro empeñito!

—Aguarde—imploró Solaguren.—Me pelé un dedo. No; no es nada.

—Otro!—gritaba el gordo.—Otro aun!—

Buen dar con saco de huesos más pesado!

Salió al fin el infeliz caballejo. Los belfos llenos de barro; un ojo cegado por los terrones. Después de quitarle el cordel quedó tal como lo dejaran: tendido y quieto como un muerto; el largo y desgarbado cuello en arco doloroso contra la tierra dura.

—No lo ve, patrón. Trabajo inútil! Ya tiene ganas de dormir...

—¿Vive lejos el dueño? ¡Cómo avisarle!

—Avisarle! ¿A quién? No hay nadie en la casa. Los chiquillos los dejó botados. El hombre enviudó; anda en fiesta desde hace dos meses; más de dos meses... ya va para los tres. Dicen que ahora el jubileo circulante lo tiene donde unas amistades que se gasta en Renca.

Algunos escasos transeuntes se detenían a contemplar el caballo caído.

—¿Qué hacer?—dijo Solaguren.

—Nada, pues, patrón. Venancio tenía su carretela, sus dos caballitos, no le faltaban sus buenos muebles. Aficionado a las mujeres y a la

zandunga, en su casa se juntaban algunos gallos con sus gallinas, y la fiesta ardía. Los chiquillos de Venancio quedaban cansados de tanto ir por vino y por comistrajos al almacén. Enteraban la semana déle que déle... hasta que todo era un enredo y nadie sabía cual era su mujer.

—Qué historia...

—Historia, patrón; historia y no cuento. El hombre al enviudar se lanzó más en grande, y la remolienda la sigue desde entonces. Vendió la carretela; el caballo mejor lo compré yo. Soy cochero. Venancio fué vaciando la casa; y un día, sin decir ¡adiós! dejó abandonados a los chiquillos y a este pobre bruto—y el gordo reía:—¡Vaya con Venancio!

—¿Y qué hacen esos niños? ¿cuántos son? ¿hombres?

—Son dos chiquillos, tuvo varios otros; pero se le fueron muriendo. Estos ya son grandecitos. Por ahí se lo pasan... Ja! ja! Para qué decir: flacos como perros! Un caballero pasó hace poco y les dió diez centavos de limosna; y en vez de comprar pan,

los muy zafados lo gastaron en volantines. Y este caballo .. ya lo ve... por las calles ramonea basuras; traga más papeles que un abogado! Los chiquillos, lo dejan suelto... Qué van a hacer...!

—Pero esos muchachos se van a morir de hambre!—exclamó Mozarena.

—¿Y quién los va a aguantar? Yo me los hubiera llevado; pero... no... no; son tan palomillas!

Ambos amigos siguieron preguntando, preguntando al cochero gordo. Y fué así, por la caída de un caballo escuálido al foso de un camino, como, nuevamente, quedó interrumpida otra tela de Mozarena, y aquella esponjada beatitud de Solaguren, volvió a contraerse hasta penetrar, otra vez reducida, a la tristeza cotidiana!

LOS BANDIDOS

Grandes golpes atronaron la puerta de calle.

A las once de la noche aquello era insólito. Solaguren dejó el diario de la tarde que estaba leyendo en la pieza de su mujer. Isabel, en cama, tejía algo para los chicos.

Volvieron a oírse los golpes; y esta vez más prolongados e imperiosos.

—No salgas!—imploró Isabel. No salgas...!

Intranquila quedó en escucha de los pasos de su marido que iban alejándose. Ya abría la puerta de la calle atravesada. ¿Con quién hablaba? Sólo oyó claramente cuando Solaguren dijo:—Esperen, voy por mi sombrero.—¿Quién podría ser?

—¿Qué pasa? dí—preguntó azorada a Solaguren que volvía rápido.

—Nada, hija, nada. Es Galíndez el secretario del Juzgado. Acaban de asaltar el retén de policía que la Municipalidad de Maipú tiene en el camino de San Pablo. Guardianes nuestros han capturado a los asaltantes.

—¿Y tú vas a ir?

—Es mi deber; hay heridos graves; debo tomarles declaración.

—¿A estas horas?

—No tengas cuidado. Galíndez es precavido y se ha hecho acompañar por un guardián. Nunca pasa nada.

—¿Nunca? ¿y ese asalto?

—Es otra cosa. En una hora más estoy de vuelta. Queda tranquila. Duérmete mejor.

La noche era fresca y oscura, en las calles

sin alumbrado artificial, intransitables por ese como lodo disuelto de las sombras, había necesidad de acostumbrar los ojos a su negrura.

—Perdone, señor—dijo atento el secretario, tomando a Solaguren de un brazo para guiarlo.

Tras ellos se oían los pesados pasos del guardián y los golpes isócronos que daba el sable contra los botones del uniforme.

—Qué calles...—murmuró el juez, después de un fuerte tastabillón.

—En esta famosísima municipalidad se lo roban todo. ¿Irán a gastar un centavo en luz? —dijo despectivo Galíndez.

Anduvieron cuadras y cuadras, sin encontrar alma viviente. Detrás de los portones de las casas o siguiéndolos del otro lado de las rejas de las quintas, perros y perros les ladraban furiosos.

—¿Dónde están los heridos?

—En el cuartel de policía. Son tres los guardianes heridos.

En esa noche espesa, aquel asunto de ban-

didos tenía el incentivo de una aventura, Solaguren iba lleno de curiosidad.

Al llegar al cuartel, vecino al Juzgado, todavía oíase el largo reguero de ladridos que habían ido levantando en la quietud de la noche.

—Tomaré declaraciones aquí. ¿Los presos dónde están?

—Pase, Usía—dijo el comandante, un señor de baja estatura, vestido de paisano, sin más insignia que una gorra de militar.

Al escritorio del Comandante lo amoblaban una mesilla vieja y pequeña, una silla desportillada, y un estantito de colgar, todos náufragos en la enorme pieza vacía. Apenas si en la parte central del vasto aposento alumbraba, débil y humeante, una lámpara de petróleo. Hubo carreras de guardianes en busca de papel, de tinta, de otra silla. Galíndez, indignado, salió personalmente en busca de sus útiles.

Solaguren quedó solo; miraba al rededor sin poder sondar los lejanos rincones oscuros. Fué hacia ellos. Las tablas del piso estaban rotas; al andar se sentía, cubriéndolas, una suave capa de polvo. Pero qué profunda era aque-

lla pieza! Dos distantes paños de vidriera, ocultos en la sombra, dejaban entre ellos un claro. Más allá la oscuridad era impenetrable; presentíanse vagas siluetas de maderos y materiales hacinados, y un penetrante olor a moho brotaba de todas partes como el perfume de la sombra.

—¿Y el señor juez?

Eran el comandante y tres guardianes que traían los presos.

Desde su escondrijo Solaguren los observó. ¿Serían esos los asaltantes de la policía? Uno de los hombres era alto y fuerte; pero el otro, esmirriado y viejo, más parecía un ratero que un bandido.

Guardianes y prisioneros asombrados, sintieron pasos en el rincón más oscuro y distante, y vieron salir de entre las tinieblas al juez. Galíndez llegaba cargado con una resma entera de papel, con dos o tres lapiceros y un enorme frasco de tinta.

Dispuso con meticulosidad su arsenal, y quedó aguardando, en alto la pluma entintada.

—¿Y los heridos, señor Comandante?

—Aquí vienen.

Entraron tres policías con los uniformes en girones, las cabezas desnudas, vendados y sangrando; uno de ellos traía un brazo en cabestrillo.

—¿Cuántos hombres tiene el retén de Maipú?

—Los tres aquí presentes—dijo uno de los guardianes.

El secretario, cumplidas las anotaciones preliminares, advirtió al juez que podía comenzar.

—¿Qué sabe usted, comandante?

—Me impuse tarde de lo ocurrido, Usía; andaba en comisión en Barrancas.

—Sargento: ¿qué declara?

—Venía de a caballo tranquilamente; al enfrentar un negocito que hay cerca del retén, unos hombres que allí estaban bebiendo, me principiaron a insultar. Como no les hiciese caso, se envalentonaron y me dieron de pedradas. Alcancé a pedir auxilio; pero ya me habían rodeado, golpeándome hasta que me trajeron al suelo. Pronto llegaron mis compañeros, pero todo fué inútil. Las piedras llovían! Luego estos facinerosos asaltaron el retén, rom-

piéndolo todo y robándose las armas. Por suerte pasaba una patrulla montada de esta comuna, y pudo aprehenderlos.

—¿Cuántos eran los asaltantes?

—Eran cinco.

—Yo conté siete—dijo el más pequeño de los heridos.

Los dos guardianes confirmaron, por lo demás, las declaraciones del sargento.

Mientras el secretario terminaba de escribir, Solaguren observaba los presos. Aquel hombronazo tenía una simpatía endiablada. Ni él, ni su compañero, el vejete, mostraban un solo rasguño. Era un contraste excesivo ante la lastimosa apariencia de los policías llenos de girones, revolcados y sangrientos.

—¿Cómo se llama usted?—dijo el juez al anciano.

—Juan Ignacio Galíndez.

El secretario dió un respingo. ¡Qué contrariedad! La laya de tipo gastando su mismo apellido.

—Galíndez y qué más?—pseguntó vergonzoso.

—Galíndez y Muñoz, su merced.

Una breve sonrisa de respiro alivió al secretario.

—¿Cuál es su declaración?

—Si no les hicimos nada, señor. Los demás niños, talvez...Nosotros estábamos de mirones.

—Para qué vienes con mariconadas—interrumpió su compañero.— Yo le diré la verdad, señor juez. Me he dado un gusto, y debo pagarla; lo demás no es de hombre. Me llamo Angel Osorio.

—Le dicen el «Chicha fresca», un sinvergüenza—anotó el comandante.

—Vaya con el apodo, ¿tienes la embriaguez belicosa?

—No hay tal, señor. Estábamos bebiendo con mi compadre Juan y otros niños. Celebrábamos un cerdito lechón. Todos reíamos contentos. Pero acertó a pasar este sargento con una facha que había que verlo... Montando un caballo flaco y panzudo... la bestia más flatulenta que he conocido! ¿No era para reir? A esos pobres brutos los alimentan sólo con paja; están más faltos de fuezas. .! Con un soplido

me atrevo a echarlo al suelo, les dije a los amigos allí presentes. No me creyeron. Las apuestas se cruzaron; y mientras ellos le lanzaban cuchufletas al sargento, yo lo traje con bestia y todo por tierra. Nadie me ha ayudado. Nadie¡ Lo malo fué que no contamos con que el retén estaba cerca, y al llegar los otros guardianes tuve que ponerles piedra y garrotazos, porque ya eran demasiados para uno solo. ¡Y que yo entrara al retén...! ¿no tuvieron ellos la culpa? Allá se habían metido en busca de sus carabinas! ¡No era para tanto! Había una sola carabina; para que nadie se fatalizara, ahí mismo la hice pedazos,

Galíndez, el preso, y Galíndez, el secretario, sonreían.

Solaguren encontraba que aún mayor simpatía rebosaba la brutalidad de ese hombre fuerte y risueño.

—Me permite el señor juez—dijo el sargento—Esas son fantasías. Nos han pegado entre muchos.

—Mentira, señor. ¿Para qué, cuando yo sobro? Fué una apuesta. Yo no les tenía mala

—Este señor viene a reclamar un caballo suyo que la policía encontró vagando por las calles. El caballo está en los corrales del cuartel.

—¿Usted ya vió su caballo?

—No me han dejado entrar, señor exclamó el desconocido.

—A nadie deja entrar mi comandante—replicó el guardián.

—¿Cómo es su caballo?—preguntó Solaguen.

—Es un caballo poquita cosa, a media armadura, como bestia de pobre; de pelo mulato y regular alzada.

—¿No tiene marca a fuego o alguna seña especial?

—No tiene marca; sólo una estrella blanca en la frente; está herrado; la cruz la lleva un poco mordida; es matadura vieja; como tenga que ensillarlo lo más de los días, de cualquier nada se reviene y bota la costra.

El secretario volvía.

—El señor que llamaba—explicó al oído de Solaguren—es dueño de un caballo que está en los corrales de la policía.

—¿Cómo? ¡La persona aquí presente dice lo mismo!

Galíndez volvió su rostro al desconocido; rebosábale la faz de ironía penetrante.

—¿Con que usted es el dueño del caballo perdido?—preguntó.

—Yo, señor.

—Pero si yo conozco a Inostroza. No puede engañarme, es compadre mío. Todo el mundo sabe que es persona honradísima—dijo el secretario, indignado, en voz baja al juez.

—¿Vió su compadre el caballo?

—¡Cómo lo va a ver! No le permiten. Pero es el suyo!

—Aguarde un momento, señor—dijo Solaguren al reclamante—Espere afuera un segundo.

—Inostroza fué en busca de un cabestro prestado—siguió el secretario—Ahí viene, casualmente. ¿Lo hago pasar?

Era un hombre gordo, sudoroso, de pantalones amplios y bombachos; de vientre saliente, condecorado con gruesa cadena de oro y esterlina flamante; llevaba un pañuelo de seda sol-

ferino en vez de cuello y corbata; toda su pequeña nuez craneana surgía ahogándose entre las mejillas grasas y la frente angosta, amorcillada de arrugas; su cabellera era un pequeño escobillón azulejo plantado al medio y en lo alto de toda aquella gelatina viviente.

—¿Usted es el señor Inostroza?

—Para servirle, señor. Mi compadre ya le habrá explicado.

—Sí; algo me ha dicho ¿podría darme usted algunos datos precisos sobre su caballo?

—¿Datos precisos?

—¿Qué pelo tiene? ¿qué marca? Explícale al señor juez—dijo el secretario.

—Todos conocen mi bestia; yo no necesito andar reclamando lo que no es mío.

—Si no se trata de eso, señor; pero yo desearía...

—Qué quiere que le diga; el caballo todavía no es muy viejo, tendrá diez o doce años, es mulato, no tiene marca, está tuzado desde el Domingo último.

—¿Alguna pinta blanca?

—Sí, tiene una poquita cosa en la frente; el moño casi se la tapa.

—¿Está herrado?

—Estaba herrado de las cuatro patas, ¿quién sabe ahora?

El secretario oía complacido.

Solaguren, inquieto, constataba que los datos sobre el caballo que dieran ambos presuntos dueños, coincidían. Quedó perplejo.

Pensó en viejas historias, en sabios jueces árabes, en caballos a los que les brillan los ojos al estar, de pronto, frente a sus dueños. —¡Ah! olvidaba...

—Dígame usted ¿tiene su caballo alguna peladura?

—Le doy buen trato; pero como yo peso algo, el caballo se reciente del lomo; tiene sus costritas.

—¿Qué hacer?—pensó el juez.

—Siéntese, señor Inostroza. Espéreme un momento.

Y Solaguren salió seguido de un guardián; fué a los corrales vecinos a ver el caballo aparecido.

Era el clásico caballejo de nuestro pueblo: mal comido, melancólico, dos veces silencioso.

—Sí, no tenía marca a fuego. ¿La pinta blanca de la frente? Allí estaba, casi oculta por el moño engrosado de cadillos. ¿Y el lomo? ¡Las costritas! ¡Carne viva! ¡Llagas viejas! ¿Irían a brillar de alegría los ojos de la pobre bestia a la vista de su verdadero amo? ¿Le brillarían de indignación? ¿Lanzaría una patada reveladora?

—¿Quiere ver si está herrado?

Estaba de las cuatro patas.

Ese caballo deshecho por una esclavitud que lo había quebrantado, ante nadie reaccionaría en forma alguna. Como un oprobio, la tuza recortada con gran esmero, servíale para engalanar su tristeza.

—¿Qué hacer?—volvía a decirse indeciso Solaguren.—¡Quisiera veros aquí, famosos jueces árabes de las fábulas brillantes! ¿Quién es el dueño? Sea quien sea, la tortura recomenzará para el pobre bruto.

Cabizbajo penetró a la audiencia; de pronto, volviéndose hacia el gordo, dijo:

—Bien, llévese su caballo.—En manos de éste, al menos, pensó, morirá más luego, y así va a descansar...

—¿No le decía yo?—observó el secretario, aun resentido.—Mi compadre no miente.

Siguió el desfile de los querellantes.

Pero breves momentos después el gordo volvía a entreabrir la puerta y a asomar la cabeza.

—¿Qué hay?—preguntó el juez.

El gordo asomó su gruesa humanidad.

—Vengo a devolverte este cordel, Galíndez; la comadre no está. Y gracias, señor—dijo dirigiéndose al juez—pero el caballo no era el mío. ¡Quién sabe dónde diablos se ha ido a meter! Estoy viendo que me lo han robado.

Solaguren miró a su secretario; complacíale verle confundido.

—Eso mismo le probará que es un hombre honrado!—dijo Galíndez con las mejillas arreboladas.

—Guardián!

—Mande, señor.

—Entregue al hombrecito que entró con usted, el caballo aparecido.

Y Solaguren, satisfecho interiormente de haber dado de tan fácil manera con el verdadero dueño, prosiguió en sus tareas.

Tarde vino a desocuparse. ¡Qué iba a decir Isabel!

Ella tenía razón. Siempre llegaba a almorzar con atraso de una hora y más.

—Mire, secretario; seguiremos, mejor, en el próximo día de audiencia. Ya es la una de la tarde.

Al salir, Solaguren hizo una venia al aburrido guardián de turno, todavía en espera de que el juez se retirase para él hacer lo mismo.

—¿Se llevaron el caballo?

—No era el dueño—murmuró el guardián.

—¿Quién?—preguntó deteniéndose el juez.

—El señor que mandó conmigo. No hizo más que mirarlo y se fué. No era el dueño, así me dijo.

—Pero ¿cómo puede ser? Las señas eran exactas.

—Así serían...

—Y el otro, el gordo, dió también las mismas señas.

—Y tampoco era...

El asunto del caballo perdido preocupó varios días a Solaguren. Palabras que coincidían con un animal dado, con un objeto preciso ¿coincidían en una apariencia inútil para el reconocimiento real?

Varios días después se presentó el verdadero dueño. Era un campesino del lado de Maipú. Los datos que dió sobre su caballejo eran vagos y confusos; llegó a afirmar que no tenía pinta blanca en la frente...

Tuvo necesidad de traer testigos; vino hasta el comandante de policía de Maipú. El comandante dijo conocer al interesado y ser casi su vecino. El caballo era el suyo, y le fué entregado.

—Palabras, palabras—anotó en su mente Solaguren — infiel traducción de las cosas ¿cómo voy a creeros en adelante?

EL NIÑO ENFERMO

Rendido, la cabeza afiebrada, los brazos tronchados, sosteniendo dolorosamente al pequeño Juan enfermo, Solaguren pasea arriba y abajo por su dormitorio.

La noche interminable se desenvuelve con una lentitud mortal; en la pieza del baño óyese el caer del agua, y golpes dados en una vasija.

Solaguren, como una triste fiera enjaulada, va

y vuelve con su dolorosa carga por el estrecho aposento; son siete pasos de ida, y siete de vuelta. Girando por el otro lado de la mesa de centro estírase el viaje a casi nueve pasos; pero el último tiene que darlo breve para no chocar con el ropero.

—Ahora voy hasta ese otro rincón—piensa, y va hasta casi tocar el cruzamiento de los muros—Cinco vueltas iguales a ésta—dícese—luego tres alrededor de la mesa; enseguida...

Y aquel padre que mece en sus brazos a su hijo enfermo, forma un itinerario extrañamente complicado; y sus viajes no dejan rincón del aposento sin visitar.

Está solo, el agua sigue cayendo en la pieza distante; nadie lo observa; el niño se intranquiliza y él toma al andar un paso distinto, rápido, enérgico, decidido; va, gira veloz y vuelve como poseído de un gran apremio.

El niño se amodorra. Solaguren se detiene, lo observa; hunde su rostro en el cuerpo de su hijo, y se queda quieto. El pequeño Juan se revuelve; su frente arde. Solaguren espía: vá a llorar!—Oh! no! no!— y vuelve a las an-

dadas, y lo mece rítmicamente, y sus pasos penetran como en una danza, una danza más y más definida; y en la pieza solitaria el padre con su hijo enfermo, baila!

El pequeño Juan cede mecido por ese balanceo acompasado, se tranquiliza y aduerme, y Solaguren, que lo observa, sonríe; sonríe satisfecho; y la danza se hace más suave, más liviana, más ágil, graciosa y pura... ¡Cuántos años hace que él no baila! y viénenle deseos de volver a danzar en las alegres fiestas. Se desconoce; y sobre el confuso cruzarse de sus emociones y pensamientos, hay una fugaz visión que le enorgullece; sin desearlo, se ha observado en el espejo del ropero, y ha visto que danza con esbeltez. Vuelve a pasar ante el cristal; avanza sonriente y complacido; llega en uno de sus giros hasta rozar el espejo, y allí se detiene. Y contempla su imagen: los ojos enrojecidos, los labios secos, la frente húmeda, la barba crecida, que le empalidece y da a su rostro un enfermizo tono amarillento. Siente la boca ligosa, y saca la lengua y observa que la tiene blanquecina y cubierta de

una saliva amarga. ¡Cuánto le duelen los brazos! Juan, tan pequeñito, y cómo pesa! El niño enfermo vuelve a inquietarse. Solaguren palpa su frente, y ella le quema como una brasa.—Oh! no! no!— y Solaguren vuelve a bailar; recuerda su itinerario y va, sorteando los muebles, en rápidos y livianos giros por todos los recovecos libres. Danza!...danza!

Unas campanadas distantes suenan breves y argentinas; Solaguren les sonríe. Abre un postigo y vé el jardín sumido aún en la noche; pero...nó; un pajarillo oculto canta. Quédase con el rostro pegado a los cristales. Sí; ahora percibe un leve claror; viene, viene el alba! El agua en la pieza de baño deja de caer, y pasos se aproximan.

Es Isabel que llega. Enjuga en su delantal sus brazos desnudos.

—Dámelo!—ordena—Cúbrelo con el chal; ahora, acuéstate.

Solaguren se queda contemplando a su mujer; lleva tres días y tres noches cuidando al enfermito, y su resistencia no decae. En cambio, él es la primera noche que pasa en pie y

ya no puede con sus brazos! Tiene vergüenza de su debilidad; hiere su amor propio el convencimiento de que su mujer tiene una resistencia muy superior a la suya; piensa en el pequeño Juan, y va hacia el cuarto del baño. La puerta está cerrada; golpea...—No entres—contestan.—El niño está desnudo. Acuéstate; ya estáamaneciendo.

Irresoluto, Solaguren permanece allí unos instantes. Cómo le duelen los brazos! Un gorro de dolor oprime su frente! Desmayadamente regresa a su dormitorio. Los pájaros cantan.

Apaga el gas. Una pálida claridad filtrase por las persianas. Se sienta en el borde del lecho, la cabeza caída; luego se recuesta vestido sobre las frazadas.—Voy a desnudarme... — piensa. Cree, en un momento más, que da un salto! y abre, abre los ojos inquietos; vése aún vestido, quiere estirar sus brazos para desnudarse...y no los mueve...No le intranquiliza tal desobediencia; sólo como que se repliega... se encoge...va empequeñeciendo...y desaparece.

Isabel vuelve; observa desde el umbral; se aproxima en silencio, y tiende una manta sobre los pies del dormido.

LA MADRE DEL LADRÓN

La cabeza abombada, hueca, el cuerpo descoyuntado, Solaguren despertó tarde.

—Una mujer quiere hablar contigo—le dijo Isabel.

—¿Qué desea?

—No sé; es una mujer pobre; te aguarda desde temprano.

—Al diablo con estas mujeres! que espere sentada...

Tendido en el lecho, mirando sin ver el cielo de la habitación, pasaba y pasaba el tiempo...

La mala noche le tenía molido y con el ánimo dado a los demonios. ¿Quién sería? las eternas quejas y los eternos empeños ..; y dióse media vuelta y cerró los ojos; pero no pudo seguir durmiendo. Se sentía afiebrado. En un instante de resolución, saltó del lecho, y como para huir de su malestar, se vistió rápidamente.

Sentada en el banco del zaguán de la puerta de calle, le aguardaba una mujer envejecida, flaca, tocada con un manto que dejaba ver un rostro desencajado y enfermo.

Al sentir los pasos de Solaguren, se puso de pie cruzando las manos en una actitud de resignación; entre ellas oprimía un pañuelo húmedo.

—¿Deseaba hablar conmigo?

—¿Es usted el señor juez?

—Sí, señora.

—Soy la madre de Joaquín Sagredo, señor. ¿No lo recuerda, su merced? Un joven que está preso desde la semana pasada.

—¿Sagredo? ¿Un muchacho detenido por robo? El mismo confesó su falta en mi presencia. ¿Qué pretende usted? Robó a gentes más pobres que él. No puedo hacer nada, nada, en su favor.

—Su merced me disculpe; no vengo para que lo perdone. Joaquín siempre había sido bueno. Nunca lo había hecho, nunca! ¿Por qué lo hizo? Una desgracia, señor. Malas amistades. Su merced ha sido justo y clemente. Soy su madre, señor; su madre, y no me quejo...! —y la mujer, conteniendo su amargura, dominó un sollozo; lágrimas cansadas velaron sus ojos.—No debía venir y he venido... Es culpable, sí; que se le castigue; es muy justo. Siempre había sido bueno, y nunca tuvo premio! Jamás ha bebido, ni jugado; un hijo dócil y amante de su madre... de su madre viuda y enferma, y de todos sus hermanitos menores. El ha hecho ¡pobrecito! las veces del finado su padre. Y ahora está preso; ha robado; es justo que se le castigue; pero nosotros, que contábamos sólo con su ayuda, vamos a ser arrojados de la pieza en que vivimos! Para

comer he debido empeñar todo lo poco que teníamos; y, ahora sin cosa alguna de que echar mano, enferma y con cinco hijos menores en medio de la calle, no sé a quién clamar... A una pobre mujer que trabaja el día entero para alimentar a sus hijos ¿quién la conoce? No debía molestar a su merced; sé que nada puede hacer; la ley es la ley. ¿A quién acudo, entonces? Él es el culpable; pero, además de él, pagando estamos los inocentes. Y cuando él era bueno...—y ya sin fuerzas la mujer entregóse al torrente de los sollozos que la vaciaban.

El movimiento compasivo de Solaguren fué detenido por una turbación creciente y dominadora. La madre, caída en el banco, lloraba sin consuelo. El juez, mudo, la vista distante, el pensamiento en trabajo, sacó unas monedas y púsolas en la mano de la infeliz, deseoso de quedar solo.

Con paso lento, abstraído, fué caminando hacia el huerto. De vez en vez alzaba los ojos interrogadores como en un mudo diálogo, para volver a bajar el rostro concentrado, escuchándose.

Cuando lo llamaron para el almuerzo, acudió inconsciente. Al tener ante sí el primer guiso, comprendió donde se encontraba. Levantándose de su asiento fué a repantigarse en un sillón distante.

—No, no tengo deseos...

—¿Algo fresco?—insinuó, preocupada, Isabel.

Solaguren hizo un gesto negativo. En busca de un sitio más propicio, salió del comedor.

En su escritorio miró con displicencia los libros innumerables que desbordaban los estantes. Alguien se aproximaba; hambriento de soledad fué a la puerta y la cerró con llave.

Pensó ir a ver primero al pequeño Juan; pero una inquietud más poderosa le dominaba. Sentado ante su mesa, tomó maquinalmente en su mano un portaplumas, y dióse a golpear la carpeta con el mismo ritmo e igual actitud a la que empleaba cuando oía a demandados y demandantes, mientras iba adentrándose en su meditación, deseoso de fundamentar una sentencia justa.

Golpeaba y golpeaba la carpeta. Luego entintó la pluma y en una hoja de papel fué es-

cribiendo con rapidez. Deteníase, a veces, tachando nervioso frases enteras; llevaba a sus labios el cabo del portaplumas y parecía absorber su jugo amargo.

«Señor Intendente:

Yo, Esteban Solaguren, de profesión arquitecto, nombrado por US. juez de la subdelegación 13 y 14 rural del departamento de Santiago, presento a US. la renuncia de mi puesto, aun cuando ocupe un cargo concejil, y por lo tanto irrenunciable, porque me encuentro confundido ante la evidencia que ahora, para mí, existe de no poder hacer justicia entre los hombres.

Ilusionado por el interés de la novedad de verme convertido en magistrado, y por la nobleza del desempeño de la misión que se me encomendaba, acogí con entusiasmo el cargo de juez. De acuerdo con las instrucciones recibidas por US., al hacer constar mi ignorancia de las leyes penales, he procedido a juzgar cada caso en conciencia. A menudo mis fallos han contravenido vigentes disposiciones legales; y en ocasiones dejé caer, impropiamente, un

poco de ironía y desenfado en mis sentencias, talvez buscando salida fácil a asuntos de apariencias ridículas y superficiales, en verdad de doctrina tan profunda como otra cualquiera. Asuntos fueron esos doblemente engañosos, que mis breves meditaciones, mi escaso saber y mi incapacidad personal, me vedaron percibir desde sus raíces. En la ironía se dice que hay piedad hacia los hombres, lo creo un error; hay piedad hacia uno mismo. Quien usa de desenfado, encuentra un fácil expediente con el que engaña a sí propio y a los extraños por la superioridad en que parece colocarse quien la emplea.

Todo ello es, sin embargo, perdonable; porque la ignorancia del hombre es grande. y la tristeza y desesperación que la ignorancia trae, al ser urgida, es menester vencerla de algún modo, bien sea con malas armas.

No me culpo de lo hecho; me duele, sí, haber tenido que emplear a mi vez esos mezquinos recursos sin la debida inconciencia: así no me fué posible obtener la tranquilidad ambicionada. Déjame todo lo hecho un amargo

sabor y un desprecio para conmigo mismo, como debe tenerlo aquél que no domina una materia por el saber cierto o no queda bajo ella en la paz de una ignorancia tranquila.

No es esto sólo, señor Intendente. Durante dos largos meses he sido llamado juez, sin ser, durante todo ese tiempo, en realidad otra cosa que una prolongación de la policía. Ante mí solo acudían los que pedían un castigo para sus prójimos.

Los funcionarios que la Sociedad llama sus jueces son simples dispensadores de escarmientos. ¿Debe. en consecuencia, darse ese noble dictado a quien no puede premiar y traer placer alguno, viéndose recluído únicamente a procurar dolor y nunca otro goce que el de una restitución mermada? Sin desearlo, fatalmente, el juez resulta ser, en muchos casos, no sólo el que nos devuelve lo que es nuestro, sino el depositario de nuestros más bajos y cobardes deseos.

¿Pude yo, en todo el tiempo corrido desde el comienzo de este verano hasta la fecha. premiar alguna bella acción? ¿Tuve a mi al-

cance medios para lograrlo? A mi disposición sólo se ofrecían la barra, el calabozo, los trabajos forzados...

No he sido un juez; he sido solo la mitad de un juez, la mitad ingrata y triste! De aquella decantada dignidad que constituyó el atractivo, el lazo que me hizo aceptar honrado el desempeño de juez; solo me fué dada la parte cruel y sombría.

No es esto aún lo que motiva la base fundamental de mi renuncia.

La verdad es, señor Intendente, que estoy confuso hasta la angustia. Tarde, demasiado tarde, con gran dificultad, vislumbrándolo apenas, vengo a caer en la cuenta de que la justicia es un deseo, un ansia, lejos de nuestra medida y distante de toda humana comprensión.

Aplicar las leyes, después de estudios especiales, comprendo que es posible; pero como Ud. sabe, mi ignorancia de ellas me llevó a juzgar en conciencia. Encontrándome sin guía, abandonado a mí mismo, y urgido cada vez, a pensar de todo lo más fundamentalmente que

me era dable, poco a poco fuí apróximándome a juzgar el principio mismo que me movía: a juzgar la justicia.

Todo el mundo— me dije— acepta que el culpable purgue su delito; y en el propio penado, cuando él ha cometido una falta, debe existir idéntica convicción; de ahí, talvez, su relativa conformidad ante el castigo que se le impone.

Mas, como no hay hombres aislados, el castigo de cualquier individuo, culpable o nó, trae una repercusión sobre infinidad de seres que le rodean; sus padres, sus hijos, sus parientes, amigos, conocidos; y aún simples compatriotas, y hasta seres distantes y desconocidos que no tienen noticia de lo sucedido, reciben, tarde o temprano, debilitado o nó, en alguna forma, el consecuencial encadenado. Como una campana que se golpea en un solo punto y toda ella vibra, más o menos ocurre con los hombres.

Mi desesperación, señor Intendente, proviene de que no puedo aislar un individuo, el culpable, y castigarlo solo a él.

Hoy día ha venido a llorar su desgracia la madre de un muchacho ladrón; una viuda pobre y enferma, madre también de varios otros hijos, todos menores e incapaces. Va a ser lanzada al arroyo y a la miseria. El muchacho, aprendiz de carpintero, única ayuda de su hogar, está convicto y confeso. Llevado por el hábito de las ideas seculares se me hace difícil ponerlo en libertad; en tanto, seres inocentes sufren, acaso más que el propio delincuente, las consecuencias derivadas de su falta.

Parece, señor Intendente, que nuestras leyes se basan en el concepto de individuo, y ese concepto se me hace sospechoso: un individuo que no limita ¿qué individuo es? Su cuerpo aislado nos engaña con su apariencia independiente. ¿Sobre qué base fundar la verdadera justicia? Estoy demasiado confundido; no veo cosa alguna con claridad. Me ha traído este cargo una inquietud mayor ante la vida; por su causa, ahora la comprendo menos.

Sírvase US...

UN VIAJE IRREAL

Con el atraso que traía el tren, se hizo de noche antes de llegar a la mitad del camino. Los viajeros protestaban inútilmente.

—¿Crees que nos espere el cochero?—preguntó Isabel intranquila.

—Es Miguel el que viene. ¡Cómo no ha de esperar!—dijo Solaguren.

Las pequeñas ampolletas del wagón se encendieron. A través de los cristales de las ven-

tanas veíanse pasar, cada vez más oscuras, las siluetas de los árboles y las de los cerros. A medida que la oscuridad iba siendo mayor, los cristales transformábanse en borrosos espejos. En ellos aparecían otros viajeros mohinos y fatigados, en wagones que alumbraban luces mortecinas, viajeros deslizándose sin ruido a través de un río de sombras intranquilas. Nadie reparaba en el espejo que ofrecía la oscuridad; nadie, en la imagen desvanecida que cada cual arrojaba sobre las sombras de los campos. Sólo los niños mayores de Solaguren, burlábanse de ellas, haciéndole muecas y desprecios. El pequeño Juan dormía en brazos de su madre. Isabel, la cabeza caída, agotada por tantas noches de vigilia, volvía a cerrar los ojos.

El enfermito había seguido peor. Los médicos hablaron a Solaguren del clima de la costa como de un remedio seguro. Sin saber si habían aceptado su renuncia, el juez, de la noche a la mañana, después de arrendar una casa por la temporada de verano en un balneario apartado, lió camas y maletas.

Y ahí estaba, ganado por la modorra... En su semi-inconciencia entregábase inerme, vencido, a ese, para él, huir desenfrenado y sin término que los arrastraba quién sabe a dónde!

—Leyda...! Estación de Leyda!—gritó alguien.

Solaguren se despertó.

—Isabel! Isabel!

La viajera volvió en sí desgreñada, inquieta, con ojos enrojecidos, llenos de asombro.

—En la próxima estación nos bajamos; arregla a los niños.

No estaban aún listas las maletas, los paquetes, los chales, los sombreros caídos de los chicos; el pequeño Juan, rendido como un leño, negábase todavía a despertar, cuando el tren se detuvo.

Fué un rápido salir del wagón ruidoso, con aire viciado y caliente, al paradero quieto y solitario, metido entre negras colinas.

Al alejarse el tren iluminado y bullicioso, quedaron en abandono, solitarios en un extremo del andén, sumidos en la oscuridad y en el silencio campesino, sintiendo en torno agitarse

el viento frío de la costa que los palpaba inquieto como un perro que husmea.

Marido y mujer trataban inútilmente de penetrar las sombras.

—¡No ha venido nadie a esperarnos! ¡Qué va a ocurrir! ¡Y los niños,...Dios mío!

—Aguarda—dijo Solaguren, pasándole al pequeño Juan envuelto en una manta.

Pasos se acercaban.

—Patrón! Patrón!

—¿Miguel? ¿Eres tú?

—Por aquí, señor; el coche lo tengo al otro lado de los rieles; por aquí...

—Como va, Miguel!—Era un cochero conocido en vacaciones anteriores—Ven; acércate! ¿Y los bultos?

—Déjelos de mi cuenta, señor.

—No se vé nada—exclamó Isabel.

El mortecino resplandor de un fósforo alumbró un breve espacio. Los rieles paralelos brillaron; entre la laja y el negro carboncillo viéronse, creciendo entre los durmientes, malezas mordidas y manchadas de aceite.

sabel con dos niños de la mano, Solagu-

ren nuevamente con el chico en brazos, fueron avanzando cuidadosos.

Pronto la pajuela se consumió; irresolutos, se detuvieron.

—Por aquí, patrón; por aquí!

Una nueva y breve luz les acompañó cortos instantes, para volver a quedar otra vez más sumidos en las tinieblas.

—No se ven ni las manos...!

—Aquí está el coche. No;...aquí!

—¡No tienes faroles! ¿Cómo vas a guiar?

—Y con estos caminos!—exclamó angustiada Isabel.

—No hay cuidado, señora; suba, patrón.

A tientas treparon al estribo.

Miguel, el cochero, se acercó a Solaguren pidiéndole le permitiese llevar otro pasajero: se trataba de un amigo, de un compadre; iría sólo hasta la mitad del viaje; sobraban asientos...

—Bien; que suba.

Parecían haberse acostumbrado algo más a la oscuridad; pero ya dentro del coche las tinieblas fueron absolutas. Cuando todo estuvo listo, Miguel azotó los caballos.

—¿Qué es esto?—Isabel dió un grito.

—¿Qué hay?

—¿Cómo? este coche camina de lado ¡se va a tumbar!

Solaguren sonrió, explicando;

—Es un break, hija; alcancé a divisarlo. Subimos por el fondo. ¿Creiste que Miguel había traído el coche de cajón? ¿Te explicas? El otro tiene las pisaderas por los lados. ¿Comprendes?

Isabel quedó siempre insastifecha; esa oscuridad absoluta le incomodaba como una pesadilla.

—No se vé nada! No entiendo...¿A dónde vamos?

Solaguren encendió su último fósforo.

—¿Ves?—Sí, era un break; para resguardarse del aire de la noche, llevaba estendidas las cortinas de hule; ellas hacían más sombrío el interior. Los niños, apegados a su madre, con tamaños ojos miraban miedosos. Al extremo de una banqueta, un campesino viejo de largas barbas apareció un instante; se le vió sonreir, y luego las sombras lo envolvieron.

—¿Es usted el compadre de Miguel?—preguntó Solaguren en la oscuridad.

—Yo soy—respondió una voz.

—¿Va a El Tabo?

—No, señor; me bajo en Zárate.

—Siguió un largo silencio.

Se oía el trote de los caballos y el rodar de las ruedas; repentinas sacudidas conmovían a los viajeros; luego el carruaje, que parecía ir deteniendo su marcha, comenzó a levantarse del extremo delantero, los caballos avanzaban resoplando, la fusta hacía oir sus restallidos, pero la oscuridad era tan impenetrable que parecían seguir quietos, siendo todos los vaivenes y ruidos una simple comedia, una comedia que no bastaba a dar la impresión de un viaje real y de un avance efectivo.

—¿Quién tiene cigarrillos?—dijo la voz de Solaguren.

—Aquí, patrón—ofreció el campesino.

Solaguren encendió un cigarrillo. El desconocido hizo otro tanto.

Al aspirar el humo, las pequeñas ascuas dieron una rojiza y mortecina claridad, y por un

instante los viajeros surgieron borrosos de las tinieblas. Después quedaron brillando en desvanecencia dos ínfimas brasas.

Los niños las espiaban atentos, deseosos de verlas esparcir nuevamente aquel pasajero resplandor.

Siguió el carruaje, en ese viaje irreal, rodando y rodando... De tarde en tarde, al cruzar cerca de las eras o de los apriscos, perros ladraban. Distintamente percibíase, en el aire, a veces el olor suave de la paja quebrada del trigo, otras, el más pronunciado del estiércol de las ovejas. Los caballos seguían indiferentes, y los ladridos pertinaces iban perdiéndose en ahondadas distancias.

Isabel, intranquila, no pudo soportar más tiempo su inquietud y preguntó:

—¿Por estos campos no anda gente mala?

Solaguren, desde la sombra, sonreía compasivo. Alargó una mano y oprimió y retuvo las de su mujer, frías y pequeñas.

—No, señora—respondió el campesino. En este año, no se ha oído decir nada—Robos de animales, no más. Dicen, sí, que se ha fugado

de Melipilla el Huaso Pancho, y que lo han visto por el lado de Casablanca.

—¿Y quién es ese Huaso Pancho?

—Un hombre malo, señor; vivía en la Hacienda de la Palma y allí hizo varias muertes.

El carruaje, de pronto, se detuvo.

—¿Qué hay?—preguntó, intranquilo, Solaguren.

Miguel había saltado del pescante, y no contestaba.

—¿Qué hay?

—Compadre!—gritó desde lejos Miguel—Bájese! Parece que vamos mal!

Bajó el campesino y tras él Solaguren.

—¡Esteban!—dijo con terror Isabel.

—Si no es nada, hija: hemos extraviado el camino.

La noche, entoldada de nubes, sólo hacia el oriente dejaba asomar, bogando en retazos aun más negros, estrellas insignificantes que huían despavoridas. Unos matorrales crecían al borde de los fosos.

Las cabezas inclinadas inspeccionando el camino, Miguel y el campesino, se adelantaron.

Solaguren, receloso, tanteó su revólver.

—Vamos bien! Vamos bien, patrón—volvieron diciendo el cochero y su compadre.

Subieron nuevamente al break, y comenzaron a descender la larga cuesta que lleva al lugarejo de Zárate.

Al dar la última revuelta, apareció una fogata a medio extinguir. Era un convoy de carretas alojado cerca del estero. Vagamente percibíanse los carreteros durmiendo alrededor del fuego, y a los bueyes, atados a la culata de las carretas, comiendo sus raciones de paja.

Pocas cuadras más adelante se detuvo el break, y descendió el compadre de Miguel, deseándoles buen viaje.

Cuánto deploró Isabel la ausencia del desconocido, antes sospechoso.

Atravesaron al paso, con gran esfuerzo de los caballos, el pesado y largo arenal del estero.

Los gritos de Miguel, animando los caballos, turbaban desagradablemente la quietud campesina.

Bien hubiera deseado Isabel que pasaran

inadvertidos, deslizándose en el más profundo silencio.

El vaho de las aguas, el crujir de las arenas y el aroma de los chilcales, acompañaron un tiempo a los viajeros. Luego, otra vez, a rodar y rodar por caminos duros e invisibles. Pasaron el caserío de Lo Abarca—así lo advirtió el cochero—pero ellos no divisaron, de las casas que allí debía de haber, otra cosa que una rendija brillante.

El descanso que hubo necesidad de dar al tiro de caballos, antes de ascender la cuesta de Lo Abarca; los minutos pasados allí entre árboles que cuchicheaban, parecieron eternos a la madre atribulada.

El pequeño Juan y Eugenita dormían; sólo el mayor, Ricardo, transportado a un mundo fantástico, sentía un pánico terrible.

Cuando encimaron la cuesta, un viento impetuoso les batió de lleno, y las cortinas mal unidas del break dieron en azotar la caja del coche y las espaldas de los que iban allí dentro.

—¡Pero cuándo vamos a llegar! ¡Y los pobres chiquillos sin comer!

Solaguren no contestó. Pensaba en lo mismo; él, también, sentíase fatigado y hambriento.

El carruaje rodaba, rodaba sin término, Debían ser campos tan solitarios que no se oía ni el ladrar de los perros. Solo se escuchaba el entrechocarse y silbar de las ramas de los árboles. Un grato perfume a eucaliptus y el eterno bajar y subir del carruaje, hicieron sospechar a Solaguren que acaso irían ya cerca de su destino.

—¡Escucha!—dijo de pronto a Isabel.

—¿Qué? ¿qué hay?

—Nada, mujer; no te asustes. ¿No oyes? ¡El mar...!

Por momentos, cuando el ruido que hacían los árboles se atenuaba, se oía un bronco desplome, sordo derrumbe de olas lejanas!

EL PUEBLO ABANDONADO

La carreta en que venían las camas se retrasó, llegando muy entrada el alba. Todo había sido un acumularse de contratiempos.

En los sofáes desvencijados, en grupos de sillas, arropados aun con carpetas, mantas y cortinas, algunos a medio vestir, durmieron aquella primera noche.

Un postigo golpeaba enloquecido. Hacia la media noche, el viento arreció furioso; después

debió cesar, o el sueño piadoso fué venciéndolos.

A buena hora llegaban las camas! Doblados, molidos, con las marcas que les dejaron los duros muelles de los sofáes aun incrustadas en la espalda, las piernas entumecidas, a la fría claridad del alba debían recibir los bultos y armar las camas!

Las cabezas doloridas con la fiebre del insomnio y la fatiga del viaje, filtrándose el sol por las celosías, con qué complacencia furiosa metiéronse después en los frescos y blandos lechos! ¡Qué terribles ansias de sueño aliviador!

Inmóviles, las cabezas casi ocultas bajo las sábanas, anhelantes de silencio propicio, parecían tímidos seres enloquecidos que, al permanecer en un mundo que no era el de ellos, pugnasen por volver a las sombras y a la inconciencia de donde habían sido arrebatados...

La tarde estaba muy avanzada cuando Solaguren abrió los ojos. Un gran silencio reinaba en la casa. Creyó ser el primero en despertar; pero, al restregarse los párpados, mien-

tras se sentaba en la cama, vió vacío el lecho de Isabel. Pasó de una en otra habitación, y todas estaban solitarias. Observando por la ventana que miraba hacia el mar divisó, muy distante, un grupo de gente en el que reconoció a su mujer y los niños.

Qué punzante vuélvese la realidad desconocida! Los muebles improvisados, las cortinas de cretona, las tablas del piso, los clavos en las paredes, el espejo del peinador con el azogue corroído, la forma y el color de las puertas, las cerraduras mohosas, toda esa casa vista por primera vez era punzante de contemplar por el sacudimiento que sufrían las sensaciones disparadas a sugerencias extrañas!

Costábale a Solaguren adquirir clara conciencia de que aquello era real. Herido a la vez por tantos detalles desconocidos, su pensamiento se embarazaba y su conciencia dejaba de funcionar con la tranquilidad habitual. Con qué placer se lavó una y otra vez! Hundía la cabeza en el agua, ávido de volver a la realidad.

Siempre con algo de desorientación, salió a

la calle, aun presa de un vago desvanecimiento.

Todavía no llegaba la época de las vacaciones, y la callejuela, el pueblo entero, estaban solitarios.

Detrás de las rejas, en los jardines resecos, únicamente veíanse lozanos los geranios. Las molduras de hierbas vivas, disparejas y lánguidas, encerraban pequeños cuadros de plantas en moribundo desmayo.

Para defender las casas de los vendavales del invierno, puertas, ventanas y galerías aún estaban recubiertas de planchas de fierro acanalado. Las recias lluvias, que encontraron obstruídas las canales, habían carcomido las paredes de adobes, y grandes agujeros, como puertas improvisadas, dejaban ver los oscuros interiores.

Conciliábulos de plumas, hojas secas y pequeñas basuras, habiánse dado cita en las casas aportilladas. En una de ellas, el piso y los muebles se veían manchados por las blancas huellas de las aves marinas. La mesa estaba puesta como para recibir el viento y sus

invitados. La sillas aguardaban en orden. Al asomarse Solaguren por la tronera abierta, un ave gris salió en rápido vuelo lanzando agudos chillidos. Hubíese querido recorrer la casa abandonada; era tan incitante! Parecía ser el sitio de una gran tragedia desconocida. Sus pasos sonaron broncos en los aposentos vacíos; la primera puerta que quiso abrir, hinchada por la humedad, se resistió. Una tabla del piso cedió al esfuerzo de sus pies, hundiéndose con blando ruido de maderas podridas. Un tufo a humedad, que le hizo recordar el cadáver del Cementerio de Barrancas, subió del sótano oscuro. El visitante, intranquilo, cesó en su pueril curiosidad.

Antes de salir a la calle se asomó mirando a uno y otro lado, como si acabase de cometer un robo.

Sólo el viento pasaba...

La callejuela, con trechos de acera, que hierbas bravas y gruesa arenisca cubrían, dirigíase al mar.

Pasadas las últimas casas silenciosas, rodeadas de vastos jardines con árboles que se

inclinaban para dejar volar el viento, desde un promontorio que dominaba la playa, volvió a divisar a Isabel y los niños.

Gaviotas en grupos, encogidas, quietas, silenciosas, miraban caer el sol.

Una carreta distante arrastrábase lenta y cuán pequeñita contra el sucesivo oleaje tornasolado. El vasto horizonte marino se veía engrandecido por la cambiante e infinita sugestión que despiertan las nubes crepusculares. Un humo emergiendo en el remoto horizonte hirió hasta la angustia las ansias confusas de aquel hombre melancólico.

Las olas, al erguirse, veíanse traslúcidas al sol. Pajarillos pequeños, rápidos y graciosos, parecían desprenderse de las últimas espumas y correr a compás de ellas al extenderse las aguas por las húmedas arenas.

La carreta se acercaba. Una mujer y un hombre cruzaron al galope de sus flacos y pequeños caballejos. Volaron chillando las gaviotas, y una oculta perdicilla de mar con su combado cuello y largo pico huyó despavorida, lanzando su silbo triste.

Solaguren se detuvo absorto, contemplando los viajeros. Iban empequeñeciéndose más y más al alejarse, hasta desaparecer deshechos por la distancia y por la débil niebla que brotaba del mar dejando una soledad engrandecida y una congoja inexpresable.

TERNURA

La vida a orillas del mar adquiere una íntima y vasta resonancia. En tierra adentro ella se desenvuelve como una simple melodía: vecina al gran arco de las playas, su débil sonido se enriquece con el cambiante fragor del mar, únense ambos, y mientras el coro de las olas se convierte en un vasto acompañamiento, la pequeña vida del hombre vese arrastrada a seguir el ritmo de las cosas eternas.

Tan pronto el hombre calla, el bronco son del océano mide el silencio. Ved en los rostros como todos lo escuchan! Cada cual, como cantante del coro antiguo, espera su turno: brotan las palabras a compás y han de ser altas y firmes para que tengan sentido y dominen aquel hervor.

Es una pieza grande. En una mesa central brilla una lámpara. Su luz constante y quieta priva a su resplandor de la escondida palpitación vital que parece esconderse en todo manantial luminoso. Luz apacible también para los oídos sutiles das tu ritmo al ambiente!

Isabel, dentro del círculo luminoso, recibiendo en su regazo como divina cosecha las cabezas de oro de sus hijos dormidos, lleva el compás, alisando sus cabellos: Solaguren, retirado y envuelto en las sombras de un rincón oscuro, vecino a los negros cristales de la amplia ventana que da hacia el mar, ve reflejarse en ellos, como en el aire y sobre las aguas oscuras, ese cuadro íntimo. El viento que encrespa las olas nada puede contra aquella luz que brilla más segura que un faro.

Cuando Isabel lleva los niños a acostarse, él queda mirando, siempre mirando hacia los negros cristales.

Pasa el tiempo, y deshecho todo pensamiento en el ritmo de la luz y el canto del mar entre las sombras, Solaguren ve surgir vagamente una claridad en el horizonte marino; la ve concretarse y venir hacia él: es una mujer que se desliza silenciosa sobre las aguas, roza el círculo de la luz, y a la imagen de un hombre allí reflejada la besa en la frente.

Y mientras él siente que también unos labios acarician su rostro, que sus brazos estrechan un blando y tibio cuerpo femenino, y que su boca se hunde en una suave y olorosa cabellera, vuelto siempre sus ojos hacia la escena suspendida e irreal, allí tras los cristales, ve cómo aquellas sombras humanas, cercadas por la noche y la soledad marina, se estrechan dulcemente.

Una infinita angustia oprime su garganta, y así como en la mañana, insomne, buscaba hundirse en la inconciencia, ahora oprime y oprime aquella sombra entre sus brazos, y

besa y besa delirante una tibia boca en el silencio... El sopor de la casa dormida y del pueblo abandonado es roto por un grito que sobrepasa la armonía del quieto resplandor y del eterno trueno del mar!

ALTA NOCHE

Solaguren recibió la manta que le alargaba el mozo y saltó sobre su caballo.

Las casas dispersas de El Tabo, vistas a esa hora de la alta noche, poniéndose en el mar la luna menguante, todo el solitario paisaje costeño parecía el de un mundo desvanecido que alumbraran las auroras de la muerte.

Siguiendo un angosto sendero encajonado bajó a la playa. La marea comenzaba a des-

cender, y gran parte de la inmensa sábana de arena se ofrecía como un camino ideal. Puso su caballo al galope y lo hizo internarse hasta romper los últimos y delgados velos flotantes de las olas. Al torcer una puntilla, una gran luz, emergiendo de las negras y húmedas arenas, le hirió de asombro: remota, en un abismo insondable abierto allí a sus pies, otra luna inmensa resplandecía deshecha en mil fulgores enloquecidos que buscaban unirse.

Detuvo su caballo, ganado por el vértigo. Entre la negrura de las aguas del mar, las olas furiosas de la vaciante coronadas de espumas, encendidas en una fulgente claridad, desplomábanse broncas, y, al retirarse, arrastraban el soberbio susurro de sus inmensos mantos recamados de plata.

La luna, menguante deforme como un mundo en agonía próximo a desaparecer en el oscuro seno de las aguas, los cendales de plata hirviente que se extendían sobre las arenas, arenas invisibles, a fuerza de reflejar con nitidez el fulgor de los astros, el aroma de infinito que venía de la inmensidad a oprimir

los débiles aires de la tierra, hacían de todo el orgullo del mar una simple ola nacida en el océano de la noche inconmensurable!

Solaguren sintió hasta el horror su infinita pequeñez; disparó sus pensamientos hacia la última fantasía, y, como si ese fuera el comienzo de un viaje a la eternidad, apoyándose un instante en las últimas espumas, lanzó su caballo al abismo que allí parecía abrirse en un galope sobrenatural: un caer siempre suspendido, un vuelo entre los mundos!

La carrera enloquecedora sobre el gigante espejo de las playas!

La luna comenzó a ocultarse; hacia el oriente una débil claridad nació como de las sombras mismas. Poco antes de llegar a la aldea de Las Cruces, un pajarillo oculto entre los *mayus*, lanzó el primer gorjeo; el alba fué prestando a todas las cosas una lívida apariencia; y Solaguren pensó, al salir de esa noche inolvidable, que él también debía tener el aspecto de alguien que vuelve de entre los muertos.

ANGUSTIA

El tren llegaba con retraso. Medio día era pasado. La atmósfera del wagón llena de polvo y humo, hacíase con el calor doblemente irrespirable. Melipilla... Talagante... Maipú, y horas de triqui-traque embrutecedor.

Por fin, divisábase Santiago. Bajo ese sol tórrido de Febrero, de luz cruda, sorda y sin vibraciones, los suburbios por donde el tren iba penetrando con sus calles terrosas, sus

casas sucias y huertos polvorientos— cuatro meses sin caer una lluvia—ofrecían alánimo fatigado y anheloso de los viajeros un espectáculo abrumador.

Esteban Solaguren no traía equipaje.

—No llevas ropa...—había comenzado a decirle su mujer al despedirse.

—¿Maletas y bultos? Estoy hasta la coronilla de fastidios...

—Lleva, siquiera, un maletín.

—Nó; nada, nada y nada! ¡Adiós!

Mientras los demás viajeros, nerviosos, extraían sus bultos y maletas de debajo de los asientos o de los altos canastillos, Solaguren, rápido, a codazos, salió a la plataforma.

El convoy aún no se detenía, cuando saltó al andén.

—Anda... bruto!—díjole alguien, a quien al caer había atropellado.

Pero Solaguren no estaba para prestar atención a cosa alguna; con paso elástico, sorteando la multitud allí agrupada en espera de deudos y amigos, salió de la estación.

Al atravesar el hálito de horno de la plaza

y sentir el ruido familiar de la ciudad con sus automóviles, carruajes y tranvías, echó una rápida ojeada en contorno, y los edificios le parecieron más pequeños,la Alameda irrisoria, las gentes absurdas, y todo extraño, miserable y aplanado.

—¿Y a dónde voy tan de prisa?

Su tranvía no llegaba, y debió aguardar unos instantes. Ellos bastaron para que la impresión de molestia y de desvío hacia todo lo que le rodeaba se encauzara en una melancolía absurda.

De los grandes almacenes veía salir cargadores, llevando a los carros gruesas vigas, rollos de alambre y fardos y más fardos, sacos y más sacos, todos llenos de quién sabe que cosas. Oíanse órdenes enérgicas; los comerciantes, libreta en mano, revisaban unos papeles y volvían a desaparecer en los grandes, frescos y oscuros almacenes. Un gran desprecio y una gran conmiseración por todo ese vano empeño de riquezas, y por toda esa loca actividad estrujaban el ánimo de Solaguren.

Cuando subió al tranvía lo hizo con lentitud,

desmayadamente. El interior estaba casi vacío; dos mujeres campesinas gordas y sudorosas con dificultad treparon tras él, arrastrando unos saquitos que colocaron bajo los asientos. Ocultándolos con sus amplias faldas, se sentaron agobiadas. Dábanse aire con sus negros mantos; su respirar agitado les impedía hablar.

Solaguren, sin sombrero, estirando las piernas, descansó un brazo sobre el alféizar de la ventana, y apoyó en su mano la afiebrada cabeza. En ese reposo sedante, mientras desfilaban a su paso las gentes, las casas y las calles, su sentimiento de infinito desgano se hizo más sutil, y una tristeza dominadora ante algo confuso y monstruoso le dejó tan quieto, que se le creyera dormido.

Subieron y bajaron otras gentes; pero él, inmóvil, contemplaba la ciudad, entrevistando rápidamente, por los zaguanes de las casas, el interior de los patios; por las ventanas, los cortinajes y muebles de los departamentos; en las tiendas y almacenes, las estanterías llenas de infinitos objetos; y gentes en los patios, gentes en las piezas, en los almacenes, en las calles,

en todas partes. Vidas innumerables observadas, así, al pasar, confusa y brevemente, sin relieve, monótonas, reposando, yendo o viniendo, veíanse absurdas y carentes de sentido hasta la obsesión. Cuando el tranvía llegó al cruce de su calle, con esfuerzo se puso de pie y bajó. Hubiese querido seguir indefinidamente en él, y contemplar con desdén malsano y sádica curiosidad el aspecto claramente estrafalario de la ciudad, de la vida, y de sí mismo.

Dos meses trascurrieron desde que se encontraba con su familia en aquel balneario. La vida pequeña e insulsa de la playa, cierto malestar gástrico, la ociosidad obligatoria le fueron enervando. Es posible que los baños de mar probaran mal a sus nervios. pero siguió tomándolos cada mañana. Eran, talvez, su única alegría. Cada vez costábale mayor trabajo dejar el lecho, pero, cuando en traje de baño, apenas cubierto con su bata, salía a la callejuela que distaba media cuadra del mar, y sentía el aire fresco y puro, y contemplaba el cielo, casi siempre azul, con nubes livianas y cambiantes, un gran optimismo entonaba sus

nervios. Todo le parecía admirable y bello, y sonreía a la brisa del mar que le ahuecaba la bata, cosquilleándole el cuerpo.

La arena era fina, la playa tendida, otros bañistas le habían precedido. Entraba gozoso entre las olas. Era una desgracia no saber nadar. Cuánto le hubiera agradado sentirse mecido por las aguas o cruzar los verdes tumbos! Sus mejores días eran aquellos cuando tocábale en suerte no tener nadadores en su compañía. Menos empequeñecido, al internarse e internarse en las aguas, experimentaba el placer, de cara al mar, de no tener ante sí más que el vasto espectáculo de las olas.

Luego el día continuaba su curso, cada vez más monótono y agobiador. Veraneantes insulsos, copas de licores fuertes, bebidas por compromiso, que entorpecían su ánimo, y chistes viejos y conversaciones ficticias que iban resbalando hacia el eterno tema de las mujeres y el incitante de la sensualidad... Qué de historias y de anécdotas sucias y de comentarios sobre escándalos sociales! Todo aquello entretenía endiabladamente. Pero, después, las

mujeres veíanse vulgares y despreciables, y él mismo acababa por sentir repulsión hacia todas las cosas.

Y así habían pasado uno... dos largos meses embrutecedores.

La falta de cumplimiento de un señor que le había comprado un retazo de tierra, hizo que Solaguren viniese a Santiago. Un viaje desganado, sin prisa de cobrar, cierto de que toda diligencia sería engorrosa y perdida. Venía... porque cualquier otro en su caso hubiese hecho otro tanto; pero él lo hacía de un modo incierto y reflejo.

Y allí estaba, caminando, caminando por su calle lejana, por su calle de siempre: mal empedrada, polvorienta, casi sin árboles que le diesen sombra. Nó; no era esa su calle de siempre; bajo el sol canicular era el rincón más miserable del mundo!

Al llegar a su casa por una callejuela lateral vió a alguien sentado en las gradas de la puerta. Era un vagabundo sucio y sudoroso. Al ver que Solaguren se detenía, púsose de pie, pidiéndole una limosna. Con irritación compasi-

va, asqueado de ese espectáculo, pensando fugazmente en mil cosas, Solaguren le alargó bruscamente una moneda, y no sin esfuerzo, ávido de verse libre, pudo lograr que la maldita llave diese vuelta en la cerradura.

Desde la puerta ya lo sorprendió un olor rancio de aire detenido. Por curiosidad recorrió uno a uno los departamentos vacíos. Los robos en el verano eran frecuentes en casas deshabitadas. Todo estaba lleno de polvo. Los papeles de los departamentos veíanse con oleajes grises, las puertas pringosas, los muebles deslustrados, los cielos con huellas de moscas. La casa muerta, sin el engaño y la distracción de la vida de los que allí se cobijaban en el resto del año, mostraba, con cruda desnudez, huellas repugnantes.

Al aproximarse Solaguren a la cocina dejóse oir un ruido de cacerolas y un rumor de fuga. Era un tropel de ratas que hurgaban los desperdicios que la indiferencia de la cocinera había dejado abandonados. Un olor nauseabundo subía del lavaplatos lleno de agua pútrida. Solaguren quedó mirando los grandes montones

de tierra extraída de las cuevas por las ratas, y temió por la solidez de la muralla de adobes humedecida desde hacía tiempo por los derrames de una cañería oculta.

Después de haber dejado escurrirse el agua descompuesta, el recién llegado volvió a su dormitorio. Levantó la sobrecama, gris de polvo, y, de golpe, como un fardo, se tendió en el lecho. En el silencio y la quietud su cabeza comenzó a resonar devolviendo el ruido del tren que no cupiera en ella. Fluía en torno como la espuma que rebalsa burbujeante.

Lentamente fué paseando su vista por el techo y las paredes, deteniéndola en manchas y telarañas, en todo lo que ofrecía un aspecto ingrato.

El dormitorio daba a la callejuela; filtrábanse por las rendijas rayos de sol en los que danzaba, cada vez más lento, el polvo aventado del lecho.

El ruido de un bastón, al golpear la acera, le preocupó.

¿Estaría aún el mendigo? La curiosidad fué venciéndole; sigilosamente se acercó a la ven-

tana, extrajo la barra de fierro, y, entreabriendo el postigo, hizo lo posible por ver hacia la puerta de calle.

Sí, allí estaba. Allí permanecía el mendigo. Veía sus pies calzados en viejísimos zapatos de cuero reseco, llenos de grietas y roturas por donde asomaban los dedos inmundos.

Tendido nuevamente en su lecho, respirando el aire desagradable de ese departamento largo tiempo cerrado, sintiendo en torno el ambiente de la casa abandonada, y sabedor de que un mendigo y vagabundo montaba la guardia sentado en las gradas de la puerta de calle, Solaguren sonrió sin sentido a una confusa impresión.

UNA COMIDA ALEGRE

Cuando Solaguren despertó, el dormitorio estaba casi oscuro. Con gran prisa, saltando del lecho, abrió la ventana. En las cornisas de los más altos edificios del otro lado de la calle veíanse los últimos rayos del sol poniente. Un vendedor voceaba su mercadería. Las aceras, sin el azote del sol, poblábanse de pequeñas tertulias.

¿Qué hacer ya? No alcanzaría a llegar al

centro de la ciudad antes de que se cerraran las oficinas y consultar a su abogado. ¿Dónde ir? Cerca de su casa, en una calle atravesada, vivía Mozarena. Fué en su busca.

Mozarena no estaba. Bromeó con uno de los hijitos del pintor, enfermo en cama. La esposa de su amigo, una mujer flaca y pequeña, salió a despedirlo hasta el rellano de la escalera para alumbrarle mientras descendía.

Solaguren había entrevisto rápidamente la miseria de los cuartos estrechos y respirado el aire de la pieza del enfermo. De golpe venía a dominarlo su humor indescifrable; una lentitud desmayada se apoderó de su lento andar sin rumbo.

—Hola! Solaguren.

—Vengo de ir a buscarte. Llegué hoy.

Dos cuadras más lejos dábase de manos a boca con su amigo.

—¿Vamos a casa?

—Nó... pasé a convidarte; a convidarte a andar...a qué sé yo...Comeremos juntos ¿quieres?

—Bien! Aunque... Espera... Acompáñame

primero. Tengo un niño enfermo. Le llevo algunas cosas.

Comenzaban a encenderse las luces del alumbrado público.

—Voy contigo, si después salimos juntos.

—Y tú ¿qué has hecho?

—Ya hablaremos... ¿Has pintado?

—¿Yo? Nada! Estoy aburrido y torpe.

—¿Y el proyecto de decoración?

—No tengo ánimos! Pasa el tiempo sin saber cómo... Estamos a fines de Febrero, y van qué sé yo cuántas semanas desde que no pinto cosa alguna. Llego a creer que no pintaré más.

—¿Por qué?

—Quién sabe! Así lo pienso a veces.

Llegaban a casa de Mozarena.

—¿No subes?

Solaguren prefirió aguardarle paseando por la acera. Sus miradas quedaron con un poder disolvente. Caían sobre cualquier cosa como taladrándola. En la acera contemplaba pequeños papeles, leves grietas, briznas de musgo seco adheridas al pie de los muros. A un grueso guijarro desprendido del empedrado,

allí en la cuneta húmeda, después de observarlo detenidamente, con la punta del pie lo hizo girar hasta que mostró el costado opuesto. Una piedra vista, así, absorto, mientras se adivina, como en una pesadilla, que los carros ruedan y las gentes pasan, resultaba tan extraña e impenetrable!

Mozarena volvía.

—Vamos! — dijo, golpeando el hombro a Solaguren.—¿Cuál es tu plan?

—Ninguno. Comeremos por allí... en cualquier parte. Necesito vagar. Nada de tranvías, ¿quieres? Sigamos a pie.

—La tarde ya refresca; es la mejor hora del día.

—¿Qué habrá a esta hora que las cosas adquieren tan extraño aspecto?—exclamó, como sonámbulo, Solaguren.

—Efectos de la luz, de nuestro cansancio, de mil causas,—dijo el pintor.

—Sí, sí; ya lo sé, ¿pero te satisface tu explicación? Uno comienza a explicarse algo y sigue, sigue sin término, pero nada le aplaca,

y, entonces, ¿de qué nos sirven nuestras explicaciones?

—He pensado—murmuró el pintor—sobre ello. No es la primera vez que hablamos de cosas parecidas. El verdadero sentido de las cosas se nos escapa, y luego... ¿Notas—se interrumpió—que desde algún tiempo, principiemos a hablar de lo que sea, pronto venimos a caer en temas abstrusos?

—Sí—dijo sonriendo Solaguren—y cuando nos separamos me dejan el ánimo malo. Corroe tanto cualquier pensamiento sin salida!

Pero es grato pensar.

—Ah! sí! Vagar y pensar! ¿Cuándo volveremos a nuestras excursiones?

—Y qué buenos ratos pasamos! Pero ahora no las repetiría.

—Ni yo tampoco.

—No haría nada, nada!—afirmó Solaguren. No sé si es el verano, la costa, o los años que se me vienen encima, pero siento un aburrimiento salvaje. Es como si yo fuera una fruta amarga que la vida hubiese puesto a madurar.

—Mira!—advirtió Mozarena.

De codos en una ventana de un segundo piso, dos mujeres jóvenes contemplaban el pasar de los escasos transeuntes.

—También se aburren!—afirmó Solaguren.

Las jóvenes habían reparado en ambos amigos y los observaban curiosas.

—Decíamos, señoritas—exclamó en voz alta Solaguren, con una naturalidad desconcertante —decíamos que acaso ustedes estén allí desoladamente aburridas. Así lo estamos también nosotros; pero más abrumado me encontraba yo, antes de juntarme con mi amigo. ¡Menos los estaríamos todos, si ustedes se reuniesen con nosotros!

Las muchachas, confundidas, se retiraron del balcón.

—Oh! no se molesten ustedes! Sí; ya lo sabemos... es imposible! No sería bien visto. No es correcto decir ni aun en la intimidad lo que un desconocido les dice ahora en plena calle. Perdonen!

—Qué tipo!—exclamó admirado el pintor golpeando el hombro de su amigo.

Mozarena, sonriendo largamente, Solaguren callado, siguieron su camino.

Al llegar a la próxima bocacalle el pintor volvió la cabeza. Las jóvenes, asomadas nuevamente al balcón, risueñas, les seguían con la vista. Mozarena les hizo un ceremonioso saludo, y ellas respondieron entre risas.

—Las muchachas contestan—dijo el pintor. —¿Volvamos?

—Para qué!—replicó Solaguren—déjalas...

—Después de tu discurso debemos volver.

Solaguren, sonriendo despectivamente, tomó de un brazo al pintor, y como arrastrándolo dijo:

—Dejémonos de aventuras...

—Pero hay un contrasentido...

—Y bien...

Pasaba un tranvía.

—Sube! sube!—ordenó Solaguren.—Ya es tarde! Comeremos en el restaurant del Cerro.

—Hombre — exclamó el pintor, ya en el tranvía,—qué tristes habrán quedado las pobres muchachas!

—¿Y nosotros...?

Al ser apretujados en la plataforma pronto

ambos amigos quedaron distantes, y no pudieron seguir conversando.

Al subir por los sombríos senderos del Santa Lucía iban sorprendiendo, en los bancos ocultos, parejas y más parejas de enamorados.

—Estos no se aburren!—dijo el pintor.

—Quién sabe! Cuando estoy solo y con el ánimo turbio y veo estas escenas tontas me siento aun más oprimido—dijo Solaguren.—No es envidia, ni vagos celos, ni ardor sensual; es deseo profundo de algo nuevo y grande. No hablo de lo que llaman el amor verdadero, ni de nada parecido. Es un ansia total... algo que nos dignifique y libere; no sé explicarme... En fin... dejémonos de tonterías! Hemos venido a comer ¿No es así, ilustre Mozarena?

Llegados a la terraza del restaurant, que estaba solitaria, escogieron una mesa desde la que se dominaba la ciudad. Ya era noche cerrada. Veíanse los rosarios de luces de las calles de Santiago.

Mientras traían los primeros platos, apoyados contra el parapeto, los dos amigos contemplaban en silencio el espectáculo nocturno que

ofrecía Santiago. Hacia el sur, saliendo a pleno campo, seguía, hasta desvanecerse, una línea de puntos luminosos: era el camino de San Bernardo. Dispersas al pie de la Cordillera pestañeaban pequeñas luminarias, y, arriba, en los faldeos lejanos, dos grandes luces rojizas denunciaban incendios en las quebradas. Un enorme halo luminoso emergía como el hálito de la ciudad. Levantando la vista, por entre el ramaje de los pimientos, veíase el cielo lleno a su vez de luces infinitas. Un aire fresco comenzaba a soplar.

—Los señores ¿qué vino prefieren?— Era el mayordomo que acudía solícito.

—Bebamos algo que valga la pena— dijo Solaguren, y escogió dos botellas de vinos generosos.

El menú fué suculento. Poco a poco la alegría quiso asomar en la conversación, pero ambos amigos seguían demasiado oprimidos por sus anteriores pensamientos y por la inmensidad de la noche cerrada sobre ellos. Mezclóse, sin embargo, una alegría naciente al sedimento apozado por la vaga angustia, y

para librarse más pronto de tal hibridez nació la ironía exaltada.

—Qué ridículo es el hombre — exclamó Solaguren.—Cómo cambia mi ánimo! Yo estaba triste, triste como un pájaro bajo la lluvia, y ahora, ves—dijo empinando un vaso de vino —ahora hasta de mí me río! ¡Qué estúpida importancia damos a nuestras sensaciones! Las queremos ligar a la intuición del más allá, a la nostalgia por un bien perdido, a qué sé yo... y bebes, y todo aquello vira; y comes langosta, y sobreviene un nuevo cambio; ingieres estas perdices descompuestas, y el escenario da una vuelta definitiva!

—Sí, hombre, sí! Tienes razón. También yo... la enfermedad de mi chiquillo; mi situación económica; esa casa maldita en que vivo... Ahora, es cierto, todo parece distinto... Pero, mañana?

—Mañana? No te enturbies el ánimo, ni desprecies el hoy por el mañana. No te acostumbres a vivir por adelantado. Si te encuentras en la hora de hoy y señalas la hora de mañana, eres un mal reloj que induce a error.

Y Solaguren comenzó a sentir cierto placer al constatar que su pensar volvíase más ágil, su razonamiento más agudo, y un desenfado, del que se encontraba ufano, le fué poseyendo.

—¡Mozo! traiga una botella de champagne.

—No seas loco!

—¿Qué?

—Nos embriagaremos.

—Sólo haremos virar la apreciación de las cosas...

—Los que van a virar, son nuestros pasos.

—Mozo, no le haga caso!

Pero ya el mozo volvía con una botella metida en un bote de hielo.

—Abrala—ordenó Solaguren.

Mozarena se rindió.

Y bebieron largamente.

—Mira que beber champaña solos...

—¿Café?

—Café!

—Y cigarros?

—¿Quiéres?—ofreció Solaguren.

—Prefiero mis cigarrillos.

—Yo no fumo.

—Estoy pensando en las muchachas del discurso ..

—¡No haber vuelto!—dijo Solaguren.

—Ya es tarde para arrepentirse. Demasiado tarde... Tu no quisiste.

—Veía las cosas de otro modo; en cambio, ahora...

—Que no venga nadie a comer aquí, en estas noches tan agradables—dijo el pintor.

—Si ustedes vieran los comedores reservados... respondió el mozo, que se acercaba con el café.

—Ah!... me extrañaba... Entonces ese ruido...

—Y nosotros como un par de imbéciles! No se debe venir a estos sitios sin buena compañía.

Solaguren pagó con explendidez.

El fresco de la noche enjugaba el rostro de los amigos. Por el camino de los carruajes, oscuro y solitario, descendieron entre risas y carcajadas insultantes: reto inconciente a la tristeza vencida.

UN INCIDENTE

—Conozco una casa cerca de aquí...¿Vamos? —invitó el pintor.

—Hace cuatro años por primera y única vez visité una de esas casas—dijo Solaguren. —Era en verano. Celebrábamos con una comida una reunión de antiguos condiscípulos; y luego acabamos por parar donde terminan fiestas semejantes. Novicio, lejos de excitarme el sitio, me molestó la actitud de las mujeres.

Ninguna chispa de alegre desenfado o de mentida ternura. Calladas, no faltas de belleza vulgar, pero carentes de gracia, era necesario estar ebrio para desearlas! Como yo permaneciese observándolas en silencio, una de ellas me preguntó en qué pensaba.—Pienso—les dije—en que ustedes no conocen su oficio.—Las arrastradas conversaciones de mis amigos se interrumpieron dispuestos a escucharme. Aquella noche en la comida yo había estado con fácil vena, y aún duraba el ligero prestigio adquirido.—¿Qué dice? — me preguntó una mujer de rostro fino, con gran escote y pintada como para salir a escena.—Afirmo que ustedes no conocen su oficio. Con esa actitud hueca están todo lo más lejos imaginable de la mujer que el hombre siempre busca. ¿Por qué no se acerca alguna de las presentes y me engaña, mintiendo interés por conocerme, e indaga esto y lo otro sobre mi nombre y mi vida, buscando que la conversación resbale hacia confidencias íntimas, confidencias de tristezas reales o fingidas que yo, como todo hombre,

siente necesidad o placer de referir y ostentar ante una mujer desconocida?

—Otro discurso—interrumpió Mozarena.—Tu ves faldas juntas y te sientes orador! Y después... nada!

—Sí; así fué; después... nada! Les hablé de como disfrazarse con algo de ternura, es decir con algo de mujeres; porque, ellas me perdonasen, serían cualquier cosa, menos... Las infelices callaron. Mis compañeros—algunos estaban bebidos—dijéronle groserías, y todos, descontentos y ruidosos acabamos por despedirnos.

—Y ahora ¿también vas a perorarles?

—Mira—dijo Solaguren—son tan estúpidas! La noche está agradable! No vayamos, ¿Quiéres?

Y Alameda abajo siguieron ambos amigos burlándose de los planes abandonados.

—¿No es verdad—dijo Solaguren—que ahora nos sentimos mejor, como más libres? Es preciso reir, burlarnos de nosotros mismos! La vida no se entiende; las tristezas caen sin sentido, y la angustia se adhiere a nosotros y

nos envuelve. Esta soledad nocturna de las calles dormidas oprime. ¿Por qué? Ilusiones...!

—Mira ese señor—interrumpió el pintor.—¡Qué facha! A ese la soledad le perturba.

—¡Qué tipo!—asintió Solaguren.—¿Sigámosle?

Delante de ellos, por la misma acera, un hombre caminaba con pasos lentos. De tiempo en tiempo se detenía, esbozaba un gesto sacudiendo sus hombros como para desembarazarse de un fardo molesto, movía la cabeza sentenciosamente, y hasta una vez se oyó, ahogada, su risa sardónica.

En un cruce de calles se detuvo pensativo. Un automóvil veloz y sigiloso estuvo a riesgo de atropellarle. Mozarena y Solaguren pasaron a su lado observándolo con atención. A la luz del foco eléctrico vieron su rostro envejecido. En ese instante se sacaba el sombrero para enjugarse la frente: profundos pliegues cruzaban su entrecejo, y a cada instante revolvía el pescuezo como si el cuello de la camisa le oprimiera.

—Usted perdone, señor—dijo Solaguren acercándosele—convénzase; ¡la vida es así! y no para tomarla tan desesperadamente...!

—Solaguren!—exclamó el pintor, tratando de contener a su amigo.

—¿Qué dice?—gruñó el desconocido, abriendo tamaños ojos. Temeroso dió un paso atrás, mientras enarbolaba su bastón pronto a la defensa.

—No se intranquilice, señor. Vemos que usted está triste; nosotros también; pero ¡qué diablos! todo tiene más de imaginación que de otra cosa! ¿No lo cree usted así?

Y como Solaguren, librándose de la tutela del pintor, pretendiese dar al anciano un amistoso golpecito en la espalda, el desconocido descargó con fuerzas su bastón sobre el hombro de Solaguren.

—Viejo bruto!—le dijo Mozarena acercándosele agresivo.

—¡Socorro!—alcanzó a gritar el desconocido.

—¡Si no se calla le vamos a dar una buena! —amenazó el pintor.

Solaguren, risueño, se sacudía el hombro.

Allí, a un paso, había un café abierto. A los gritos salió el mesonero.

Solaguren, temiendo un desagrado, convidó al desconocido para explicarse.

El desconocido se resistía.

—Anda, viejo!—le dijo Mozarena tomándolo con fuerza y obligándole a entrar.

—¿Tenemos facha de bandidos? Mírenos usted dijo sentándose el pintor.

—¿Pero qué teme?—Y rió Solaguren ante el terror de ese pobre diablo.

—No sea usted imbécil—seguía agresivo Mozarena, observando la actitud desolada del vejete.

—¿Por qué me insultan? ¿Qué desean?

—Nada, señor mío, nada,—rió el pintor.—Mozo! tres cervezas.

—Pido a usted perdón!—comenzó Solaguren.—La culpa es mía, es estúpido y sin sentido lo que hice; pero ¡qué quiere! Le veníamos observando; revelaba usted estar tan preocupado, y tan triste! Hablaba y gesticulaba de un modo tan extraño! ¿Qué le pasa? También

nosotros estábamos con el ánimo dado al demonio. Ahora aún no estamos libres del todo; pero nos hemos convencido que es preciso reir! ¡Reir, aunque sea sin ganas!

El desconocido observaba desconfiado a ambos amigos. Bebió su cerveza en silencio y dijo tímidamente:

—¿Vienen ustedes de alguna juerga...?

El pintor reía gozoso.

—Es para creerlo...

—Nada de eso, mi buen señor—le dijo Solaguren—repito que estábamos abrumados, tristes de pensar en cosas sin salida; y hemos resuelto reir para librarnos de tales majaderías. Si no todavía bien, no nos va, tampoco, muy mal con el remedio. Quisimos aliviar a usted! Eso es todo!

—¡Qué raro...!

—Si, así lo encontraría cualquiera, pero no lo es. No imagina usted lo ridículo que resulta observar un hombre triste cuando uno acaba de sobreponerse al mismo mal!

—Pero ¿saben acaso lo que me pasa?—dijo, atónito, el anciano.

—Sea lo que sea, mi amigo: ¿su mujer le engaña? ¿su hijo es un ingrato? ¿está usted enfermo? ¿no le pagan sus acreedores? ¿va a quedar en la miseria?

—Y todo eso, sería nada para ustedes?

—Nada, nó; pero ¿puede remediarse su situación?

—No se trata de cosa alguna de las señaladas.

—Y bien, entonces, ¿cansancio, aburrimiento?

—Y ¿qué les importa?

—A nosotros, verdad es, no nos interesa! pero nos resultaba tan molesto verle andando en esa facha!

—Mozo! traiga más cerveza. ¿O prefiere usted otra cosa?—ofreció el pintor.

—Yo me voy—dijo el desconocido poniéndose de pie.

—Nosotros le acompañaremos—dijo Mozarena.

—No... no!

—Déjalo—dijo Solaguren— este señor teme algo. Todo es sospecha entre desconoci-

dos. Vea usted ¡esa sospecha sí que resulta triste! Vaya con Dios, amigo... y hasta más ver!

—¡Y que alivie!—gritó Mozarena.

—Habráse visto un viejo más bruto!—comentó el pintor.

—¿Y nosotros...?—exclamó Solaguren.

Y ambos rieron con risa extraña.

—Mozo! Esta cerveza está simple; llévesela!

Comentando burlescamente el susto del desconocido salieron a la calle.

Poco a poco los diálogos fueron espaciándose.

—Aloja conmigo—ofreció el pintor.

—No...

—Te pondré una cama, arriba, en mi taller.

—Prefiero llegar hasta mi casa.

—Sigamos a pie, entonces.

Cantaban los gallos anunciando la media noche cuando penetraron al suburbio. En el silencio de la ciudad dormida, en el abandono de las calles oscuras el canto de los gallos era extraño y evocador. El Santiago pobre, sumido en su negra soledad, parecía abando-

nado y muerto. Nada traía el recuerdo de la fiebre del diario agetreo, y el canto de los gallos sonaba claro y distinto como si se elevase sobre ruinas. El color de la noche hacía pensar en ocultas profundidades del mar, y la ciudad, vista al leve fulgor de la azulada tiniebla, adquiría el reposo de los legendarios pueblos sumergidos.

Ambos amigos, al aproximarse al domicilio del pintor, inconcientemente retardaban el paso.

Cada vez más lentos, veían por prolongar su mutua compañía.

Perdidos en la alta noche, rodeados de puertas cerradas, la hora de la despedida es un desgarramiento.

—Luz! ¿qué pasa? — Y Mozarena bajó a la calzada para distinguir mejor. A través de las copas oscuras de los árboles, que mecía un vientecillo leve, en el piso alto, una de las ventanas del domicilio del pintor veíase alumbrada.

—Hasta mañana! — dijo con precipitación.

—¡Adiós!—exclamó Solaguren.

SOLEDAD

Al quedar abandonado en mitad de la calle, se replegaron sobre Solaguren todas las sensaciones depresivas, todos los pensamientos desalentadores de esa jornada angustiosa. Sin prisa siguió andando por las calles desiertas. Sobre el asfalto de las aceras sus pasos sonaban huecos como sobre lápidas.

Su sonrisa, su eterna sonrisa, derivó hacia un gesto de desprecio.

Su bastón azotaba una hoja caída, una ramilla seca, un desperdicio cualquiera. Sonaban desconcertantes los golpes y los pasos. Cruzó ante la verja de su jardín, detúvose ante la otra puerta de su casa, la que daba a la callejuela, y la contempló, la contempló largamente, como si nunca la hubiese visto! Acarició el golpeador, una pequeña mano de bronce, colgada y fría como la de un muerto; miró las molduras; observó las rejas de las ventanas vecinas; el número desconchado... ¿Qué buscaba?

La llave volvía a resistirse. Abrió, por fin! Raspó una cerilla. Oyóse un precipitado huir de ratas.

Encendiendo la lámpara de gas de su dormitorio, fatigado de cuerpo, abrumado de espíritu, se dejó caer otra vez como un fardo sobre la cama.

Con la cabeza baja, las manos sobre las rodillas, quedó inmóvil. Luego sacó su reloj y lo puso en la mesita de noche; y las monedas de plata; y la cartera, más llena de papeles que de billetes; y del bolsillo posterior del pan-

talón extrajo el pequeño revólver y un manojo de llaves.

Estaba inclinado cuando creyó vislumbrar que algo se movía en un rincón oscuro. En el silencio creciente, su corazón azorado sonó como un péndulo. En contorno todo estaba quieto hasta la obsesión. Pensó en el mendigo, en los asaltos a las casas abandonadas, y quedó receloso. Al ir acercándose al sitio donde algo se moviera...un hombre vino a su encuentro! ¡Un hombre...!

—Quién... quién!—gritó despavorido y quebrantado por el terror se detuvo; y vió que una sombra, sonriéndole con una mueca dolorosa, visibles los dientes agresivos, también se detenía. ¡Y era él! ¡Era su imagen, era Esteban Solaguren surgiendo de las profundidades de un espejo! Y como dos perros vagabundos que se encuentran en su camino y se acercan, se acercan, sacando de su mutua desconfianza implorante sumisión, extraña curiosidad y contenida fiereza, ambos fueron aproximándose, aproximándose...!

Y Solaguren, aun enloquecido, miraba in-

tranquilo el espejo; miraba esas aguas inmóviles que envolvían su imagen. ¿Hacia dónde se abría ese otro aposento? ¿Hacia dónde? Por él podía caminar un hombre, y, sin embargo, aquel hombre, aquel aposento, y todo el mundo, si allí se reflejara, no ocuparía sitio alguno! ¿Hacia dónde se abren los espejos? Y ese desconocido que nunca encontrara en ningún camino de la tierra ¡ese era él! lo que sus amigos veían de él; lo que su mujer besaba; lo que sus hijos llamaban padre! Y al palpar el espejo, el desconocido estiró también su mano y la apoyó en el otro lado del cristal, allí donde Solaguren puso la suya; y en ambos, a un mismo tiempo, nació idéntico impulso... ¡pero las manos, sin poder estrecharse, quedaron separadas por algo frío e infranqueable!

ÍNDICE

Pág.

Una noche..... 9
El suburbio..... 21
Un estreno vulgar..... 33
La razón derivada..... 41
El almácigo de cebollas..... 51
Prueba de testigos..... 59
Persecución amorosa..... 65
El hombre de la cabeza rota..... 71
Un día de campo..... 79
Calienta la tierra..... 95
El cementerio parroquial..... 109

Pág.

Los vagabundos..... 121
Querellas por injurias..... 127
A los que desistieren..... 137
El cochero gordo..... 145
Los bandidos..... 155
El caballo perdido..... 165
El niño enfermo..... 175
La madre del ladrón..... 181
Un viaje irreal..... 193
El pueblo abandonado..... 205
Ternura..... 213
Alta noche..... 217
Angustia..... 221
Una comida alegre..... 231
Un incidente..... 243
Soledad..... 253

Date Due

MAY 6 '53			
MAR 2 3 '54			
MAY 4 '54			

Mr 8 '38

863.67
P89

863.67 P89

a39001 0081892616

81550

DIETER BINDS BETTER